ADRIANO ROMUALDI

CORRIENTES POLÍTICAS E IDEOLÓGICAS DEL NACIONALISMO ALEMÁN 1918-1932

ediciones nueva república

CORRIENTES POLÍTICAS E IDEOLÓGICAS DEL NACIONALISMO ALEMÁN 1918-1932

ADRIANO ROMUALDI

scanned by FS
2019

EDICIONES NUEVA REPÚBLICA, S.L.
Dirección postal: Apartado de Correos 44, E-08750 Molins de Rei [Barcelona]
Teléfono: 639 824 354
Fax: 977 803 190
Página en la red: www.edicionesnuevarepublica.com
Correo electrónico: pedidos@edicionesnuevarepublica.com

La edición original italiana fue publicada en 1981 por L'Italiano Edizione
con el título *Correnti politiche ed ideologiche della destra tedesca dal 1918 al 1932*

Traducción: Massimo Campobasso
Diseño de la cubierta: Emma Chaulieu

Depósito legal: B-37.223-2002
I.S.B.N.: 84-932649-3-8

Impreso en MONFUS, S.L., Conde de Urgel, 141, E-08036 Barcelona

La primera edición de este libro fue póstuma. Vio la luz —de la mano de L'Italiano Edizioni, en febrero de 1981— cuando su autor hacía siete años y medio que había fallecido, un 12 de agosto de 1973, en un desgraciado accidente de tráfico en la Via Aurelia de Roma.

Nueva República, al tiempo que pone en las manos de nuestros lectores uno de los ensayos más interesantes de Adriano Romualdi, aprovecha la ocasión para rendirle un pequeño homenaje y dar testimonio de nuestro permanente recuerdo. Para nosotros, jóvenes —y no tan jóvenes— nacional-revolucionarios españoles, Adriano Romualdi representó y representa lo que debe ser un auténtico combatiente: síntesis entre pensamiento y acción. Pero en este caso, hay algo más. Si su memoria ha resistido el paso del tiempo, ha sido porque su mensaje metapolítico apenas si muestra algún desconchado ideológico. Si, efectivamente, hiciéramos una encuesta en los medios patrióticos italianos sobre quién fue y qué representó Adriano Romualdi, encontaríamos, en el peor de los casos, respuestas muy positivas. Por otro lado, y a pesar de que hayan transcurrido casi tres décadas, sorprende la inquina rencorosa que la *izquierda intelectual* —o lo que queda de ella— muestra todavía hacia nuestro autor. Son, sin lugar a dudas, pruebas irrefutables de que el personaje y sus ideas bien valen la pena. Lo que ni unos —partidarios— ni otros

—detractores— podrán negar jamás, es que aquel hombre encarnó como pocos el ejemplo del *soldado político*, del hombre que, *en medio de las ruinas*, ha llegado a la convicción que ante el enemigo no se capitula y de que, en consecuencia, hay seguir el camino emprendido hasta sus consecuencias últimas.

Hijo de Pino Romualdi —el que fuera vicesecretario del Partido Fascista Republicano (PFR) y fundador del Movimiento Social Italiano (MSI) en la inmediata postguerra—, Adriano llegó a ser profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Palermo. Alumno de politólogos de la talla de Agusto del Noce y de Renzo de Felice, fue, sobre todo, el *discípulo aventajado* del polémico filósofo Julius Evola, del que llegará a ser incluso biógrafo (*Julius Evola: l'uomo e l'opera*, 1968). Con Adriano Romualdi no estamos, sin embargo, frente al *intelectual orgánico*, ese ejemplar al que la izquierda del siglo XX cultivó de manera un tanto esquizofrénica y que donó a la historia de la infamia esos estólidos paladines de la nada que empezaron adorando a Stalin o a Mao y acabaron convirtiéndose en *fans* de Juan Pablo II —véase el ejemplo paradigmático de Maria Antonietta Macciocchi— o, peor aún, en coléricos alguaciles del rampante neoliberalismo de hogaño. Para Adriano Romualdi, el «partido» no podía ni debía aceptar el papel al que le había relegado la mafia demo-cristiana y el entonces todopoderoso Partido Comunista. El «partido» podía aceptar la legalidad, sí, pero, en modo alguno, formar parte del Sistema y de su entraña. Antes al contrario, estaba convencido de que para construir un «área política radical», ideológicamente «autónoma» y «extraña» al demo-capitalismo, era necesaria la «recuperación de la cultura» para poder, así, dar la batalla con garantías al adversario, también, en el terreno metapolítico. La aportación fundamental y trascendente de Adriano Romualdi fue la de ofrecer a los nacional-revolucionarios italianos, especialmente a sus militantes más jóvenes, nuevas claves para la lectura y comprensión

de la historia, lejos de las visiones epidérmicas tan en boga en aquellos agitados años de la *guerra fría*, llamando la atención siempre sobre la necesidad de sondear las tendencias más profundas que habían surcado el pasado. Para Adriano Romualdi, cualquier lema, cualquier símbolo y cualquier *liturgia* huérfana de una auténtica y transformadora cosmovisión no dejaban de ser, para emplear sus propios calificativos, «patéticos y ridículos» ensayos de estrategias baldías.

Otra de las cuestiones clave en en el discurso de Adriano Romualdi es la del concepto «Europa-Nación». Siguiendo los pasos de Drieu La Rochelle, Adriano Romualdi no cree en otro nacionalismo que no esté representado por la Patria europea. Para Romualdi, el «pequeño nacionalismo» es un simulacro, pura estulticia, un bonsai de la política convencional que en modo alguno entra dentro de los parámetros definidos por movimiento cultural y político, cuya finalidad estratégica sea —o pueda llegar a ser— la de vertebrar una alternativa de «civilización» frente a los materialismos (neo)liberal y marxista. Nuestro reproche aquí, quizá, pueda estar en que, mientras para Jean Thiriart Rusia y China sí formaban parte del bloque continental que debía construirse frente al criminal-imperialismo norteamericano, Romualdi sólo contemplaba la necesidad de «liberar» e incorporar a Europa a los países oprimidos por el comunismo moscovita.

El concepto de «Tradición» en Adriano Romualdi, por último, posee el mismo esqueleto ideológico que el de su maestro Evola. Sin embargo, Romualdi va más allá y ve inconcebible la nueva «espiritualidad europea» si ésta prescinde de la fusión entre la clarividencia de la antigüedad y la audacia moderna. A nuestro juicio, se anticipaba a lo que Guillaume Faye ha definido —de manera magistral, dicho sea de paso— recientemente como «arqueofuturismo»; esto es, la conquista del futuro atendiendo a nuestras más profundas raíces europeas, pero sin dejar de sacar partido a los retos que la técnica moderna plantea.

Romualdi colaboró en buena parte —por no decir en todas— las publicaciones neofascistas y nacional-revolucionarias italianas de la década de los sesenta y primeros años de los setenta: *Giornale d'Italia*, *Secolo d'Italia*, *L'Italiano*, *La destra*, *Conciliatore* y, sobre todo, en *Ordine Nuovo,* y trabajó con especial dedicación en el mundo editorial. Así, para la casa Volpe, preparó ediciones especiales de las obras de Oswald Spengler y Friedrich Nietzsche. En 1965, publicó un ensayo sobre el pensamiento de Platón y, en 1970, otro sobre el solitario de Sils-Maria. En 1965 fundó Edizioni del Solstizio, a través de la cual dio a conocer al público italiano a autores *incorrectos* como Robert Brasillach y Pierre Drieu La Rochelle. En 1973, en otras iniciativas editoriales, publica sus capitales ensayos *La Destra e la crisi del nazionalismo* e *Il problema di una tradizione europea.* Romualdi, además, fue un apasionado estudioso de la arqueología, la antropología y la filología, prestando especial atención al mundo indoeuropeo y preparando, para Editrice Ar, la edición italiana de obras de Hans F.K. Günther. Obras póstumas de Romualdi fueron —aparte de esta *Correnti politiche ed ideologiche della destra tedesca dal 1918 al 1932— Le ultime ore dell'Europa*, *Il Fascismo come fenomeno europeo*, y *Gli indoeuropei.*

Una sucinta digresión antes de concluir estos párrafos prologales. Adriano Romualdi emplea la palabra *destra* para definir a los grupos de oposición no marxistas a la República de Weimar. Si esto es así, es porque en la Italia de postguerra los grupos e intelectuales neofascistas se apropiaron de un término que, como el de *derecha*, carecía de dueño en el debate de ideas de aquellas décadas. En efecto, la derecha, conformada fundamentalmente por la intrincada mafia demo-cristiana, se definía a sí misma como centro o centro-izquierda, en el marco de una estrategia vergonzante que con posterioridad han calcado otras derechas europeas —véase, sin ir más lejos, el actual Partido Popular español—. Los neofascistas, en efecto, hicieron uso —y

abuso— de tal término, pero hay una razón lógica para ello: no sólo les procuró legitimidad, sino que incluso a través de él consiguieron atraer a amplias franjas sociales que, no reconociéndose en el vaticanismo político, tenían un perfil patriótico, anticomunista, antiliberal y, por tanto, asimilable. Nosotros hemos *subsanado* este —vamos a llamarlo así— *error*, absolutamente convencidos de no haber traicionado el espíritu de las páginas que siguen.

JUAN ANTONIO LLOPART
Barcelona, 12 de agosto de 2002

Capítulo I
La «Revolución Conservadora»: corrientes ideológicas y políticas patrióticas en la República de Weimar

En el período comprendido entre el final de la Gran Guerra y el advenimiento del nacionalsocialismo, se desarrollaron en Alemania, con el trasfondo de la actividad de un grupo de significativos y prestigiosos intelectuales, un gran número de círculos y grupos que desarrollaron un discurso crítico con la democracia y, en particular, con los presupuestos ideológicos y políticos de la República de Weimar.

Algunas de estas agrupaciones fueron círculos y corrientes que se reconocerán en el neorromanticismo de la época guillermina, como el movimiento juvenil o el movimiento racista (*völkisch*), de tal modo que es realmente difícil hacer una clara distinción entre los militantes de primera hora y los que arribaron con posterioridad.

En general, se trata de corrientes de nueva formación que brotaron fruto de la experiencia del frente bélico o del activismo de la inmediata postguerra, y que proyectaron sus inquietudes más allá de lo incierto del momento, sobre la base de la visión de un nuevo Estado, al que intelectuales como Stefan George y Moeller van den Bruck llamaron «Tercer Imperio».

En aquellos ambientes se profesaban ideas conservadoras aunque sin grandes referencias al pasado, con una más que evidente hostilidad a la visión del mundo igualitaria y progresista, al mismo tiempo que en su seno los militantes adquirían una

dinámica revolucionaria, como consecuencia de su directo enfrentamiento con las instituciones republicanas.

Estos círculos ejercieron una sensible influencia en el ambiente político de los años veinte aunque, ocioso es decirlo, no habrían representado peligro alguno para las instituciones republicanas, si Adolf Hitler no hubiese creado un gran partido de masas, haber adoptado muchas de las ideas de la «Revolución Conservadora» —reducidas, eso sí, a unos cuantas frases hechas—, y haberlas llevado al enfrentamiento callejero.

Delimitación espacio-temporal de la «Revolución Conservadora» alemana

El término «Revolución Conservadora» es el que mejor puede definir esta tendencia de la cultura y la política alemanas durante el período que precede al la irrupción del nacionalsocialismo. No se trata, en absoluto, de una «revolución alemana» o una crisis interna de la «ideología alemana», sino de un movimiento de dimensión europea, cuya característica más notable es la de haber fundido la ideología conservadora a una estrategia revolucionaria, proceso que provocará indefectiblemente confrontaciones con el sistema democrático.

Este término lo encontramos por vez primera en un famoso discurso de Hoffmannsthal, *Das Schriftum als geistiger Raum der Nation* [1], en el que afirma: «El proceso del que hablo no es otro que una Revolución Conservadora de tales proporciones como la historia europea jamás ha conocido». En este discurso, que data de 1927, Hoffmannsthal trata de aprehender la naturaleza de esta revolución: la aspiración a nuevas relaciones y jerarquías, y la reconstrucción de una nueva totalidad orgánica que sustituya a todo aquello que el liberalismo ha terminado por destrozar.

Toda acotación de la «Revolución Conservadora» alemana de entreguerras, como cualquier delimitación temporal de movi-

mientos históricos de amplia proyección, es, en cualquier caso, arbitraria. Una vez reconocidas las raíces románticas y nacionalistas, sería necesario abarcar todo el espectro de las doctrinas políticas del siglo XIX, desde 1789 al triunfo del nacionalsocialismo. Es el valor del romanticismo, como movimiento político-espiritual, el que está en juego. Romanticismo y nacionalismo considerados como tentativa de salvación de determinados valores sociales, raciales y espirituales, que la revolución industrial y el racionalismo amenazaban destruir de raíz.

Desde este punto de vista, y siguiendo a Armin Mohler, todo aquello que consideramos «Revolución Conservadora alemana», no es sino una componente más del proceso de reacción contra la ideología progresista, que se manifestará en Europa inmediatamente después de desencadenarse la revolución francesa de 1789 y que, aún hoy, no podemos considerar cerrado.

Aunque tal delimitación es meramente convencional, no es menos cierto que Europa constituye una unidad cultural. En efecto, de la misma manera que no puede analizarse el romanticismo alemán al margen de sus relaciones con el prerromanticismo inglés, o el gótico germano sin sus conexiones con el gótico francés o el gótico del resto del continente, tampoco puede haber una plausible aproximación a la «Revolución Conservadora» alemana al margen de su entorno continental. Desde este punto de vista, la interpretación que ve en el nacionalismo y en el nacionalsocialismo una suerte de fatalidad que arranca desde el militarismo de Federico el Grande, al concepto luterano de *Obrigkeitsstaat* (Estado autoritario) de Federico Barbarroja, Arminius, o de los primitivos germanos, no sale de los límites de una interpretación histórica cargada de sugestiones y prejuicios.

En realidad, el nacionalsocialismo y, en conjunto, el movimiento de ideas que lo prepara, no es simplemente una *deutsche Verhängnis* [2] que ha de abordarse desde una óptica mítico-apocalíptica de la historia alemana, sino un episodio —aunque

sea central— del período nacionalista y del romanticismo político europeos. Desde este punto de vista, se nos antoja como el más cabal, el método empleado por Ernst Nolte cuando contempla, como un solo haz, los «tres rostros del fascismo»; esto es: nacionalsocialismo, fascismo y Action Française. Ahora bien, el nacionalismo alemán de los años treinta tiene un perfil perfectamente definido que lo distingue de los otros movimientos nacionales europeos, aunque sólo sea por el radicalismo de sus tesis y por la presencia en sus filas de significativas figuras del mundo cultural como Oswald Spengler, Ernst Jünger, Othmar Spann, pero también Thomas Mann y Walter Rathenau, quienes, en todo o en parte, también serán considerados por Vérmeil entre los «doctrinarios de la revolución alemana». De hecho, en Alemania, la derecha poseía unas raíces culturales infinitamente más ricas, ancestrales y complejas que las que poseyeron el fascismo italiano o la extrema derecha francesa. Así, se podría afirmar que la aportación original de Alemania a la cultura europea, el romanticismo, lo es de los sectores patrióticos y más como una mitología del pasado que como una mitología del porvenir.

Ello explica cómo en Alemania —más bien como consecuencia de una determinada conformación de la sociedad alemana— algunas concepciones y algunos gestos pueden parecernos unos más superficiales que otros.

La «Revolución Conservadora» en la realidad social alemana

Las primeras noticias de las concepciones antidemocráticas en Alemania, en el período que precede al nacionalsocialismo, nos llegan como consecuencia de la presencia de un restringido grupo de intelectuales, que influirán sobre un amplio estrato de la sociedad alemana, bajo el impacto de los acontecimientos de

1918, si bien antes o durante la Gran Guerra ya habían mostrado suficientemente su talante antiliberal.

La metamorfosis de las formas propias de la sociedad aristocrático-feudal a las propias de la burguesía apenas si se había manifestado de manera tímida en Alemania. Y ello, no porque no existiera una burguesía desarrollada y rica —el progreso industrial y comercial alemán ensombrecía ya a los países vecinos—, sino porque las riendas políticas y militares del país permanecían en buena medida en manos de la aristocracia, por cuyos valores la burguesía sentía una cierta fascinación. El «aburguesamiento» de la sociedad, la aceptación de valores tales como paz, seguridad, comodidad personal y democracia política, que en Europa occidental hacía mucho tiempo se habían impuesto, encontraban un serio obstáculo en los ideales encarnados por la aristocracia, sobre todo en las filas del ejército y su estado mayor.

Ernst Nolte, a este respecto, escribe: «...la aristocracia prusiana no constituía una categoría de grandes señores con un modo de vida diametralmente opuesta a la de la burguesía, sino un grupo de funcionarios y oficiales del rey que trabajaban duramente y que habían hecho del ejército un instrumento de suprema perfección racional, hasta el punto de que, bajo muchos aspectos, ello podía servir de ejemplo para la organización de la industria. El problema planteado en Alemania era cómo resolver esta contradicción innata a su existencia, en favor de uno u otro polo; es decir, si el feudalismo debía extinguirse como había sucedido en el resto de Estados occidentales y apostar por el parlamentarismo y la partitocracia, o si, por el contrario, la sociedad civil debía organizarse según el modelo militar. Dicha contradicción no podía eternizarse» [4].

Esta «atmósfera militarista» de la sociedad germana —sentida no como una limitación en el marco de un espíritu feudal de subordinación, sino como la pertenencia a un mundo en el que

imperaban valores superiores a los que representaba la burguesía— será una de las claves de la popularidad que alcanzarán las tendencias conservadoras.

A ello se añadía la presencia de elementos de la antigua aristocracia en influyentes círculos políticos, como lo fue el Herrenklub (Club de los Señores) de Berlín, dirigido por el barón Von Gleichen y al que perteneció Von Papen y destacados representantes de la aristocracia rural, de los partidos políticos y de la industria. La alianza de la industria pesada y la aristocracia era un hecho desde hacía tiempo. Las grandes familias industriales habían acabado por asimilar el modelo aristocrático, no sólo como consecuencia de la simbiosis existente con los estados mayores del ejército, sino como instrumento en sus relaciones con la clase trabajadora. No estamos frente a la típica estampa de explotación de la época liberal-burguesa, sino un complejo mundo de vínculos de asociación y subordinación, de una parte; y de protección y asistencia, por otra; feudal y «paternalista» si se quiere, pero práctica y eficaz.

Oswald Spengler vió en el desarrollo de la sociedad un proceso de formación y la disolución de las formas culturales —de las que las formas económicas serían sólo un aspecto, como lo pueda ser, por ejemplo, el arte—, de tal forma que una sociedad nacional es una figura viva guiada por una *élite*, cuya vitalidad se mediría por su capacidad de absorber nuevas fuerzas sociales y económicas y que, lejos de disolverse, impondría su impronta. Únicamente cuando prevalece el desorden provocado por lo nuevo frente a lo antiguo, las formas se desploman, pierden su elasticidad interna, y las estructuras orgánicas mutan en entidades mecánicas; de la calidad histórica, se pasa a la cantidad económica, y de la política y de la historia, a una vida puramente vegetal.

Vista desde esta perspectiva, la vieja estructura aristocrático-prusiana, se rebeló como una forma todavía viva, elástica, hasta el punto de poder asimilar a las fuerzas de la burguesía y de la

industria, sin por ello perder su fisonomía. Un proceso análogo es el que se dió en Inglaterra —aún con profundas diferencias de desarrollo histórico-social— con la aristocracia en los *colleges*, el ejército y la cámara alta hasta 1945. Y esta fusión entre el polo que posee las mejores cualidades de los rangos burgués y obrero —interdependencia económica y seriedad laboral, curiosidad por las novedades técnicas e industriales— y una clase dirigente que conserva todavía las virtudes de una auténtica aristocracia, supusieron un excelente caldo de cultivo en la Alemania de la primera mitad del siglo XX, lo que le aseguró su hegemonía continental.

En el ámbito social, los intelectuales de la «Revolución Conservadora» manifestaron la voluntad de dar espacio a las masas movilizadas por la industrialización, pero educándolas en el culto a los valores militares y antiindividualistas de la era preburguesa. Bajo estos parámetros, Oswald Spengler sintetizará el eslogan «socialismo prusiano», que Hitler traducirá en la fórmula «nacionalsocialismo».

La «Revolución Conservadora» en la realidad europea de la época

Pese a su presencia en una fase concreta del desarrollo de la sociedad alemana, la «Revolución Conservadora» podría estudiarse, además, como respuesta a la situación internacional del propio país.

A todas sus corrientes les es común el rechazo del tratado de Versalles y la necesidad de la unificación de Alemania con Austria y Bohemia, posición que, dicho sea de paso, no era extraña en absoluto al resto de los partidos del arco democrático de la República.

Serias diferencias surgen, empero, cuando se trata de definir la política de alianzas a seguir por Alemania tras desembarazar-

se del *diktat* de Versalles y retomar el peso que le correspondía en el concierto europeo. Unos, pretenderán un acercamiento a Rusia —«pueblo joven», anticapitalista, según la visión de Moeller van den Bruck— como medio para cubrir las espaldas y poder así hacer frente a los vencedores de la Gran Guerra. Otros, por contra, entre los que hay que situar a los nacionalsocialistas, habían apostado por una cruzada antibolchevique y el entendimiento entre los dos grandes pueblos nórdicos: ingleses y alemanes.

Entre los antioccidentales y rusófilos, podemos incluso distinguir dos tendencias: una, conservadora, que simpatizaba con Rusia por la oposición de este país a la civilización burguesa y al Occidente liberal; y, otra, nacional-revolucionaria que, abundando en esa línea, propugnó un alineamiento con aquel país en aras a constituir una alianza de naciones «socialistas» frente a las democracias capitalistas. A la primera tendencia, podríamos adscribir al Thomas Mann de *Consideraciones de un impolítico* y su valoración del antioccidentalismo de Dostoievski; a Moeller van den Bruck, primer propagador en Alemania de tales ideas, y Oswald Spengler, para quien la lucha fundamental se entablaría entre ingleses y germanos, al margen de Rusia —si bien, en sus últimos años, fue partidario de que Alemania se convirtiera en una suerte de «marca frente al Este»—. La segunda tendencia, más a la izquierda, estaba representada por los radicales nacionalsocialistas agrupados alrededor de los hermanos Strasser, cuyos presupuestos ideológicos en política exterior han sido estudiados por Reinhard Kühln en su ensayo *Die nationalsozialistiche Link 1925-1935*. Partícipes de esta tendencia fueron también los nacional-bolcheviques, corriente de la que, durante un cierto tiempo, participó Ernst Jünger.

El frente de los antibolcheviques filobritánicos está constituido por los nacionalsocialistas muniqueses: Hitler, Rosenberg, Haushofer, a los que posteriormente se unirá Goebbels.

Sus posturas se fundamentan sobre argumentos de carácter tanto geopolíticos como raciales: la necesidad de un *Lebensraum* en Este y la solidaridad de Alemania con los pueblos de tronco germánico, primarán a Inglaterra.

Sin embargo, tanto unos como otros, desde Moeller van den Bruck hasta Hitler —con excepciones como las de los antilatinos Dryssen o Gräfe-Goldebee—, consideraron favorable una alianza con Italia, país también refractario al tratado de Versalles.

Sea cuales fueran las diferencias que les separaban, todos estos grupos tenían en común dos conceptos fundamentales: la apuesta *Grossdeutsch* y, en segundo término, la ambición de proyectar esa «gran Alemania», una vez consumada la unidad con Austria, sobre un gran espacio centroeuropeo. La *Mitteleuropa* se convertirá en la propaganda nacionalista de entreguerras en un concepto nuevo: la *Zwischeneuropa* —según el término acuñado por Giselher Wirsing en su libro *Zwischeneuropa und die deutsche Zukunft* [6]—; esto es, aquella parte de Europa comprendida en tre Alemania y Rusia, que incluiría no sólo Polonia, Checoslovaquia y los países bálticos, sino incluso el área danubiana, como consecuencia de su economía eminentemente agraria y, por tanto, complementaria de la industria germana. Desde este punto de vista, la «Revolución Conservadora» se define como una concepción realista de la autarquía nacional en una época en la que la reorganización del mundo en grandes espacios empuja a las naciones que no disponen de un *Lebensraum* a una crisis sin parangón. La cuestión *Mitteleuropa-Zwischeneuropa* pondrá sobre el tapete las contradicciones a las que, sobre todo, afectarán a la tendencia que propugnaba el alineamiento con Rusia.

En efecto, si tras la inmediata postguerra una alianza ruso-germana representaba la posibilidad de sacar a Alemania de su aislamiento internacional, ¿cómo conciliar las aspiraciones germanas de hegemonía sobre los países agrícolas de la Europa

oriental y sudoriental con el tradicional apetito ruso sobre el Báltico y los Balcanes?

Parece claro que la dirección antisoviética de Hitler interpretó de forma más realista las exigencias ideológicas y geopolíticas de la «Revolución Conservadora», y esa fue la razón por la que la tendencia rusófila, preñada de ambiguas nostalgias socializantes en la línea de los hermanos Strasser, fue al fin relegada, aunque representó, eso sí, una solución pragmática para evitar el cerco de 1914 e incluso Hitler se vió obligado a echar mano de ella en el verano de 1939.

Subdivisiones y corrientes en el seno de la «Revolución Conservadora»

Una clasificación de las corrientes de la «Revolución Conservadora» será siempre problemática debido a las interconexiones entre sus elementos y los complejos matices de los círculos que la conformaron. Prescindiendo de la división entre nacionalsocialistas y no nacionalsocialistas —Mohler, por ejemplo, excluye al nacionalsocialismo de la *Konservative revolution*—, podemos llegar a una ordenación sobre la base de algunas características generales.

El primero de los grupos sería el de los neoconservadores, que se reconocerán en la tradición prusiana y guillermina, o bien en en la católica del Sacro Imperio. A esta primera tendencia podemos adscribir al Oswald Spengler de *Preussentum und Sozialismus* o al Moeller van den Bruck de *Der preussische Stil*; personalidades que más tarde desembarcarán en el nacionalsocialismo como el jurista Carl Schmitt, y los filósofos Krieck y Baeumler. Alrededor de Moeller van den Bruck y el Juni-klub —inmediato precedente del Herrenklub, presidido por el barón Von Gleichen-Russwürm—, podemos incluir los nombres de Max Hildebert Boehm, Martin Spahn, Edgar Stadtler y, en un

contexto más amplio, los de Richard von Moellendorf, Rudolf Boehmer, Hans Bogner, Franz Mariaux, Gerhard Günther y Gustav Steinbömer, autores a quienes podemos encontrar en los catálogos de la casa editora Hanseatische Verlaganstalt, de Hamburgo, muy próxima a los neoconservadores.

A esta corriente adscribiríamos también a personalidades como el antiguo socialista August Winning, al conservador luterano Wilhelm Stapel, así como a Hermann Ulmann, Hans Freyer y George Quabbe.

Otra tendencia sería la de los conservadores católicos y medievalistas, a cuya cabeza situaríamos al teórico del corporativismo Othmar Spann y sus discípulos Walter Heinrich y Jakob Baxa, y en la que podemos incluir también a dos consejeros ideológicos de Von Papen, Edgar Jung y Walter Schotte —eliminados en la purga de julio de 1934— y el príncipe Anton von Roban, todos ellos procedentes de los ambientes católicos de Austria y Baviera.

Entre los conservadores de tendencia evangélico-luterana y de educación prusiana tenemos que citar a Wilhelm Stapel, Friedrich Gogarten, Hans Assmussen y Ernst Forsthoff, entre otros.

Los centros de esta corriente neoconservadora son el Berlín de los años veinte, donde se editan las revistas *Gewissen* y *Der Ring*, dirigidas respectivamente por Moeller van den Bruck y Gleichen; Hamburgo, con la revista *Deutsches Volksturm* y la citada Hanseatische Verlaganstalt; y la ciudad de Viena, donde difunden sus ideas los corporativistas católicos desde las columnas de la revista *Ständisches Leben* editada por Spann.

La revista *Die Tat*, que cuenta con las firmas de Hans Zehrer, Leopold Dingrave, Giselher Wirsing y Eugen Rosenstock, y en la que colaborarán además autores rusófilos y «socialistas prusianos», como Hans Schwarz y Carl Dryssen, representó un espacio político a medio camino entre neoconservadores y nacional-revolucionarios.

Aunque esta última denominación tiene mucho de convencional, puede sin embargo servirnos para designar el frente de los activistas que surgió como consecuencia de la experiencia de la guerra y que enarboló una singular ideología basada en la «movilización total». Los nacional-revolucionarios acabarán disolviéndose, por simpatía activista, en el seno de la corriente nacional-bolchevique.

El personaje más interesante de esta corriente nacional-revolucionaria es Ernst Jünger, cuyos libros sobre el conflicto bélico son fundamentales para comprender el sentido del «realismo heroico» y lo que él denominó como «totale Mobilmachung» («movilización total»). Junto a Jünger, podemos citar a otros escritores que harán de su biografía y de su profesión de fe nacional-revolucionaria incluso material para sus novelas: Ernst von Salomon, con *Los proscritos* y *Die Stadt*; Erwin Erich Dwinger, con su trilogía sobre la prisión, la guerra civil rusa y la postguerra civil alemana, de la que citaremos *Die Letzten Reiter* —evocación de la lucha de los Cuerpos Francos en los países bálticos— y *Auf halben Wege* —crónica del *putsch* de Kapp y la insurrección comunista en la cuenca del Ruhr—; Franck Schauwecker, autor de *Aufbruch der Nation* y *Deutsche allein*; y los novelistas F.W. Heinz y Herbert Volck.

De esa misma base activista se nutrirá el nacional-bolchevismo, corriente en la que recalarán marxistas heterodoxos como Ernst Niekisch, director de la revista *Widerstand*; Harro Schulze-Boysen, director de *Der Gegner*; y los dirigentes del Frente Negro Otto Strasser, Herbert Blank, Ernst Bruno Bruchrucker y Richard Schapke. Próximos a Niekisch estarán Karl Otto Paetel, editor de *Die sozialistiche Nation*, y colaboradores de la citada *Widerstand* como Hugo Fischer y Otto Petras.

Otra corriente perfectamente identificable sería la de los *Bündischen*, cuya principal seña de identidad se centra en la idea de *Bund*, el «orden viril» conformado por las ligas, con compo-

nentes esotérico-iniciáticos o deportivo-militares, aunque siempre desde la perspectiva de un común anhelo: la construcción de un nuevo Estado. Estos ideales estaban muy extendidos en ambientes juveniles, en asociaciones paramilitares y algunos cenáculos artísticos y religiosos.

En la tendencia *bündisch*, situaríamos a Stefan George y los miembros de su círculo de intelectuales, quienes cultivaron sistemáticamente la idea de «orden», y a elementos provenientes del Jugendbewegung o movimiento juvenil alemán, como Hans Blüher, Walther Flex y Hjalmar Kutzleb. Una considerable contribución a la teoría *bündisch* fue la de ensayistas como Albrecht Eric Günther, autor de *Geist der Jungmannschaft*; Max Nietzsche, con su estudio *Bund und Staat*; o incluso Baeumler con su ensayo *Männerbund und Wissenschaft*. Revistas *bündisch* fueron *Wandervögel*, *Der weisse Ritter*, *Das Junge Deutschland* y, próximas a los ambientes nacional-revolucionarios, *Die Kommenden*, *Zwiespruch* y *Die Junge Mannschaft*.

La cuarta corriente sería la que podríamos denominar *Völkischen* o nacional-racistas; esto es, aquellos que situaban en la base de su concepción del mundo el factor racial. Se trataba de un movimiento que hundía sus raíces en el siglo XIX y que, desde Ludwig Schemann, primer divulgador de Gobineau, tendrá como personajes más destacados hasta la postguerra a Houston Stewart Chamberlain, Ludwig Woltmann, Wilhelm Schwaner, Ludwig Wilser y Adolf Bartels. El más importante autor de esta tendencia en el período de entreguerras fue Hans Friedrich Karl Günter, verdadero oráculo antropológico del nacionalsocialismo, y al que habría que añadir nombres de la talla de Ferdinand Class y, obviamente, Alfred Rosenberg y Walter Darré, con quienes la ideología *völkisch* acabará convirtiéndose en parte integrante del programa político del III Reich.

Un importante cenáculo *völkisch* fue el del general Ludendorff y su esposa Mathilde, autora ésta de innumerables libros

de carácter nacional-racista, directora de la revista *Am heiligen Quell der deutschen Kraft* y dirigente de la liga Tannenbergbund.

En el seno de esta tendencia situaríamos a todos aquellos grupos e intelectuales que, con una mayor o menor claridad de ideas, asumieron una suerte de religiosidad germánica o indoeuropea, como Otto Hauer, al frente de la revista *Deutscher Glaube*, y Willibald Hentschel, director de *Migdart-Blätter Gietchristentum*. Revistas *völkisch* lo fueron *Politische Antropologische Revue*, de Ludwig Woltmann; *Nordische Stimmen*, de Bernhard Kummer; *Die Sonne* y *Volk in Werden*, de los ya citados Frieck y Bäumler, y *Uppland* y *Der Volkserziehre*, de Wilhelm Schwaner. Rudolf Gorsleben, el escritor antisemita Theodor Fritsch —editor de *Los protocolos de los sabios de Sión*—, el crítico literario Adolf Bartels y el teórico de la belleza nórdica, Paul Schulze-Naumburg, fueron otros personajes significativos del denso y pobladísimo ambiente de los *völkischen*.

Sus principales centros activistas radicaron en Munich, cuna del nacionalsocialismo, ciudad donde el editor Lehmann publicó los libros de Günther y dió vida a la revista *Deutschlands Erneuerung*; Bayreuth, alrededor del círculo de la familia Wagner y Chamberlain; Jena, donde el editor Diederichs publicó un buen número de libros de corte pagano, y, por último, Prusia, donde la ideología *völkisch* permeó sobre todo las filas del movimiento juvenil de los Wandervögel.

Ateniéndonos a este esquema, bien podemos adscribir al nacionalsocialismo a la tendencia *völkisch*, debido a la importancia que la componente racista tuvo en aquel movimiento. Sin embargo, un análisis somero de los presupuestos ideológicos del nacionalsocialismo, nos mostraría cómo las ideas personales de Hitler coincidirían más con la fe imperialista de un Spengler, y su idea de dictadura democrático-plebiscitaria sería subsidiaria de las ideas avanzadas por Moeller van den Bruck en *Das drit-*

te Reich. La concepción de la «guerra total» auspiciada por Goebbels se inspira claramente en la «totale Mobilmachung» jüngeriana, y las SS y las organizaciones juveniles nazis, insistirán en la idea de «orden», heredada de la concepción *bündisch*.

Sólo el nacional-bolchevismo y los llamados *Ostideologen* (*ideólogos del Este*) fueron expresamente condenados por los nacionalsocialistas, amén de los corporativistas católicos —a pesar de que algunas cuestiones de la ideología *ständisch* (*corporativa*) fueran incorporadas al acervo doctrinal del Frente del Trabajo— acusados éstos de «reaccionarios» por sus conexiones con la Iglesia y la aristocracia. Será precisamente alrededor de la ideología corporativista donde convergerán en Alemania —Papen, Schotte y Jung—, y más tarde en Austria, las últimas resistencias de derecha frente a la ascensión hitleriana.

Así, desde este punto de vista, la resistencia de los círculos dirigentes austriacos contra el *Anschluss* de 1938, bien podría considerarse como un episodio de las luchas intestinas de la «Revolución Conservadora»: la absorción por el nacionalsocialismo de último espacio político conservador no racista.

La literatura sobre la «Revolución Conservadora»

Entre los libros, ensayos y artículos que se han ocupado del fenómeno de la «Revolución Conservadora» vamos a destacar algunos que han tratado de encuadrar el conjunto de estas manifestaciones desde un punto de vista general. Hay que citar en primer lugar, siguiendo un orden cronológico, el libro de Edmond Vermeil, *Doctrinaires de la révolution allemande* (París, 1938). Se trata de la primera tentativa de abarcar el ámbito de la ideología conservadora-revolucionaria de la postguerra hasta la aparición del nacionalsocialismo, pero que se resiente de su proximidad al calor de los acontecimientos. Así, personajes como Rathenau o Keyserling, que contribuyeron a la conformación

del neoconservadurismo —tendencia más acusada en el primero que en el segundo— son situados junto a Hitler y Rosenberg. Sin embargo, no será Vérmeil el único en detectar las posiciones conservadoras-revolucionaras del Thomas Mann de *Betrachtungen eines unpolitischen*, analizar a autores como Moeller van den Bruck y Hans F.K. Günther, y haber afrontado la polémica cuestión de los «doctrinarios» del III Reich.

Con posterioridad, a los tres años de la aparición del libro de Vérmeil, se publicó el de Viereck, *Metapolitics: from the romantics to Hitler*, cuyo mérito, insinuado en el propio título de la obra, consiste en situar los orígenes del racismo en el romanticismo. Su tesis, sin embargo, es bastante controvertida —ya sea porque el texto se consagra casi exclusivamente a tratar de la personalidad de algunos autores como Jahn, Wagner o Rosemberg; ya por el sesgo periodístico propio de la propaganda de guerra rooseveltiana contra la Alemania nacionalsocialista—. Pero sobre todo, su error consiste en la reconstrucción del romanticismo, no como simple inquietud irracionalista, sino como movimiento cultural creador de valores algunos de los cuales, como el de «nación», serían fundamentales para comprender el discurso nacionalsocialista.

Cinco años después de la finalización de la segunda guerra mundial, aparece en Alemania el primer estudio sistemático sobre las corrientes ideológicas antidemocráticas de la época weimariana, *Die Konservative Revolution in Deutschland 1918-1932 - Grandriss ihrer Weltanschauungen,* de Armin Mohler. Obra, aún hoy, fundamental sobre todo por lo que respecta a la abundante información bibliografía de los autores de la «Revolución Conservadora», a su tratamiento absolutamente realista a la hora de abordar sus ideas y, por supuesto, por su compleja tentativa de clasificación que abarca todas las posibilidades y combinaciones. Una segunda parte del libro, que trata de captar el sentido «metafísico» de la «Revolución Conservadora» es,

por contra, algo superficial, bastante genérica y ambigua. Empero, el libro de Mohler es, sin lugar a dudas, el mejor texto disponible.

Más interesante por lo que respecta al análisis de las singulares tesis y personalidades de la derecha revolucionaria alemana —en particular de Moeller van den Bruck, Spengler y el Jünger de los primeros años— es el libro de Clemens von Klemperer *Konservative Bewegungen zwischen Kaisserreich und Nationalsozialismus*, publicado en 1962 y que, junto al ya citado de Armin Mohler, es el estudio más sistemático sobre ese período de 1918 a 1932.

De Estados Unidos nos vino el libro de Mosse *The crisis of germain ideology*, que estudia atentamente algunas de las corrientes que preceden al nacionalsocialismo, como los primeros *Völkischen*, los *Bündischen* —bebiendo directamente en los archivos del Jugendbewegung—, aunque pasando de puntillas sobre autores como Moeller van den Bruck, Oswald Spengler, Hans F.K. Günther, y dejando fuera a autores nacionalsocialistas como Hitler, Rosemberg o Darré.

Algunas de las corrientes de la «Revolución Conservadora» han sido objeto de estudios sobresalientes, como sucede con el nacional-bolchevismo y los «izquierdistas de derecha» en el libro de Otto Ernst Schüddenkopf *Linke Leute von Rechts*, de 1960. La izquierda nacionalsocialista en el de Kühnl, *Die nationalsozialistiche Linke 1925-1930*, de 1966. El movimiento juvenil, en el de Raabe, *Die bundische Jugend*, de 1961; en el de Laqueur, *Young Germany*, de 1962, y en el de Jowy, *Deutsche Jugendbewegung und Nationalsozialismus*, de 1952. La Liga pangermanista en el de Kruk, *Geschichte del Alldeutschen Verbandes 1980-1939*, de 1954. Sobre Moeller van den Bruck y los «jóvenes conservadores» el ensayo de Schwierskott, *Arthur Möller van den Bruck und der revolutionäre Nationalismus in der Weimarer Republik*, de 1962, y el de Stern, *The politics of cul-*

tural despair, de 1961. Con respecto al abundantísimo número de artículos y ensayos, merecen ser citados el de Broszat sobre las relaciones entre la ideología nacional-racista y el nacionalsocialismo en «Die völkische Ideologie und der Nationalsozialismus», en el *Deutsche Rundschau*, de enero de 1958 y, con una perspectiva más amplia, el de Sontheimer «Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik», en el *Vierteljahrshefte fur Zeitgeschichte*, fechado en 1957.

«Revolución Conservadora» y nacionalsocialismo

El destino de los «conservadores revolucionarios» es y será siempre objeto de estudio con relación al nacionalsocialismo. Y es en este punto donde llegamos a la problemática cuestión de los llamados «precursores». ¿En qué medida los exponentes del pensamiento antidemocrático pueden ser considerados la avanzada de los regímenes totalitarios en la Europa de entreguerras? ¿Cuál fue el peso de los personajes e ideologías de la «Revolución Conservadora» en el seno del activismo político, la propaganda de masas y el empleo organizado de la violencia?

Se trata de un asunto aún en ciernes. Es obvio que la clave del triunfo del fenómeno nacionalsocialista residió en su indomable espíritu de combate y en su habilidad a la hora de utilizar las más modernas técnicas de propaganda y agitación, lo que provocó la rápida superación de la competencia de los limitados círculos *völkisch*. Esta irresistible irrupción no puede reducirse, sin embargo, a un «fanatismo privado casi de contenidos y compromisos» o a una «energía agresiva encerrada en sí misma», tal y como afirma Broszat [7], privándosenos así de una vía de cabal comprensión de los ideales de aquella fe y de aquel fanatismo.

Afirmar que Hitler despreciaba los cenáculos *völkisch* por su incapacidad de influencia en las masas, no impide que su baga-

je ideológico —no sólo el que se encierra en las páginas del *Mein Kampf*— conectara con la literatura de aquéllos.

Las vacilaciones de Broszat tienen un precedente en la tesis de la «revolución del nihilismo» de Rausching, en su obra *Die Revolution des Nihilismus*, de 1938, y frente a las que en 1941 Viereck objetaba: «La naturaleza abomina del vacío incluso en el campo de las ideologías. Vacío alguno puede generar los audaces ejércitos populares que ahora invaden Europa armados de voluntad de poder. Los nazis son nihilistas en cuanto se enfrentan a la civilización occidental y cristiana. Pero están pertrechados con nuevos valores que, frente al vacío, el propio nihilismo ha ido generando. Hoy, la juventud alemana está siendo educada en conceptos que huyen del cinismo y el nihilismo...» (p. 231 de la ed. italiana).

Mosse, por su parte, ha llamado la atención de cómo la generación que abrazó el nacionalsocialismo surgió de las escuelas cuyos enseñantes, varias décadas antes, estaban empapados de nacionalismo racista. Ejemplo ilustrativo de lo que decimos es el caso del propio Hitler con respecto a su profesor de Historia en el Instituto de Linz, Leopold Pötsch. En 1938 Hitler siente la necesidad de saludar a su antiguo profesor con el que había cortado toda relación desde su época de escolar y, curiosamente, se entera de que éste pertenece a la organización clandestina de las SS austríacas. La visión de un Hitler nihilista, de un nacionalsocialismo nihilista, ha sido cultivada como coartada, pero en absoluto ayuda a comprender el problema. Es más, valdría la pena recordar que fue Hitler quien llegó a definirse, en una entrevista concedida al diario *Völkische Beobachter* (6-VI-1936), como el «revolucionario más conservador del mundo».

En realidad, quien trate de vincular las corrientes de la «Revolución Conservadora» a lo que después aconteció, hará justicia en subrayar las posiciones de los autores y personajes que no han dudado en deslindar su responsabilidad de los impredecibles

acontecimientos que se vivieron tras la ascensión del nacionalsocialismo, pero sin por ello impedir la aprehensión de la compleja, y a veces contradictoria, conformación de la realidad histórica. Así, Hans-Joachim Schwierskott dirá: «Para comprender esta Revolución Conservadora como fenómeno histórico, no queda sino situarla en un espacio ideal para luego insertarla en la realidad de su tiempo» (p. 77), lo cual presupone una cosa que ciertamente no existe, pero a la que se le puede conferir un espacio imaginario, independiente de la realidad política.

Mucho más alentador es el moderado reconocimiento de Kurt Sontheimer en su citado ensayo «Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik»:

«I) Aquella [Revolución Conservadora] contribuyó notablemente a socavar desde el interior las instituciones republicanas;

«II) Fue al mismo tiempo precursora de un nuevo Estado que encontró después su realización en el Estado autoritario nacionalsocialista. Se consideró siempre la portadora de una nueva forma del Reich y consiguió al menos uno de sus objetivos: que la constitución republicana fuese removida por un nuevo Estado, cuya estructura correspondía en buena medida a las aspiraciones de estos agentes antidemocráticos, aunque con posterioridad el Estado hitleriano desilusionase y disgustase a muchos de ellos».

Ensayos de interpretación de la «Revolución Conservadora»

Establecida la conexión entre la «Revolución Conservadora» y el nacionalsocialismo, el problema que se nos plantea es el de su interpretación con respecto de dicho fenómeno político. Igual sucede con respecto a la cuestión más general con respecto al fenómeno fascista —entendiéndolo como manifestación de ámbito europeo— y de su fenomenología, tal y como se ha apunta-

do en las páginas del *Journal of contemporany history* o la recopilación *El fascismo en Europa* a cargo de J.S. Wolf. En ambos casos, la «Revolución Conservadora» alemana de los años veinte es estudiada como un movimiento prefascista.

Las dos interpretaciones más corrientes del fenómeno fascista son la liberal-racionalista, que lo considera como un movimiento «irracionalista», como una «enfermedad moral»; y la marxista, que lo considera como una reacción de la burguesía o de la pequeña burguesía. En esta crítica del fascismo se solapa la crítica hacia del nacionalismo, como proceso de integración y expansión nacional —tesis representada en Italia por Volpe y Gentile y que en Alemania constituyó la base de la adhesión a la *Grossdeutschland* hitleriana a la que muchos se unirán desde presupuestos ideológicos pangermanistas—. Esta última perspectiva, que hoy nos parece un poco limitada, pone sobre el tapete la responsabilidad del «risorgimento», tanto italiano como alemán, en relación con el nacionalismo, apuntado en el caso italiano por Mark Smith, y que en Alemania ha sido planteado en multitud de ocasiones y todas ellas pretendiendo relacionar estrechamente la *Realpolitik* bismarckiana con el hitlerismo. Drieu La Rochelle, por el contrario, interpreta el fascismo como reacción frente a la decadencia de la vieja Europa, amenazada internamente como consecuencia de una decrépita civilización y externamente por la presión ejercida por los imperialismos ruso y americano, interpretación que retoma el discurso de los teóricos nacionalsocialistas del «nuevo orden europeo», y el llamamiento de Spengler al prusianismo en defensa de Europa contra las dos revoluciones mundiales: la marxista y la de los pueblos de color. Y, por último, tenemos que recordar la audaz interpretación del fascismo de Ernst Nolte, como «revolución contra la trascendencia», entendiendo por «trascendencia», no un concepto «vertical», espiritual, sino «horizontal» e historicista al que el fascismo se opondría por definición.

Estas interpretaciones, sin embargo, no dejan de ser atisbos de una realidad. Sirven, eso sí, para encuadrar el conservadurismo revolucionario alemán que se desarrolló a lo largo del período republicano en una basta perspectiva. En ninguna de ellas, empero, encontraremos toda la verdad, aún atendiendo a la particular terminología adoptada por cada uno de los autores interesados. Así, el término «irracionalismo» puede indicar perfectamente la componente activista y confusamente espiritual propia del conservadurismo revolucionario, pero frecuentemente presupone ese conjunto de ideas que la sociedad demo-marxista está lejos de haber comprendido de manera certera. Esta sociedad desconoce premeditadamente fuerza espiritual alguna —una vez organizada en categoría religiosa y guerrera— que corresponde a una dimensión no «burguesa» y «social» del hombre todavía preexistente. La crisis de la juventud, que es hoy el fenómeno más significativo de la civilización occidental, por su carácter irreversible, demuestra cómo se tilda de «irracionalista» cualquier revolución de carácter conservador, que trate de salvar los desequilibrios causados por una visión del mundo iluminista.

A la hora de examinar el fenómeno conservador-revolucionario de la primera mitad del siglo XX como una reacción burguesa, no estaríamos frente a una tesis inexacta. Sin embargo, no debemos perder de vista que la burguesía no entró en juego como clase en el seno de dicho movimiento, sino como franja instruida de la nación, como parte de la sociedad que había asimilado en la escela la cultura romántico-nacionalista, ideología que, dicho sea de paso, estaba en la base de los Estados nacionales que surgen de la mano de las revoluciones burguesas de finales del siglo XIX y hasta 1945.

Aún hoy, cuando se habla de «pesimismo cultural como peligro político» se elude con facilidad pasmosa la evidencia de la crisis, la desbandada, la descomposición, claramente observable

en todo Occidente, fenómenos sociales que inspiraron a Oswald Spengler sus profecías recogidas en *Untergang del Abendlandes*.

En general, todas las interpretaciones sobre la «Revolución Conservadora» alemana, como sobre el fascismo y el nacional-socialismo, se resienten de haber sido pensadas alrededor de los años setenta, pausa histórica que corresponde a la de la «distensión» —que ratifica la partición de Europa y del condominio mundial ruso-americano, con el consiguiente encuentro, a medio camino, entre el radicalismo neocapitalista y el marxismo—. Es la perspectiva del *kennedysmo* y de la «social-democracia» —entendida en su sentido más ambiguo—, ideologías para las que el fascismo es un fenómeno perturbador en el camino de la definitiva «racionalización» de la historia, siempre bajo el presupuesto, no declarado aunque sí implícito, de que la historia es «social-demócrata».

Hoy, en 1970, un movimiento histórico se ha puesto en marcha aunque de manera lenta. La ascensión de China y la ocupación de Checoslovaquia, han provocado el relanzamiento de un marxismo intransigente y la radicalización política de gran parte de la juventud europea. El fenómeno de disolución y putrefacción de la sociedad occidental, magistralmente analizado por Julius Evola en su obra *Cabalgar el tigre*, de 1961, es una cuestión que no nos es lícito ignorar.

Y, sin embargo, las discusiones que provoca este fenómeno están huérfanas de consideraciones morales, y se encaminan hacia cuestiones de eficacia política y organizativa, e incluso económico-laborales. Lo más interesante de esos procesos, es que resultan irreversibles en una sociedad cuyo único punto de discusión se centra exclusivamente en el problema de la «libertad» y, en consecuencia, se ve privada de llegar al fondo del problema. En suma, el «pesimismo cultural» parece pertrecharse siempre de nuevas justificaciones. Como botón de muestra, citaremos el juicio de uno de los más certeros observadores de la

sociedad contemporánea, Giuseppe Prezzolini: «De una parte y en escasos años, nos encontraremos una sociedad occidental inmaculada, nutrida, bien cebada y libre para amargarse la vida y pervertirse. Careceremos de sentimiento de patria, sin nexos para con la sociedad, embrutecidos como consecuencia de la evasión a paraísos artificiales, con los ojos estupefactos, la mente vacilante y los músculos fláccidos, la voluntad debilitada y los instintos primordiales de autodefensa y de preservación del propio grupo reducidos a cero. Y, de otra parte, la sociedad de color o blanca, donde la juventud estará sana, mostrará su musculatura, será militarista, nacionalista y persuadida de que el porvenir está en sus manos y el dominio del mundo garantizado por su propia fuerza, pureza y certeza. Serán los nuevos bárbaros. Y nos situarán bajo su tutela» [9].

No es tarea nuestra entrar en lo acertado de ciertas previsiones. Y parece más que obvio que un juicio cabal sobre el conservadurismo revolucionario de nuestro siglo será posible únicamente cuando algunos desarrollos de este movimiento puedan demostrarse absurdos. Es prematuro hablar de un revisionismo parcial o total, puesto que la crisis histórica de los años veinte y treinta no ha concluído. Si, por ejemplo, una perspectiva análoga a la trazada por Prezzolini en la cita anterior ocurriese, ¿aparecería el fascismo, entonces, como un fenómeno antihistórico e irracional? Y Hitler, ¿no se nos mostaría como el sanador impetuoso y vigilante que trata de salvar a una Europa sumida en la decadencia?

El fascismo se muestra —ha escrito Ernst Nolte— como una «revolución contra la trascendencia»; esto es, al traducir esta jerga al lenguaje corriente, Nolte define el fascismo como una resistencia a la indefinida apertura de la sociedad a nuevas transformaciones sociales, espirituales y raciales. Movimiento, en consecuencia, contra el sentido de la historia que nos llevaría a la nivelación y a la mezcla, que provocaría la resistencia frente

a la disolución de las viejas formas, de las pretéritas comunidades y credos, con un fanatismo y violencia que juzga necesarios.

Es una definición del conservadurismo revolucionario que podemos aceptar, al menos por lo que respecta a sus intenciones últimas. El hecho es que el conservadurismo revolucionario no cree en la trascendencia como figura «horizontal» o progreso, sino en un sentido «vertical», en una trascendencia entendida como religión, como ascesis, heroísmo, o como selección, diferenciación cualitativa de la sangre, de la personalidad, de la *élite*. Se trata de una creencia en valores selectivos, en los valores que operan acumulativamente en el seno de las castas, órdenes y grupos étnicos. Así, el racismo sería un concepto selectivo, una reacción de la raza «aria» o nórdica que pretende defenderse frente a la cancelación del proceso de selección milenaria, de una fragmentación de la humanidad primordial que ha derivado en una evolución superior desde el punto de vista antropológico.

La trascendencia «horizontal» —a los ojos de los conservadores revolucionarios— de un Nolte o de los progresistas optimistas, no sería sino una perspectiva de disolución de las reservas sociales, morales y raciales, reservas sin las que civilización alguna puede perpetuarse. El conservador revolucionario no cree en el progreso como algo fatal y necesario: ve los peligros a los cuales se expone la civilización occidental cuando sacrifica voluntariamente fuerzas e instituciones a las que debe su propia ascensión.

«El reaccionario —ha escrito Abel Bonnard— es un hombre que permanece fiel a las leyes de la vida en el seno de una sociedad que le ha vuelto la espalda». Por su parte, Moeller van den Bruck escribió sobre el liberalismo en su sentido más lato: «El liberalismo ha minado la sociedad. Ha destruido las religiones. Ha negado las patrias. Supone la disolución de la humanidad». Ciertamente, una expresión así puede parecer exagerada en un momento en el que el liberalismo se benefició de alianzas

con determinadas instancias conservadoras, nacionales y monárquicas que le garantizaron un cierto grado de autoridad. Hoy, aquellas instancias no existen ya y podremos ver en los próximos decenios las transformaciones de una sociedad encorsetada en los principios democráticos. Y observaremos que no habrá reacción alguna contra las formas extremas de una libertad que se destruye a sí misma, que se acrecentará la humillación y la pequeñez de Europa, y todo ello sin que se produzca crisis de desesperación y revuelta alguna por parte de la juventud.

De todos estos desarrollos, todavía en curso, dependerá el veredicto definitivo sobre el conservadurismo revolucionario de la primera mitad del siglo XX, del que su componente germana en el período de Weimar sería, tan sólo, su episodio central.

Notas

[1] *La literatura como área intelectual de la nación*, discurso pronunciado en el aula magna de la Universidad de Munich el 10 de enero de 1927.
[2] Edgar Salin, *Vom deutschen Verbängnis*, Hamburgo, 1959.
[3] Ernst Nolte, *Der Faschismus in seiner Epoche*, trad. italiana *I tre volti del fascismo*, Milán, 1966 [trad. española: *El fascismo en su época*, Península, Barcelona, 1967, n.d.t.].
[4] Ernst Nolte, *op. cit.*, p. 492.
[5] Reinhard Kühnl, *Die nationalsozialistiche Linke 1925-1930*, Meisenheim, 1966.
[6] Giselher Wirsing, *Zwischeneuropa und die deutsche Zunkunft*, Jena, 1932.
[7] Martin Broszat, *Der nationalsozialismus*, Stuttgart, 1960, p. 40.
[8] Renzo de Felice, *Le interpretazioni del fascismo*, Bari, 1969.
[9] Giuseppe Prezzolini, «Libertà, corruzione, degenerazione», en *Il Borghese*, 18-I-1970.

Capítulo II
La Gran Guerra y la «crisis de la ideología alemana»

La Alemania de principios de siglo experimentaba una serie de complejos fenómenos políticos y sociales que a un observador poco avisado le hubieran podido parecer contradictorios. Por una parte, la monarquía y la importancia de la aristocracia rural y militar —los *Junker*—; de otra, el gran y vertebrado desarrollo de la social-democracia y, paralelamente a Inglaterra, las más modernas condiciones de vida para los trabajadores. De un lado, un gran impulso industrial e investigador; de otro, respeto y disciplina en todos los sectores sociales, seriedad, puntualidad y eficiencia en el marco de un orden social tradicional.

No todos, sin embrago, estaban conformes con un estado de cosas como el existente: el radicalismo occidentalista había acuñado el término «paternalismo» con el que motejar el *Obrigkeitstaat* de tradición luterana, y es más que significativa la frase de Max Weber según la cual «la desgracia de Alemania es que nuca había decapitado a un Hohenzollern». Alemania no estaba aislada, las corrientes políticas progresistas, claramente detectables tras la revolución francesa, poseían profundas raíces y la reacción antidemocrática, ya con Friedrich Nietzsche, debió pasar del plano tradicionalista y conservador a una posición resuelta y revolucionaria basada en la «crítica de la civilización».

El estallido de la Gran Guerra agudizó todas estas contradicciones. La campaña violentísima que en todas partes se levantó

contra Alemania, la movilización hostil de la opinión pública mundial —desproporcionada ante las violaciones territoriales— hace tomar al pueblo germano conciencia de su diversidad. Esta concienciación se traduce en una sensación de aislamiento del mundo acompañada, en el inicio de la conflagración, de un gran movimiento de estupor: «Nuestro ingenuo sentido humanitario apolítico que se ha mecido siempre en la ilusión de propurar la "comprensión", la amistad, la paz, el acuerdo personal, hizo que nunca sospecháramos —fue el precio que la guerra nos hizo pagar para hacernos comprender con espanto y horror— cuán grande ha sido el odio contra *nosotros* (¡en absoluto nuestro odio hacia ellos!), cuanto se nos había odiado no obedecía a motivos de poderío económico, sino a algo más venenoso, a móviles políticos. Jamás hubiéramos pensado que, bajo la apariencia de pacíficas relaciones internacionales, se ocultaran, con todos sus efectos nefastos, el odio de todo el mundo, odio mortal, implacable, de la democracia política, del maridaje masónico-republicano de 1789, todos ellos contra nuestras instituciones políticas, nuestro militarismo natural, nuestro espíritu de orden, autoridad y responsabilidad...» [1].

Aquella confrontación con la democracia occidental, contra la «civilización» radical e iluminista, conducirá a la nación alemana hacia una afirmación más diáfana de la irreductibilidad de su mundo y de sus mitos. Profundizando en las razones de su disidencia, poco menos que una herejía contra los dogmas de la civilización, Alemania verá cómo en su seno operarán las dos corrientes más importantes de la más reciente historia europea, la iluminístico-demo-progresista y la romántico-nacional-conservadora.

Las corrientes «románticas», en el sentido más amplio del término, en su originario sentido de reacción antiiluminista, volvieron a atizar la polémica contra los representantes de la democracia «civilizadora», Francia e Inglaterra —hecho que, en esta oca-

sión, adquiría una nueva fuerza y trascendencia—. El racismo, como consecuencia extrema del nacionalismo, y el conservadurismo, consciente de la hostilidad de la civilización niveladora y desnacionalizadora, se fundirán en una suerte de maridaje ideológico no homogéneo, pero sí compacto, que acabará por convertirse en la base del nacionalsocialismo frente al demo-iluminismo, en el marco de lo que Verméil denominó *révolution allemande* —casi en contraposición a la idea de revolución francesa—, Mohler como *Konservative Revolution*, y Mosse como *crisis of German Ideology*.

Fruto de esta crisis es un documento significativo *Betrachtungen eines unpolitischen*, aparecido en 1918 y que, independientemente del papel que jugó en la biografía de Thomas Mann, constituye un importante testimonio de un determinado estado de ánimo en determinados ambientes de la Alemania de entreguerras. El blanco al que apuntan estas «consideraciones» es el intelectual demócrata, el *Zivilissationliterat*, el intelectual pertrechado de esquemas prefabricados con los que juzga la realidad alemana: militarismo, despotismo *junker*, hostilidad a la cultura, etc.

El «literato de la civilización» constituye la conciencia de esa otra Alemania que casi se avergüenza de la eficacia social, económica y militar a las que se juzgan como banderas de la «reacción», el orden de los Hohenzollern: «El tipo de secuaz alemán de la civilización literaria es, obviamente, nuestro *literato radical*, ése que se define como "literato de la civilización" —y que es el representante del espíritu literatizante y politizado o, si se prefiere, del espíritu democrático, hijo de la revolución cuyo ámbito y territorio constituyen su patria espiritual... Francia es su país, la revolución su edad dorada y se encontraba a gusto cuando era considerado como "filósofo" y cuando, efectivamente, contribuía a comunicar, difundir y preparar políticamente la nueva filosofía, la filosofía del humanitarismo, de la libertad y de la razón...».

La apuesta de un cierto sector de intelectuales, que a lo largo de la guerra no ocultará sus simpatías por el enemigo —enemigo que representaba el mundo predilecto de la ideología democrática aplicado a la política—, provocará en la pluma de Thomas Mann la reivindicación de los valores «impolíticos» —esto es, antidemocráticos y antiparlamentarios— propios de Alemania. El *Zivilisationliterat*, para Mann, no podía estar sino el ámbito de la Inteligencia, que se conforma bajo su punto de vista como «razón» —la razón abstracta de los principios inmortales— opuesto a la «fuerza»: «La guerra en la cual nos encontramos, en perfecta armonía con los principios de la Inteligencia, es la lucha entre la fuerza y el espíritu —¡su antítesis suprema!—, entre los sables y el pensamiento, la mentira y la verdad, la brutalidad y el derecho. (Inútil es decir dónde están los sables, la mentira y la brutalidad y dónde la antítesis de todo ello). En una palabra: esta guerra se les presenta como una repetición del caso Dreyfuss colosalmente aumentado...».

La derrota de Alemania es necesaria para el intelectual de extracción radical, como medio para desacreditar ciertos principios y determinada clase dirigente; esto es, una nueva *débâcle*, la reedición del *affaire Dreyfuss*: «...hoy se pronostica la derrota de Alemania y su *conversión* a la Inteligencia, victoria que será la de la literatura de Francia y del resto de Europa; la victoria de la Inteligencia pertenece también a ellos, tanto como la derrota [...] Desean, por tanto, nuestra humillación física [...] porque ello significa nuestra humillación espiritual; desean el hundimiento —o, por decirlo en francés, la *débâcle*— del Imperio, porque con su *débâcle* física y moral, ¿qué moral podría resistir a su fuerza? —acontecerá finalmente, digo finalmente, un hecho largamente esperado, tangible y catastrófico para una Alemania atenazada por la mentira y la brutalidad...».

En efecto, más aún que desde las filas de la social-democracia, la resistencia pasiva contra la guerra venía de las corrientes inte-

lectuales que encarnaban la «conciencia universal» —naturalmente, en sentido iluminista y humanitario—. De hecho, la socialdemocracia votó de forma unánime los créditos de guerra —a excepción del ala maximalista de Liebknecht, que al final será aislado en el seno de su propio partido—. «Pasamos al lado de Hindenburg», escribió en 1914 el social-demócrata Heilmann. Y el mismo Scheidemann se dirigía en 1916 a la Comisión de Finanzas del Reichtag con estas palabras: «Naturalmente, estamos de acuerdo sobre cualquier medio, incluso el más cruel, con tal de llegar a un final, de acortar la guerra y que nos lleve a la victoria». Y Gustav Noske, que hubo de encabezar la represión del espartaquismo, se expresaba de esta manera: «Estoy, por su puesto, por los métodos radicales en una situación bélica, porque son eficaces... Se ha producido un clamor (por el hundimiento del "Lusitania")... Si este u otro acto de guerra está justificado moralmente o no, no es motivo de discusión».

Otro social-demócrata, Paul Lensch, en un libro publicado un año antes de las *Consideraciones...* de Thomas Mann, *Drei Jahre Weltrevolution*, defendía el belicismo germano como respuesta al predominio del capitalismo británico y el zarismo ruso: «La vieja y doble esclavitud de Europa, de las que hablaba Marx, tiene su respuesta. El zarismo ha sucumbido, ha sido humillado, y la victoria alemana ha sido un verdadero regalo para el pueblo europeo. Dentro de poco, el déspota inglés deberá apearse de su trono. Y Alemania volverá a ser quien rompa las cadenas y nos guíe hacia la libertad».

En Alemania, el conflicto era visto como la confrontación entre el pueblo, con unos intereses concretos y que, bajo la estructura militarista y aristocrática, se le garantizaba un efectivo y ordenado desarrollo económico e industrial, y aquella franja de literatos y críticos para los que la crítica, el juicio al militarismo, a los Hohenzollern y a los *Junker*, se había convertido en una obsesión, en una idea fija.

En efecto, las masas trabajadoras acudían al frente con espíritu de disciplina, ese espíritu que debió sugerir a Spengler el parangón entre aquel otro de Postdam y el ánimo ordenado del socialismo de Bebel bajo la idea de «socialismo prusiano». Era el espíritu alemán de obediencia, de valoración del nacionalismo por encima de la idea de socialismo que, en 1914, era moneda corriente en cualquier país de Europa, con la aprobación de las masas, fenómeno que Lassalle, en una carta secreta dirigida al propio Bismarck, reconocía como positivo: «Todas las clases de la nación anhelan el Estado, deseosas de conquistarlo o participar... La revolución social que la generación precedente a la guerra vivió en el marco de la dinámica económica, provocó en el pueblo alemán un profundo proceso educativo. La nación, frente un debilitado espíritu nacional, había configurado por contra un Estado en el que todas las clases competían por su dominio. Todas deseaban verlo fuerte —¡ello suponía la desaparición del ideal anglo-liberal del Estado débil!— y todos queríamos conquistarlo, dominarlo o, como mínimo, ser partícipes de su poder. Aquello que en otros pueblos se consideraba espíritu nacional, era para el joven pueblo alemán el sentido del Estado. Y esta conciencia de Estado se robustecía (con odio, lucha y tras mil maledicencias) no con loas y cánticos encomiásticos hacia la dinastía de los Hohenzollern. La dura lucha por el poder, por la conquista del Estado, en la que todas las clases estábamos empeñadas, era el elemento que le daba fuerza y hacía comprender a las masas la necesidad de poseer un Estado poderoso. La guerra irrumpe y trata de destruir dicho Estado. No extrañe, pues, que el pueblo entero, desde los social-demócratas hasta el último capitalista, se subleve unánimemente para salvarlo y conservarlo» [3].

Estas afirmaciones de un diputado social-demócrata muestran, hasta qué punto, la solidaridad con el Estado existente era, pese a los problemas provocados por el latifundismo en el Este y el sistema electoral prusiano, un sentimiento ampliamente difundido, y

cómo la disidencia se manifestaba, más que como una forma de lucha de clases, como una suerte de confrontación entre civilizaciones: la «civilización» liberal y pacifista frente a la civilización germana, solidaria y militarista. Ello explica, asimismo, cómo el nuevo régimen surgido del desastre de 1918 no fuese asimilado como una verdadera revolución —esto es, un evento de envergadura nacional—, sino como la imposición de un modelo extranjero impulsado por extranjeros. Lo que Thomas Mann echa en cara a los intelectuales es la voluntad de éstos de imponer a los alemanes un modelo foráneo —manifiestamente peor que el existente—, la voluntad de desnaturalizar la fisonomía nacional alemana e importar una grosera copia de los sistemas democráticos europeos: «Quienes pretenden instaurar en Alemania una simple democracia burguesa, en el sentido del espíritu romano-occidental, privarán a la nación de lo mejor, de sus propias dificultades, de su propia problemática que conforma el carácter intrínseco de la nacionalidad, y la convertirán en algo fastidioso, transparente, estúpido y antialemán; estamos frente a las manifestaciones de una antinacionalidad que trata de transformar a Alemania en una nación de fundamento y espíritu extranjeros».

El más preciado componente del espíritu germano es para Mann precisamente lo que para la intelectualidad radical aparece como la más grave carencia; esto es, su carácter «impolítico», su impermeabilidad al espíritu de la revolución francesa, a la crítica política, y a la mentalidad periodística. «Política» es, de un modo u otro, democracia, y Mann deseaba proteger de las chatas artes gacetilleras y democráticas el orden aristocrático, militar e incluso patriarcal, musical y burguesamente idílico del alma germana.

La democracia significaba el desarrollo de la «política» y de su retórica —retórica de la libertad, retórica de los derechos del hombre— provocando maniobras sin escrúpulo alguno y tratando de conducir a su desaparición la originalidad nacional generada por el espíritu prusiano-conservador. Este espíritu se identifica, en la

personal ecuación de Mann, con el pesimismo moral, con el hundimiento de la gran burguesía comercial y hanseática que conforman la sustancia de su obra desde sus inicios hasta *La Montaña encantada*, escrita durante la Gran Guerra, casi al mismo tiempo que sus *Consideraciones...* Aunque Mann se da cuenta de que la guerra, al movilizar a todas las clases sociales, traerá consigo una amplia democratización de la vida pública, dicha movilización, cree él, respetará en cualquier caso el espíritu romántico y reflexivo de la tradición conservadora alemana, en detrimento de la banalidad y el optimismo propios del progresismo democrático:

«El Estado popular, la politización del pueblo, es necesaria porque "Alemania, de aquí en adelante, está en pie" y no puede desplomarse; la politización es necesaria en pro del dominio para el que ha sido llamada. A mí me parece absolutamente intolerable que el progreso democrático, tal y como lo oímos en los discursos de los ministros ingleses, nos sea impuesto desde el extranjero y que Alemania deba aceptarlo y adecuarse espiritualmente a él. No obstante, el peligro no me parece sea consustancial al "Estado popular", su organización interna y su configuración externa no ha de confundirse con la democracia en su sentido occidental; esto es, no es imposible organizar un Estado fuera de los parámetros espirituales y políticos de Occidente; no debemos ruborizarnos al entender por politización de Alemania la organización popular de nuestras instituciones públicas, con una mayor relación, más auténtica e íntima, entre la nación y el Estado —¡sin excepciones!—, tendiendo a una *total nacionalización y republicanización de la nación*, sin por ello tener que alterar el espíritu germano nivelándolo, restringiéndolo, arruinándolo...

«[...] democratización significaría adecuación al mundo exterior, adecuación al nivel universal de civilización; esto es, significaría desnacionalización, envilecimiento de lo alemán, reducirnos a animales sociales y políticos, expoliando nuestro carácter pecu-

liar y, así, ¿podríamos hablar ya de una función de dominio germano?» [5].

La democratización de la vida pública, que es un acontecimiento irreversible, en la medida en que la franja social que la impulsa se expande de manera incontenible, necesita de un correctivo sobre la base de una atmósfera de severidad moral y conservadora, sustancialmente autoritaria, que es el concepto de «formación» o *Bildung*, en el sentido goethiano del término: «La democracia, como tal, no es siempre la mejor expresión de la vida moderna; frente a los peligros psicológicos humanos inherentes a la n la progresiva democratización y los peligros de nivelación total, de envilecimiento y vulgarización periodístico-retórico; el único modo de caminar hacia una restauración consiste en asumir un tipo de educación inspirada en los conceptos preponderantes propuestos por Goethe...» [6].

Para Mann era decisivo que las transformaciones que conlleva la modernización de la sociedad no desembocasen en meras destrucciones. En este sentido, Alemania debía asumir en Europa una tarea importante, como la de configurarse en una suerte de contrapeso frente al espíritu baladí y gradilocuente de la nación francesa y el espíritu chato y utilitarista de la mentalidad anglosajona. Este papel de contrapeso, debía tener también su proyección con respecto de Rusia, entendida —al margen de cuestiones de régimen— como un factor conservador. La simpatía de Thomas Mann por Rusia era muy acentuada, siendo ésta una característica muy extendida en el conservadurismo prusiano y que encontrará su justificación en una formulación de nuevo cuño (*das Recht der jüngen Völker*, el derecho de los pueblos más jóvenes; esto es, alemanes, rusos e italianos, según la particular visión de Moeller van den Bruck). Estaríamos así, frente a una tendencia destinada a perpetuarse más allá del zarismo, anclada en la ideología eslava y el espíritu dostoievskiano, con los que simpatizaban, tanto Moeller van den Bruck como el propio Mann. Para los

conservadores alemanes, Rusia —la Rusia bolchevique, por supuesto— representaba un bastión del radicalismo crítico frente a Occidente, un factor de afinidad y tranquilizador. Sólo Hitler, al enarbolar su peculiar visión de la fraternidad de los pueblos germanos; esto es, la firme volunatd de alemanes y anglosajones de fijar espacios y asegurarse el suministro de materias primas procedentes del Este, consolidará apenas sin resistencias esta última orientación.

Una Alemania «impolítica» —esto es, conservadora— no es para Mann la Alemania de los *Junker* y de los latifundistas, sino un país sumido en su propia ideosincrasia y que se niega a ser reeducado a la fuerza. Además, ¿qué hay de verdad en el cliché preestablecido sobre los *Junker* y cuánto de viejo y frustrante en los nuevos *slogans*? Cierto era que los *Junker*, cuyas raíces estaban más allá del Elba y representaban un residuo medieval, representaban el autoritarismo y militarismo, pero también era consustancial a ellos un cierto ideal caballeresco. Si a Alemania se la respetaba más que a cualquier otro país de la Europa occidental, era precisamente porque no era el portaestandarte de valores reducidos a un mercantilismo de cuño anglosajón. Representaba, antes al contrario, la antítesis del *Helden* (héroe) frente al *Händler* (comerciante), según la terminología de Werner Sombart.

Por otra parte, la clase de los «señores», pese a su carácter rígido y militarista, estaba imbuida de resolución, seriedad y eficacia. Frente a la superficialidad y el filisteísmo, que identifica toda autoridad con servilismo, se sobrevaloraba la obediencia tan profundamente arraigada en la vida alemana. Así, la concepción de la vida tenía un sentido de honor feudal y las relaciones entre superiores y subordinados estaban revestidas de un *pathos* que no podía reducirse a contrato social alguno. Todo ello estaba profundamente enraizado en la sociedad alemana, y marcaba indeleblemente el entusiasmo de los alemanes y, en particular, de la juventud:

«Ahora, desde mi punto de vista, significa dar crédito a una idea incompatible con los conceptos de disciplina y dignidad humana. Lo encontramos, en efecto, además en el amor que provoca la reconciliación sin dificultad. El orgullo, el honor y el placer de obedecer parece ser una peculiaridad alemana, incomprensible para otros; se trata, en cualquier caso, de un factor psicológico capaz de mostrar que la "no libertad" y la dignidad humana son perfectamnente compatibles. Observando, por ejemplo, a un alumno oficial alemán y sus atenciones hacia un compañero un poco mayor que él, no dejamos de detectar una notable dosis de entusiasmo y sentido del humanismo: una suerte de juego romántico. La obediencia de tipo caballeresco es, evidementemente, expresión de una más sólida sensación vital, en tanto que fortalece el sentido del honor en particular, aspecto vivo en el acto del saludo, tanto de quien lo ofrece, como de quien lo recibe.

El honor, como estímulo vital, existirá en tanto sobreviva el orden aristocrático, el culto de la distancia y el ordenamiento jerárquico; en contradicción, la dignidad humana de tipo democrático es la más fastidiosa y menos afable del mundo. El hombre que vale, hace honor colocándose tras el que vale más que él; y, si así actúa, no traiciona su condición y rango. Sólo quien no vale, tiene interés en exaltar la igualdad entre los hombres y, por tanto, demuestra un interés falaz: trata de dotarse de una "dignidad" abstracta y sospechosa, y está lejos de poseer un honor concreto y personal...» [7].

¿Es inconcebible la dignidad civil dentro de un orden, bajo una autoridad? Lo que más enojaba a Thomas Mann era la tesis según la cual la causa de la dignidad humana debe estar por fuerza en otra parte, en la Inteligencia, identificada ésta con la democracia. Existen, efectivamente, países escasamente libres, más por costumbre social que como consecuencia de sus instituciones políticas —Mann tiene en mente a los países latinos, a los que, por cierto, no estima en demasía—, y pueblos retrógrados, sometidos al

clero; unos y otros, muy lejos de lo que en realidad sucedía en Alemania o Austria. Era más fácil encontrar desequilibrios en los países de la Inteligencia, en las naciones que habían asumido como propio el *pathos* republicano y el instinto de la revolución. Y es precisamente aquí donde se abre paso la tesis de Carlyle, según la cual la revolución francesa no sería sino un sucedáneo político de la auténtica reforma de las conciencias. En efecto, los pueblos de la Europa septentrional protestante —entre ellos el alemán— no son ni revolucionarios ni se inclinan hacia el radicalismo político. El protestantismo ha forjado una conciencia de la libertad como conquista de cada persona, como dignidad individual, una conciencia que ha podido desarrollarse sin apelaciones subversivas en política, a la insurrección, y coexistiendo más o menos pacíficamente con la monarquía. Alemania, a pesar de su fachada aristocrática y sus costumbres semifeudales que conformaban el carácter de la nación, encuentra en ellos expresiones de un ideal y se convierte en un país sustancialmente más libre, donde, por ejemplo, los obreros están más instruidos, asistidos y organizados que en los países «republicanos», como por ejemplo sucedía en la vecina Francia.

Democratización, piensa Mann, es fundamentalmente cuestión de educación nacional, de civilización, más que de instituciones. Es un problema de estilo y de conciencia para quienes dirigen, un problema que debe ser resuelto mediante la responsabilidad y la humanidad de todos y cada uno. Es, digámoslo así, una posición «impolítica», «paternalista» si se quiere, pero que encuentra una subjetiva razón de ser en el marco de la Alemania guillermina que, tal y como sucedía con la Inglaterra monárquica, dejaba un amplio espacio de maniobra al tradicional andamiaje aristocrático y, al mismo tiempo, configuraba una sociedad moderna, civil y, en consecuencia, libre. El rechazo de la propaganda de la Inteligencia es, por tanto, el rechazo de una cierta retórica sobre una realidad que, en modo alguno, puede ser deformada por fáciles *clichés*: «Opi-

niones políticas son expresiones de una voluntad, de una naturaleza; y, tratándose de una "confesión" política, si se me permite esta palabra, yo expreso aquello que deseo y, sobre todo, lo que no quiero. Deseo la monarquía, deseo un gobierno aceptable, independiente, porque sólo ellos son garantía de libertad política, tanto en el orden espiritual, como en el de la economía. Mi anhelo obedece al desprendimiento del gobierno monárquico con respecto a los intereses particulares que han permitido a los alemanes asumir el papel de guía en política social. No deseo un gobierno parlamentario ni la partitocracia que apestan la vida nacional. No deseo un Dreyfuss condenado por motivos políticos y liberado también por móviles políticos [...] No deseo que *petit sucrier* alguno se convierta en objeto de disputa de una Cámara, ni ver condenado a nadie por la injusticia de una clase subversiva de espumosas fauces que, en nombre de la justicia, "reclama una víctima". No me gusta la política. Me gusta la objetividad, el orden y la honestidad. Si ello significa razonar como un filisteo, aceptaré, en nombre de Dios, ser alemán, aunque ello, en Francia, no sea precisamente un timbre de honor» [8].

Pero Mann no piensa sólo como alemán, sino sobre todo como «buen europeo»:

«No estamos con aquellos que consideran que una fácil y triunfal victoria militar de Alemania sobre sus adversarios es una suerte. He expresado esta misma opinión desde hace mucho. Pero, ¿cómo explicar este sentimiento íntimo sostenido por mí desde el inicio de la guerra? ¿Hubiera podido seguir viviendo —sin dejar de ser un héroe ni despreciar la muerte— en Alemania si hubiese estado batida y humillada por Occidente y si, hecha añicos, la fe en sí misma, hubiera sido obligada a "resignarse" y aceptar la razón, la *ratio* del enemigo?

Supongamos que esto último sucediese, que la Inteligencia hubiera logrado una rápida y brillante victoria, que el mundo hubiese sido liberado de la "pesadilla" alemana, de la "protesta" ale-

mana [...] el resultado sería una Europa corrupta y trivial, femeninamente elegante, muy "humana", vagamente bandida y fanfarrona, democrática, una Europa a ritmo de tango y *two step*, entregada a los negocios y a los placeres a lo *Edward the seventher*, una Europa a la medida de Montecarlo, literaria al estilo de las *cocotte* de París; sin embargo, ¿viviría mejor la gente que en una Europa militarista?» [9].

Sería un error, empero, considerar la postura de Mann como una posición meramente nacionalista. *Betrachtungen eines unpolitischen* es una celosa defensa de la fisonomía nacional alemana, un marco que no se perpetuará más allá de las dos décadas siguientes, y un conjunto de ideas que se encontrarán en un difícil equilibrio entre el radicalismo antiliberal y la revuelta activista de la nueva derecha que surge durante el período republicano. La atmósfera en la que están envueltas las ideas de Mann, aún en sus páginas más ásperas, se refieren siempre al período guillermino del que las *Consideraciones...*, publicadas en 1918, son poco menos que la foto fija de un proceso de cambio irreversible avocado hacia un porvenir de novedad radical.

No podemos definir como nacionalista la posición de Thomas Mann porque, en el fondo, no barrunta una aplastante victoria alemana, ni siquiera la germanización de Europa. Su temor es doble. Teme tanto un triunfo de Alemania sobre Francia e Inglaterra, de la misma manera que teme la victoria de Francia e Inglaterra sobre Alemania, destruyéndose el cualquier caso el delicado equilibrio europeo. De una u otra manera se denigra el carácter nacional alemán, se «politiza». De la misma manera que una victoria aplastante de la Inteligencia democrática, una victoria apabullante de la Alemania autoritaria podría constituir un peligro para el espíritu europeo: «Pero no hay que descartar otra posibilidad: la Europa que surja de una total y aplastante victoria alemana [...] Indudablemente, tendría un aspecto más limpio: sería, por su propia naturaleza, social, eficiente en los servicios, organizada, visi-

blemente militarista, pero no dejaría de ser dura, poco hospitalaria, bastante oscura, no poco brutal, "militarista" hasta la inexorabilidad...» [10].

La defensa del conservadurismo como «contrapeso» distancia a Mann de lo que será el movimiento nacionalsocialista, por no hablar de su juicio con respecto de la política de masas y de la demagogia nacional. Ello impide, sin embargo, que Mann pueda escapar al destino de «precursor» y el hecho de que Verméil, ya en 1938, incluya su nombre, junto a los de Hitler y Goebbels, como *doctrinaire de la révolution allemande*, como ideólogo de la revolución alemana.

El ensayo de Mann es, en cualquier caso, testimonio de la escasa disposición de la clase dirigente alemana a reeducarse en los parámetros democrático-iluministas, a adoptar como propia la ideología de los vencedores. Ello se manifestó de manera más que elocuente en el momento mismo del hundimiento total de Alemania. Y bien pronto, esta clase dirigente se encontrará frente a un evento que confirmó plenamente sus sospechas con respecto de los vencedores: el tratado de Versalles.

La paz de Versalles no podía calificarse como «justa» o «injusta», porque un tratado de tales características no obedece a actos morales, sino a decisiones políticas, impuestas o concertadas bajo una situación de fuerza. Independientemente de estos juicios, el tratado era «injusto», puesto que violaba los principios de autodeterminación de los pueblos y el derecho a la nacionalidad.

Que Alsacia-Lorena fuese restituída a Francia, aún de forma plebiscitaria, no dejaba de ser un delito, y nadie podía opinar lo contrario. Así mismo, la anexión de Prusia occidental y otros territorios de administración alemana a Polonia despertaba no poca indignación. Era verdad que la población era de mayoría polaca, pero tampoco era menos cierto que en algunas poblaciones, mayoritariamente eslavas, votaron hasta el 97,5 por ciento de los inscritos en favor de la unidad con Alemania, y ello porque la pobla-

ción se sentía, cultural y políticamente, germana. En Prusia occidental eran 1.098.000 ciudadanos de lengua alemana, frente a 582.000 de lengua polaca. Se trataba, empero, de estadísticas engañosas, ya que la población racialmente polaca era la mayoritaria. La opinión pública alemana juzgó ásperamente la pérdida de estos territorios, pues era por todos conocido que aquellas ciudades habían sido construídas y habitadas por alemanes, los desvelos del gobierno prusiano que había trabajado antes y después de la anexión de 1772 y, por último, el hecho de que la reintegración a Polonia obedeciera a cuestiones de mera decadencia económica. La forma en la que se solucionó la cuestión de la Alta Silesia fue aún menos satisfactoria. En efecto, a pesar de que la mayoría de la población había optado por su unión a Alemania, se decidió su división bajo presión polaca, interrumpiendo el plebiscito las tropas francesas que estaban allí acantonadas precisamente para garantizarlo. El comportamiento de los militares franceses en esta ocasión —y la violencia que más tarde desencadenarían en Renania y en el Ruhr— no inspiraron precisamente humildad y reverencia, principios en los que decía inspirarse el tratado de paz.

Una Alemania triunfadora, ciertamente, hubiera impuesto una paz no menos dura. El tratado de Brest-Litowsk ha sido estudiado por Fischer en en su ducumentado *Griff nach Weltmacht* [11] que ha apuntado algunas tesis en dicha dirección. Pero, sobre todo, el tratado de Brest-Litowsk lo que supuso en la práctica fue el escrupuloso respeto de las fronteras de Rusia y la intervención en zonas periféricas, como Polonia y los Países Bálticos, países a los que había conquistado militarmente, mientras que la independencia de Ucrania correspondía —al menos en el momento de la firma— a la voluntad de los propios ucranianos. En contrapartida, podríamos afirmar que una paz impuesta por Alemania no hubiera sido la paz de los derechos hmanos y la autodeterminación de los pueblos: hubiera sido la paz prusiana y punto.

La paz de Versalles pretendía asentarse sobre principios mora-

les y universales; sin embargo, tal y como sucedió con los alemanesde Austria y Bohemia, la contradicción fue clamorosa. No debe extrañarnos, pues, que una parte sustancial de la sociedad alemana —ya de por sí escasamente inclinada hacia los principios de la democracia internacional— viera en la ideología de los vencedores una buena dosis de hipocresía.

Se había proclamado que, derribado el militarismo prusiano y el despotismo imperial, el pueblo soberano tendría derecho a decidir sus propios destinos. Pero este principio encontró limitaciones a la hora de ser reconocido a los alemanes.

El 9 de noviembre de 1918, disuelto el Imperio Austro-Húngaro, el Consejo de Estado austriaco envió un mensaje al canciller alemán Max von Baden en el cual se pedía la incorporación de Austria al Reich. Tres días después, la Asamblea Nacional austriaca votaba por unanimidad el artículo 2º de la nueva constitución en el cual podía leerse: «Austria alemana forma parte de la República de Alemania». Por su parte, la constitución de la República de Weimar, en su artículo 61º, párrafo 2º, afirmaba textualmente: «Austria alemana, en el momento de su unión a Alemania, tendrá derecho a formar parte del Reichsrat».

Todo el arco parlamentario, desde los liberales a los socialdemócratas y los llamados «independientes» de las filas espartaquistas, consideraban la unión de Austria y Alemania debía ser considerada un hecho natural y necesario. Así, Scheidemann declaraba el 12 de mayo de 1919 en la Universidad de Berlín: «Deseo manifestar sobre todo nuestra gratitud por el testimoinio de fidelidad que nos ha llegado de Viena. ¡Hermanos de Austria alemana, que incluso en las horas más negras no cejásteis en vuestro empeño por la reunificación de nuestro pueblo, os saludamos, nos congratulamos y nos solidarizamos con vosotros!». Y el canciller austriaco, jefe del partido social-demócrata, respondía de esta manera: «El ideal de la Gran Alemania volverá y jamás traicionaremos nuestra alma germana; nosotros, hijos de la más desgraciada

de las naciones». Por su parte, el líder espartaquista Hasse declaraba: «De la independencia austriaca brota el imparable derecho de Austria a unirse voluntariamente a Alemania» [12].

Pese a todo, el 10 de septiembre el tratado de san Germán, como consecuencia de las repetidas presiones de Francia, vetaba la unión austro-germana sancionando la fórmula siguiente: «Alemania reconoce la independencia de Austria». El 22 de septiembre, los vencedores imponían a la República de Weimar la abolición del artículo 61º de la constitución, si bien el gobierno Bauer rehusó publicar dicha anulación en la *Gaceta Oficial*, detalle jurídico del que hábilmente se aprovechará Hitler años más tarde.

Por otra parte, los plebiscitos que tuvieron lugar en abril y mayo de 1921 en el Tirol y otros territorios dieron como resultados favorales a la unión con Alemania y, en el peor de los casos, con porcentajes superiores al 98 por ciento de los votos, cifras no inferiores a las que se conseguirán en el plebiscito de 1938. Las cuestiones del *Anchluss* y de la «Gran Alemania» estaban, pues, destinadas a jugar un papel decisivo en el desarrollo en la República de Weimar, tal y como reconocía el líder social-demócrata David el 2 de julio de 1919, ante la Asmablea Nacional: «Los colores negro, rojo y oro son símbolo de la reunificación de los alemanes de todos los confines del Reich. No olvidamos los que sentimos la unidad nacional que ésta es un bien fundamental y un futuro objetivo».

Austria se conformaría, sin embargo, como un Estado germano soberano: al prohibir su unión al Reich, los aliados hacían añicos el derecho de autodeterminación de los pueblos, pero en absoluto fueron capaces de quebrar el común espíritu nacional. Tal derecho fue especialmente pisoteado en el caso de los alemanes de Bohemia —más de tres millones—, al ser sometidos a la soberanía checoslovaca, pese a que en los 14 puntos de Wilson podía leerse que los «pueblos y provincias no deben ser conferidos a uno u otro Estado como si de objetos se tratara». Tras el desplome del Imperio

Austriaco, los representantes de los alemanes de los Sudetes proclamaron su voluntad de unirse a Austria y, en definitiva, a la República alemana. Sin embargo, en diciembre de 1918, el ejército checoslovaco ocupó dicho teritorio. Cuando el 4 de marzo de 1919 inició sus trabajos en Viena el primer parlamenrto austriaco los alemanes sudetes, que no pudieron participar en las elecciones, tal y como era su deseo, protestaron masivamente.

En muchos lugares, la policía checoslovaca actuó indiscriminadamente provocando 54 muertos y un centenar de heridos. La cuestión de los Sudetes se convertía, así, una herida abierta en el marco político centroeuropeo.

De esta manera, no puede sorprendernos que la opinión pública alemana estuviera escasamente predispuesta a reconocer las razones morales de quienes dictaban la paz; ni el descrédito que apuntaba directamente hacia el nuevo régimen republicano que, de aquellas razones morales, había hecho su propia razón de ser, la condena del militarismo prusiano y la mano tendida a los vencedores. Hitler sabía muy bien lo que decía cuando en su *Mein Kampf* escribía que, para mantener un estado de permanente ebullición del pueblo, bastaba con refrescarle la memoria con las clausulas del tratado de Versalles y, no anduvo muy desencaminado Theodor Heuss cuando escribió, en 1932, que la cuna del nacionalsocialismo no había sido Munich, sino Versalles. Por su parte, los social-demócratas en el exilio que participaron en el congreso de la Internacional socialista tras la ascensión de Hitler al poder, no dudarán en acusar a Francia de atizar la radicalización derechista de la política germana como consecuencia de la actitud de sus autoridades.

La impopularidad del tratado, en consecuencia, se trasladó hacia el nuevo régimen. Se podrá objetar que dicho régimen no era otra cosa que fruto de una derrota militar y que sus tareas se limitaron a levantar acta del desastre. Pese a ello, un *slogan* hará pronto fortuna: el de la «puñalada por la espalda» infligida por el so-

cialismo a los soldados del frente. Con él se trató de endosar la culpa desastre germano a la acción directa de los huelguistas que paralizaron las fábricas de munición y provocaron las revueltas del 9 de noviembre de 1918, opiniones al margen de lo que realmente había sucedido. La realidad había sido muy distinta, puesto que el ejército alemán fue derrotado como consecuencia de la intervención americana, que rompió el equilibrio de fuerzas en beneficio de los aliados. Es más que dudoso que los alemanes hubieran podido resistir incluso si los acontecimientos revolucionarios de noviembre no se hubiesen producido, y todo ello aunque el frente alemán no retrocedía ni podía ser roto, la resistencia en las riberas del Rhin era posible y, tal y como escribió el mariscal Foch en sus memorias, «esa situación hubiese sido muy incierta y nos hubiera condicido a dificultades a la hora de imponer las claúsulas de paz». Incluso Walther Rathenau, en su famoso artículo «Ein dunkled Tag» («Un día negro»), publicado en el *Volkische Zeitug*, exhortaba a la resistencia extrema y a la *movilización total*:

«Todos nosotros anhelamos la paz. Nosotros, los menos, habíamos alzado nuestra previsora voz cuando gobierno alguno se atrevía con la verdad.

«Ahora se ha tendido la mano como consecuencia de una decisión inmadura, en un momento no maduro.

«No se debe entrar en pactos encontrándonos en una posición insegura. Es preciso asegurarse antes de nada la solidez del propio frente.

«El adversario debía haberse dado cuenta que el espíritu nuevo del Estado y del pueblo sostenía el espíritu y la voluntad de los combatientes. Habría sido necesario exigir a Wilson una interpretación más precisa sobre lo más espinoso de sus catorce puntos; en particular, sobre los que afectan a los problemas de Alsacia-Lorena, Polonia y el resarcimiento sobre las regiones occidentales. Aceptar el armisticio tan pronto ha sido un error. El país debía haber resistido, los recursos no estaban agotados, los ciudadanos se

consideraban fuertes. Habíamos cedido, pero no habíamos sido batidos.

«Un frente renovado hubiese sido muy distinto a un frente estancado.

«No queríamos la guerra, queríamos la paz. Pero no la paz de los sumisos» [13].

Sin embargo, repetimos, dicha resistencia no hubiera podido cambiar el final de la guerra, aunque tampoco es menos cierto que los aliados en 1918 tampoco estaban en condiciones de exigir una capitulación incondicional como la que, bajo otras circunstancias, se le impuso a la Alemania hitleriana en 1945. Un país no turbado por la revolución, políticamente unido, con un ejército disciplinado, quizá hubiera podido obtener una paz más ventajosa que la de Versalles, sobre todo en lo que respecta a la movilidad de la frontera polaca. Con la única prohibición del *Anschluss* y el sometimiento de los alemanes sudetes al Estado checo, imposiciones que, por otra parte no dejaban de contradecir el espíritu de los puntos de Wilson, difícilmente los aliados hubierna podido llegar más allá. Es probable que los franceses hubieran querido obtener a toda costa la máxima humillación de Alemania y marchar por las calles de Berlín, pero ¿les hubieran seguido británicos y americanos? Solos, ¿hubieran podido derrotar al ejército alemán? Estas son, obviamente, meras hipótesis, pero nos dan pistas del porqué del éxito del *sologan* de la «puñalada por la espalda», que tanto y tan profundamente caló en la opinión pública alemana. A este juego, curiosamente, se prestaron incluso los social-demócratas, cuando Scheidemann pronunció su célebre e infeliz frase: «el pueblo alemán ha vencido en toda la línea», pronunciada desde los balcones del Reichstag en el preciso momento en el que, con el armisticio, el país capitulaba.

Dió la impresión de que la República recibía como una liberación providencial la derrota militar y el triunfo de la democracia y de los derechos humanos, aunque pronto pudo comprobarse

cuál era en realidad la ley del más fuerte y hasta dónde llegaba crueldad de los aliados. En un momento el que algo hubiera podido salvarse, agarrándose incluso a la letra de los catorce puntos de Wilson, los alemanes empero estaban divididos y debilitados. La paz, al fin y a la postre, fue considerada desde el primer momento como absolutamente desfavorable para los intereses del pueblo alemán.

A la desconfianza hacia los ideales de la democracia occidental, brumosa para amplios estratos de la burguesía culta y de la que Thomas Mann dió buena cuenta en sus *Consideraciones...*, había que añadir tras el desastre, un sentimiento de descontento, de hostilidad, de rebelión que los vencedores, sin duda, estaban provocando con la aplicación de las claúsulas del tratado de Versalles y que, de rebote, sumió en el descrédito a la República.

Notas

[1] Thomas Mann, *Betrachtungen eines unpolitischen*, Francfort del Main, 1976, p. 28.
[2] Paul Lensch, *Drei jahre weltrevolution*, Berlín, 1917, p. 220.
[3] Paul Lensch, *op. cit.*
[4] Thomas Mann, *op. cit.*
[5] Thomas Mann, *op. cit.*
[6] Thomas Mann, *op. cit.*
[7] Thomas Mann, *op. cit.*
[8] Thomas Mann, *op. cit.*
[9] Thomas Mann, *op. cit.*
[10] Thomas Mann, *op. cit.*
[11] Fritz Fischer, *Asalto al potere mondiale, la Germania nella guerra 1914-1918*, Turín, 1962.
[12] Cit. en Dietrich Bronder, *Bevor Hitler kam*, Hannover, 1964, en el cap. «Grössdeutsches Bemühen».
[13] Walther Rathenau, *Schriften*, Berlín, 1965, p. 296.

Capítulo III
Crítica a la República de Weimar: Moeller van den Bruck, «El tercer Imperio» y el pensamiento del Este

La oposición a la República de Weimar, que fue tomando cuerpo en los primeros años de la postguerra, se articuló alrededor a determinados grupos, cada uno con sus propias características, pero todos unidos en su rechazo a la nueva democracia, verdadera imitación de la ideología de los vencedores y lejos de ser la expresión cabal de la propia historia de Alemania. De aquellos grupos surgieron un buen número de teorías y formulaciones políticas tendentes, no a un simple restablecimiento del orden anterior a 1914, sino a dar un significado «nacional» a los acontecimientos de 1918.

Entre estas corrientes y representantes del patriotismo revolucionario sobresale la personalidad de Arthur Moeller van den Bruck, quien con el título de su libro *Das dritte Reich* (*El tercer Imperio* o *El tercer Reich*), acuñará un *slogan* que hará gran fortuna y, de un modo más o menos confuso, catalizará esperanzas y aspiraciones.

«Wir müssen die Revolution zurückeroben» («Nosotros debemos reconquistar la revolución»): esta frase de Ernst von Salomon, que en su novela *Los proscritos* pone en boca de un oficial de los Cuerpos Francos, la encontramos también en *El tercer Imperio* de Moeller van den Bruck. Esta «recuperación» de la revolución, equivale a aceptar la caída del Reich guillermino, considerado como un *Zwischenreich*, un interregno, para

poder así rescatar antiguas aspiraciones del nacionalismo alemán: una solución *gross-deutsch* (*pangermana*) antes que *klein-deutsch* (*unidad alemana*), un verdadero Estado articulado y unitario, la consecución del *Volksstaat* (*Estado popular*), término en el que el acento nacionalista es mucho más fuerte que sus aspectos democráticos. «Tuvimos que perder la guerra para ganar la nación»: en esta frase de Franz Schauwecker, se expresa con toda exactitud dicho concepto de «recuperación» tras el desastre de 1918. Todas estas ideas, que alcanzarán una gran difusión, fueron lúcidamente formuladas por Moeller van den Bruck.

Moeller van den Bruck nació Solingen, en 1876, en el seno de una familia de oficiales y funcionarios prusianos. Tras su paso por las universidades de Leipzig y Berlín, inició una serie de viajes por el continente. Sus primeros libros (*Moderne Literatur*, *Das Varieté*, *Die Zeitgenossen* e *Italianische Schönheit*) están dedicados al problema de la interpretación de la cultura, con particular atención a la crisis de la civilización contemporánea y de la sociedad guillermina.

Sus viajes por Europa, de 1902 a 1914, que comienzan en Francia e Inglaterra y continuaron por Italia, Rusia y los países escandinavos, dieron a Moeller van den Bruck una visión global de la filosofía de los pueblos del continente que encontraremos en la base de su pensamientos político y, en particular, en su inacabada obra *Die Werte der Völker* (*Los valores de los pueblos*). Los dos polos de su visión son, de un lado, los países liberales de Occidente y, de otro, Rusia; esto es, la Europa decadente del cosmopolitismo especulativo frente a los jóvenes pueblos del Este, esencialmente antiliberales y antiespeculativos. La misión de Alemania sería la de representar el papel de pueblo-nexo, dotado de una cierta modernidad e industrializado, factores con los que compensaría el atraso del Este, pero «pueblo joven» al fin y al cabo, demográficamente en expansión y protegido por el au-

toritarismo prusiano frente a los efectos disolventes de la mentalidad liberal. Esta particular posición de Moeller van den Bruck nace como consecuencia del conocimiento de la lengua y la civilización rusas y, en particular, del pensamiento político de Dostoievski, de cuya obra fue el primer traductor en lengua alemana. Moeller van den Bruck recibió la influencia de la concepción reaccionaria del novelista moscovita, de su oposición a la civilización liberal occidental, apreciación que en modo alguno perderá su sentido incluso cuando la Rusia bolchevique suceda al régimen zarista. La característica de la posición de Moeller van den Bruck y de su entorno en el marco de las corrientes conservadoras alemanas de postguerra será precisamente esa: antimarxistas, pero no antibolcheviques. Moeller van den Bruck y sus seguidores apostarán por la colaboración de Alemania con los bolcheviques, factor con el que contaban para desestabilizar el nuevo orden surgido tras la aplicación de la paz de Versalles.

Esta concepción, todavía vaga en sus primeros escritos antes de la Gran Guerra, se irá vertebrando conforme se agudizaba la crudeza de la conflagración. Su profesión de fe «prusiana» se expresó en su libro *Der preussische stil*, publicado en 1916 y reeditado en 1922. Moeller entiende el prusianismo como esencia de la tradición política alemana. La voluntad creadora de la historia alemana, es la voluntad existencial prusiana, su capacidad de invención. Prusia es un puro devenir, una voluntad creadora. Una estirpe prusiana, como una estirpe sajona, o bávara, o frisona, en principio, no existe. Fue la colonización del Este, la capacidad de autoafirmación, la voluntad de crear una dinastía, lo que conformó Prusia y a los prusianos. Dicha voluntad, esa conciencia de una misión política fue la que engendró Alemania. Y ese empeño, según Moeller van den Bruck, aún no había concluido. El prusianismo, como «aspiración al derecho de ciudadanía» de los alemanes, seguía siendo la base de toda reforma

del Reich: «Prusianismo: voluntad puesta al servicio del Estado, y conocimiento de la vida histórica en la cual nosotros, entes políticos, debemos actuar. Prusia debe existir».

En el momento mismo en el que se sometía a una desabrida crítica al Reich guillermino, Moeller van den Bruck propone el ideal prusiano que, con o sin los Hohenzollern, considera es la fuerza vertebradora de la historia alemana: «Prusia no es un mito. El prusianismo representa en el mundo un principio fundamental. La civilización de los pueblos se desarrolla gracias a los mitos. Su organización estatal evoluciona gracias a principios. El destino alemán correrá en la dirección de conciliar dos polos opuestos: exaltación y realidad, creación y legislación, mundo ideal y crédito popular» [1].

El mito prusiano que Moeller van den Bruck propone a los alemanes se desarrolla alrededor de dos conceptos: como ideal de vida, como modelo humano, y como destino geopolítico del pueblo alemán, traducido como impulso hacia el Este, como encuentro con el Este.

Ese ideal prusiano lo identifica Moeller van den Bruck con el estilo arquitectónico de aquel país, en los castillos de la Orden Teutónica y en el neoclasicismo de la época de Federico el Grande. Algo así como la «dignidad dentro de la simplicidad», «objetividad y solidez», «simplicidad y moderación», conceptos que representan todo un modo de vida. Prusiana es la objetividad, la noble y mesurada simplicidad, tanto a la hora de ejercer el mando, como a la de obedecer, el estilo, y la impersonalidad severa y constructiva: «El prusianismo ha sido el espíritu que en Alemania ha compatibilizado la exaltación con la voluntad, la apariencia con el hecho real y con la objetividad, que ha restablecido siempre entre nosotros la capacidad de acción... Esta objetividad, esta rigidez en los conceptos y la firme confianza en lo justo de sus fundamentos, han conferido al prusianismo, a cada prusiano, un rasgo entre sobrio y grandioso, de combatiente

casi asceta, aparentemente huérfano de fantasías, impersonal, con una extrema exigencia a la hora de las confrontaciones personales» [2].

Respecto al papel histórico de Prusia, Moeller van den Bruck desarrolló su particular teoría del germanismo como «vía hacia el Este», tanto desde el punto de vista político, como geográfico y racial. La historia —según Moeller van den Bruck— ha recorrido un camino que va del Sur al Noroeste de Europa, marcando el declive de los pueblos latinos y católicos, para acabar volviendo la mirada al Este y condenando a los países liberales de Occidente (particularmente a Francia e Inglaterra) sumidos en una irreversible decadencia. El porvenir de Alemania se encuentra frente a una encrucijada: por Occidente está siendo penetrada por el espíritu especulativo, fruto de la revolución francesa, y el liberalismo; por Oriente recibe un soplo de «juventud». Alemania es, tal y como sucede con Rusia, «in seinem Westen alt, in seinem Osten jung» («vieja por el Oeste, joven por el Este»), y solamente en Oriente puede encontrar las fuerzas necesarias para seguir evolucionando: «Sólo el Este es reserva una notable parte de la futura historia de la humanidad: y nosotros, que en parte pertenecemos al Este, debemos asumir ese destino si queremos participar de la vida» [3].

Las particulares ideas de Moeller van den Bruck sobre la formación del pueblo prusiano, al que considera parcialmente alemán, fruto de una intensa mezcla con los *Wenden*, los eslavos del otro lado del Elba —«Deutschen und Wenden, die zu Preussen geworden waren»—, se convertirán en una una idea atractiva para los nacionalsocialistas. En efecto, la colonización del Este más allá del Elba, fue un fenómeno histórico esencialmente germano, empuje que se repitió en tierras sajonas, francas, turingias, hacia la Germania central y nordoccidental, pero que en el caso prusiano supuso la asimilación de la exigua población eslava, que fue fácilmente absorbida. Lo que para

Moeller van den Bruck tiene importancia, en el marco de la realidad histórica de su país, es el germanismo de raíces «orientales», cuyo acervo estaría en función y no tendría otro sentido que conformar un frente de los países orientales —al que Alemania daría su impronta industrial— contra el Oeste; esto es, contra el sistema engendrado por Versalles.

En 1916 Moeller se enrola como voluntario en el ejército y, tras una breve estancia en el frente del Este, entra a formar parte del servicio de propaganda creado por Ludendorff, el Militarische Stelle des Auswärtigen Amtes (Departamento Militar del Ministerio de Asuntos Exteriores) y, en mayo de 1918, del Auslandabteilung der Obersten Heeresleitung (Departamento de Asuntos Exteriores del Mando Supremo del Ejército), más conocido por sus siglas ALOH. Allí tendrá la oportunidad de conocer a influyentes personalidades, como el consejero del Kaiser, Ernst Jäckh, que le abrirá las puertas de publicaciones como *Kreuzzeitung*, *Berliner Börsenzeitung* o *Deutsche Rundschau*. En el marco de su actividades a través del ALOH escribe «Das Reicht der jüngen Volker» («El derecho de los pueblos jóvenes»), ensayo aparecido en las páginas de *Deutsche Rundschau* en noviembre de 1918, dirigido al presidente norteamericano Wilson y en el que exhorta a América, joven nación de ultramar, a no ser cómplice del aplastamiento de otra nación joven y en expansión: Alemania.

Toda estas actividades se vienen abajo en el momento que los consejos de soldados disuelven el servicio propagandístico del ejército y Moeller van den Bruck, en compañía del también escritor Hans Grimm, asiste en Berlín los acontecimientos revolucionarios que precederán y darán origen a la República.

Tras estos sucesos, entrarán en contacto con ambientes de ideas afines. En primer lugar, con el barón Heinrich von Gleichen-Russwürm, dirigente de la Vereinigung fur nationale und soziale Solidarität (Asociación de Solidaridad Nacional), a

dritte Reich. El segundo personaje en contactar será el alsaciano Eduard Stadtler, que había pertenecido a las filas del Zentrum y del que se había alejado como consecuencia de la política izquierdizante de Erzbeger. Stadtler, capturado en el frente del Este durante la guerra y testigo de excepción de la revolución rusa, comprendió la amenaza que dichos acontecimientos encerraban y, de regreso a su país, intervino en la política atrayendo el interés de algunos industriales germanos, entre ellos Hugo Stinne. De este último fue de quien partió la financiación de la Liga Antibolchevique fundada por Stadtler [4].

Con Stadtler y von Gleichen formó Moeller van den Bruck, en la primavera de 1919, el primer grupo de trabajo que adoptó la denominación de Front der Jungen (Frente de la Juventud). Más allá de la temprana edad de muchos de sus colaboradores, el Frente de la Juventud se propuso, como tarea primordial, la interpretación de las ambiciones de los combatientes que regresaban de las trincheras.

A este respecto, escribe Fritz Stern:

«No se trataba de subrayar el hecho de la edad: alternativamente y según los períodos se llamaban conservadores jóvenes, voz de los jóvenes, frente de la juventud.

«Encontraron, por fin, un nombre en el que unían su espíritu juvenil y sus objetivos: "Juvenum unio, novum imperium". Este culto por lo joven tenía raíces en un pasado no muy lejano: no pocos de los jóvenes conservadores habían tenido contactos con el movimiento juvenil y vivido con entusiasmo los acontecimientos de agosto de 1914. Tras la guerra, abandonaron aquellos gestos de una juventud inquieta pero se reafirmaron a la hora de negar a las nuevas autoridades. La autoridad no era para ellos autoridad. Weimar carecía de personalidad y era incapaz de inspirar sentimiento de aprecio alguno... Los jóvenes se revolvían, adoptaban posiciones revolucionarias, combatían la debilidad y el extravío, para ellos insoportable, en los que había caído la

República de Weimar. Esta revuelta de la juventud en favor de la autoridad —que no de las autoridades—, acabaría por convertirse en uno de los fenómenos más importantes de la política alemana» [5].

En junio de 1919, en recuerdo del tratado de paz firmado dicho mes, el círculo cambia su nombre por el de Juni-Klub (Club de Junio), sito en el número 22 de la berlinesa Motzstrasse. Sus adheridos se llamarán a sí mismos *geprüfte Deutsche*, alemanes a los que la guerra ha desposeído, escépticos con respecto a las viejas controversias del orden guillermino, pero entusiastas de los principios en que aquél se basaba: «wissende Deutsche, Skeptiker undzugleich Enthusiasten». Guerra alguna está previamente decidida tras otra anterior: bajo esta fórmula, Moeller van den Bruck fue perfilando una línea política basada en la «idea de una estrecha afinidad entre los pueblos jóvenes». «Pueblos jóvenes», entendía Moeller van den Bruck, son aquellos capaces de desasirse de la vieja piel liberal y construir un orden nuevo; pueblos humillados, engañados o excluidos del sistema generado por Versalles: germanos, rusos e italianos.

Al Juni-Klub, aparte de Moeller van den Bruck y Heinrich von Gleichen —autor, este último, de libros en los que propugna un Estado corporativo: *Freies Volk* (1919), *Zur Frage der Oberschicht* (1924), *Staat, Opposition und Nation* (1928)—, pertenecieron autores de la talla de Max Hildebert Boehm, alemán de origen báltico, investigador de las minorías germanas del Este, editor de la revista *Grenzboten* y, desde 1933, profesor en la Nord-Ostdeutsche Akademie de Lüneburg; Paul Fechter, crítico literario, autor de una biografía de Moeller van den Bruck y de una celebrada historia de la literatura alemana; Rudolf Pechel, editor del *Deutsche Rundschau*; Heinrich Rogge, teórico de la reforma de la nobleza germana; Hermann Ullman, parte de cuya familia provenía de los Sudetes, director del *Politische Wochenschrift* y autor, entre otros ensayos, de *Das*

werdende Volk y de *Die Bestimmung des Deutschtums in Mitteleuropa*. Más o menos próximos al Juni-Klub estuvieron Wilhelm Stapel, Hans Grimm, Hans Blüher, el futuro canciller Brüning y el joven Otto Strasser, por aquel entonces militante social-demócrata.

El Juni-Klub —de cuya presidencia era titular Von Gleichen, pero en la práctica era capitaneado por el propio Moeller van den Bruck— dará a luz en 1920 al Politische Kolleg, una suerte de colegio de ciencias políticas a imitación de su homólogo parisino, que será presidido por el católico Martin Spahn. El objetivo de este colegio no era otro que el de la formación de una *élite* especialmente preparada para afrontar los problemas que el país se encontró tras la finalización de la Gran Guerra. La revista *Gewissen* definía así, en 1923, el fin último de aquella *Führerauslese*: «En última instancia, nuestros esfuerzos para formar una *élite* conservadora, no son sino un llamamiento a la propia personalidad. Toda influencia se manifiesta en la personalidad de cada uno. Cualquier gesto de histórico significado, tanto en la profundidad de la felicidad, como en la de la desventura, precisan de un carácter... El desastre vino por la quiebra de las minorías rectoras... Poco a poco, empezamos a comprender que la política, como arte del ejercicio del mando, es un arte de pocos» [6].

La revista *Gewissen* fue, desde abril de 1919, el portavoz del club. Se sostenía económicamente gracias a las aportaciones de determinados sectores de la industria próximos al nacionalismo —los redactores de la revista colaborarán en los periódicos del grupo Stinnes, como el *Neue Volkische Zeitung*— y llegó a imprimir 10.000 ejemplares semanales. No pocos de sus lectores pertenecían a la «Alemania irredenta»: germanos de Posen y los Sudetes. La línea de la revista era apartidista, pero su tono con respecto a los prohombres del gobierno democrático —Wirth, Erzbeger, Rathenau...— era ciertamente agresivo. Con ocasión de la pérdida de la Alta Silesia, llegaron incluso a exigir la cons-

titución de un tribunal especial que juzgase a los miembros del gobierno por alta traición. El nivel general de la publicación era francamente bueno. Thomas Mann, uno de sus más importantes suscriptores, escribía en 1920 a von Gleichen: «Acabo de renovar mi suscripción a *Gewissen*, una publicación que me complace leer siempre y de la que, con quienes hablo, sea cual fuere su color político, opinan que es la mejor revista alemana». Con posterioridad, cuando Mann da un giro con su discurso «Von deutschen Republik», *Gewissen* lo atacará con dureza en un suelto titulado «Mann über Bord».

Paralelamente a *Gewissen*, operaba la casa editora Ring-Verlag. En 1922 apareció el libro *Die neue Front*, obra colectiva que recogía trabajos de los treinta y ocho más cualificados intelectuales del Juni-Klub. De por donde iba el sentido de la obra, nos da una buena orientación un escrito programático de Pechel: «Das Wort geht um». En él, bajo un tétrico retrato de la época —«Occidente periclita, espiritualmente maltrecho... Satanás gobierna escondido tras la máscara de Dios. Todas las grandes ideas de la humanidad han sido destrozadas y ensuciadas...»—, se apelaba al surgimiento de un nuevo *Führer* que restableciese los valores nacionales: «Deseamos la llegado del *Führer* anunciada por Lagarde: el *Führer* en cuyo ánimo residan los más finos rasgos del espíritu nacional alemán, que todos los ángulos de su personalidad sientan como propios los valores de la estirpe, que odie todo aquello que nos sea extraño y sea resuelto a la hora de luchar por el nuevo porvenir para Alemania» [7].

Un *Führer* desocupado era bastante fácil encontrarlo en los ambientes patrióticos alemanes. Sobre todo, el *Führer* de los nacionalsocialistas, Adolf Hitler, del que se hablaba mucho en Munich y cuya fama llamaba ya a las puertas de Berlín. Por iniciativa de Pechel, Hitler fue invitado, en 1922, a hablar en el Juni-Klub. Fue todo un acontecimiento: de las 120 ó 150 personas que acudían con asiduidad a la salita de conferencias, ape-

mas si asistieron esta vez una treintena. Frente a este reducido auditorio Hitler habló, empero, como si lo hubiese hecho ante miles de oyentes, dejando perplejos al puñado de asistentes. Con posterioridad, hubo un encuentro entre Moeller van den Bruck y Hitler, en el curso del cual el líder nacionalsocialista le dijo a su interlocutor: «Usted tiene todo lo que me falta a mí. Posee el andamiaje intelectual para la renovación de Alemania. Yo no soy más que un combatiente y un organizador. Espero trabajar junto a usted». El episodio fue descrito por Pechel, quien añade que Moeller van den Bruck no expresó mucho entusiasmo por Hitler. Sin embargo, tras el *putsch* de Munich, que en un principio parecía poner fin a la carrera del propio Hitler, Moeller van den Bruck no dudó en defenderle: «Muchas cosas se podrían decir contra Hitler. Sin embargo, algo sí podemos decir en su favor: su fanatismo por Alemania... Hitler ha fracasado debido a su plebeyez proletaria. No ha sabido dar un fundamento espiritual a su nacionalsocialismo. Era el entusiasmo personificado, pero sin equilibrio y sin medida» [8].

El *putsch* de Munich señala el punto de inflexión en el que, tras la crisis de 1923 y la ocupación del Ruhr, la República tratará de consolidarse. 1924 y el año siguiente verán el plan Dawes y el fin de la inflación: las viejas heridas parecen cicatrizar. Poco queda ya de los borrascosos disturbios de postguerra. Alemania se aburguesa y parece resignarse a las mutilaciones provocadas por el tratado de Versalles. Moeller van den Bruck, que en los últimos años había vivido en un clima de gran tensión —había escrito centenares de artículos—, se resintió íntimamente de esta mutación social.

En el otoño de 1924 enferma para morir escasos meses después. Ese mismo año será también el de la disolución del Juni-Klub, y Von Gleichen y su entorno virarán hacia posiciones más derechistas, próximas al nacionalismo monárquico organizado en las filas del DNVP.

El Herrenklub (Club de los Señores), heredero del Juni-Klub, nacerá con un carácter más derechista que su antecesor; *Gewissen* cesará su publicación en 1927, siendo sustituida por *Der Ring*, publicación próxima a los planteamientos de Papen. Uno de los presidentes de este club fue Bodo von Alvensleben-Neugattensleben, futuro *Brigadeführer* de las SA. Por su parte, muchos «jóvenes conservadores» disidentes acabarán formando parte del entorno de *Die Tat*, publicación dirigida por Hans Zehrer. Y, por último, un grupo de fieles a Moeller van den Bruck se agrupará alrededor de la revista *Der nahe Osten*. Se trata del grupo capitaneado por Hans Schwarz y otros intelectuales, que desarrollarán bajo nuevos parámetros la cuestión de la convergencia con el Este —esto es, con Rusia— al tiempo que propugnaron una nueva partición de Polonia.

Detengámonos ahora en la principal obra de Moeller van den Bruck: *Das dritte Reich*, publicada en 1923. *El tercer Imperio* se situaba en las coordenadas políticas que abogaban por la construcción de un «tercer partido»; esto es, un partido de oposición nacional: «El tercer partido anhela el Tercer Imperio. Es el partido de la continuidad histórica de Alemania. Es el partido de todos los alemanes decididos a defender a los connacionales frente a Francia» [9].

Una de las cosas en las que más puso el acento Moeller van den Bruck fue en que dicho «tercer partido» no trataba de volver atrás, al viejo patriotismo guillermino. Moeller van den Bruck se llamará a sí mismo conservador, pero no reaccionario. El reaccionario, para él, era simplemente aquella persona que se conformaba con volver a la situación anterior a 1914: «...Reaccionario es aquel que entorpece la bella, grande y magnífica vida con la que arrancamos a comienzos de 1915» [10].

El reaccionario se limita a negar la revolución de 1918 sin darse cuenta que el viejo Estado no le ha ofrecido, no ya una jus-

tificación, sino siquiera una explicación: «No ha captado esta revolución. Ni siquiera la ha barruntado. Se ha limitado a rechazarla». La revolución, sin embargo, hay que aceptarla, a pesar de sus aspectos negativos, como una crisis necesaria para remover lastres, minar al Reich del pasado y dar a luz al «Tercer Imperio».

«Wir wollen die Revolution gewinnen!» («¡Queremos que la revolución triunfe!»): este es precisamente el título del primer capítulo de *Das Dritte Reich*. Enarbolar la revolución significa ganar a las masas para la nación. Pero significa, sobre todo, hacer de las revueltas de 1918, no una mera manifestación de derrotismo, sino el motivo de concienciación de todos los alemanes, tanto los del interior, como los que viven más allá de las fronteras del viejo Reich. La República ha creído hacer frente al espíritu de la Alemania militarista —el espíritu de Postdam— con el humanismo el espíritu de Weimar y, sin embargo, su cuna se llama Versalles: «Esta República se basa, no en la constitución de Weimar, sino en el tratado de Versalles. No queremos ser siervos ni deseamos a los plagiadores, los francófilos enamorados de nuestros enemigos y subyugados por su espíritu» [11].

Mientras que los defensores de la República son aquellos que se regodean con la derrota: «Los revolucionarios alemanes nos justificamos al aceptar nuestra herencia. Pero respondemos: si el viejo sistema es responsable de la ruina, el nuevo lo será de la paz».

La proclamación de la República se produjo al calor de las expectativas creadas por los catorce puntos de Wilson. Se llegó a decir que bastaba con arrinconar el militarismo de los Hohenzollern para que los países vecinos dejaran a un lado sus apetitos anexionistas, que la autodeterminación de los pueblos pasaba a ser fundamento del derecho internacional, y que una nueva era de bienestar se abriría para los alemanes. Los revolucionarios aseguraban que el pueblo había vencido «en toda la lí-

nca» («auf der ganzen Linie»). Si embargo, la respuesta fue la ocupación de Renania y la cuenca del Ruhr, la prohibición a Austria de organizar un referéndum de adhesión al Reich, la negación del derecho de autodeterminación a tres millones de alemanes sudetes, el sabotaje francés al plebiscito de Alta Silesia, la anexión sin plebiscito de por medio de Prusia occidental por parte de Polonia y, como colofón, la mutilación de Danzing, ciudad genuinamente germana, así como la ocupación de territorios bajo administración alemana por parte de Lituania.

Moeller van den Bruck acusó directamente a la República de no haber sabido hacer frente a estas vejaciones que dividían a los alemanes y que les privaba de su derecho consuetudinario. La respuesta republicana fue débil, fragmentaria, paralizada en suma por una suerte de complejo de inferioridad frente a las ideologías y la propaganda de los vencedores. Habían sido los prepublicanos lo que, en definitiva, habían impedido una solución *gross-deutschland* para el pueblo alemán; esto es, la incorporación de Austria y los Sudetes, en pro de un verdadero Estado nacional.

La República, según Moeller van den Bruck, no había tenido la capacidad de dar a las agitaciones de 1918 un sesgo nacional. Su energía sólo salía a la luz para impedir en Alta Silesia la entrada de los voluntarios alemanes que se oponían a los *raids* polacos en la zona del plebiscito, o prohibiendo a los estudiantes participar en los festejos ofrecidos por Finlandia a su libertador, el general Von der Goltz. La República se había convertido, de hecho, en asistente y vocero de los vencedores, y los hechos venían a demostrar que unos y otros habían liquidado toda esperanza de reconciliación, que la autodeterminación prometida por Wilson a los austriacos y a los alemanes sudetes era un embuste, y que el «pacifismo» —en nombre del cual se les arrancaron las charreteras a los oficiales alemanes tras la derrota— no traía otra cosa que la ocupación francesa de la cuenca del Ruhr.

Prohombre republicano alguno, esos mismos que afirmaban que el pueblo alemán había vencido «en toda la línea», supo extraer consecuencias convincentes: «Tras 1918 —escribe Moeller van den Bruck—, muchos oficiales del ejército y funcionarios del viejo Estado no fueron capaces de soportar el desastre y su silencio sólo demostraba que sus vidas carecían de sentido. Nosotros, por su parte, tampoco conocemos revolucionario, demócrata o pacifista alguno, capaz de contribuir ideológicamente al desarrollo de la revolución, capaz de desembarazarse de la mentira de Versalles, mentira fácil de desenmascarar por lo iluso de sus profecías» [12].

La sustancia recalcitrante de los vencedores, demostraba cuán lejos estaban de los sueños de los pacifistas de Weimar. Si el Reich guillermino era culpable de no haber edificado un verdadero Estado nacional y de haber atrincherado al país, la República interpretaba la paz como una liquidación por derribo: «La revolución y la República no ha producido genio alguno sino gente dispuesta a vivir de compromisos: gente paciente pero incapaz de afrontar la realidad, gente que se deja avasallar sin responder, conformismo en lugar de audacia, dejadez en lugar de resolución, jamás creatividad» [13].

Curiosamente, la misma opinión mantenía Rathenau sobre la revolución y sus consecuencias: «No tengo la menor duda: la llamada "revolución alemana" es pura desilusión... Las cadenas han caído, pero la gente, ahora libre, está perpleja, torpe, constreñida a moverse sin rumbo fijo. Los más resueltos son precisamente aquellos que viven gracias a sus ventajas. Eso que llamamos revolución alemana no es otra cosa que la huelga general de un ejército destrozado» [14].

Muy distinto es —desde la particular perspectiva de Moeller van den Bruck— el marco que la revolución rusa ofrece. Al pacifismo de 1917 y a los consejos de soldados ha sucedido una nueva autocracia y el Ejército Rojo. Este ejército ha invadido los

países bálticos, ha marchado hasta los muros de Varsovia y ha retomado los principios tradicionales de la política expansionista rusa, aunque en 1923 todo ello no era sino un esbozo, que no cuajaría realmente hasta las postrimerías de la segunda guerra mundial y la *stalinización* del comunismo ruso. Desde esta posición, el hecho de la fidelidad a una misión nacional, convierte al bolchevismo en un factor conservador, como conservadoras habían sido el conjunto de reformas emprendidas por Pedro el Grande y que habían proyectado hacia el futuro, bajo nuevas formas, la sustancia de la historia rusa:

«Cada pueblo posee su particular forma de socialismo. Los rusos nos han dado un buen ejemplo de ello. En Rusia, el socialismo revolucionario ha dado vida a un nuevo ordenamiento militar, a la potencia soviética. Las masas rusas avanzan encuadradas en destacamentos rojos. El instinto ruso espoleó a los hombres a encaminarse descalzos, soñadores, más allá del Volga y el Dnieper, integrándose en la masa. Se nutría de su propia expansión, de sus conquistas. El bolchevismo apunta a la India y apetece Polonia. Una actitud tal, es típicamente rusa. El pueblo abraza una de las más antiguas tradiciones rusas [que Moeller van den Bruck identifica con el traslado de la capital de San Petesburgo a Moscú, n.d.a.] y mira hacia Asia central. El movimiento que guía toda esa fuerza, elige la misma sede que los zares blancos, el Kremlin, y es encabezado por un déspota tártaro...

«Esos millones de personas que habían combatido por la paz, y sólo por la paz, forman ahora el nuevo ejército.

«Se acercan tiempos en los que la maquinaria de guerra trabajará a destajo. El ruso, ser paciente y obediente, se ha adherido al militarismo de una nueva autocracia y ha terminado por considerar extraño y hostil al pueblo la burocracia policíaca zarista y el estilo de vida occidental. La autocracia socialista es querida y todo el mundo la sigue. El bolchevismo es ruso. Y sólo ruso» [15].

En este punto Moeller van den Bruck irá mucho más lejos que el nacionalsocialismo. Para los nacionalsocialistas, el bolchevismo no era «nacional», sino una ideología internacionalista, una teoría y una práctica de la subversión que había triunfado en Rusia como podía haberlo hecho en cualquier otro país del mundo. Para Moeller van den Bruck, sin embargo, el bolchevismo no sólo no era una fuerza nacional, sino incluso conservadora, puesto que no alteraba las líneas maestras de la historia rusa: ortodoxia, autocracia, nacionalismo. «Ninguna de las tres leyes fundamentales rusas según Livanoff —ortodoxia, autocracia, nacionalismo— ha sufrido menoscabo».

El bolchevismo sería, según el concepto central del pensamiento de Moeller van den Bruck, fiel a la idea de *Raum* (espacio), entendida no en sentido de *Lebensraum* (espacio vital), sino como destino histórico-geográfico de los pueblos. Sobre esta base, Moeller van den Bruck no tiene dudas de que Rusia, reorganizada por la revolución bolchevique y bajo pautas históricas heredadas del pasado, retomará su tradicional política expansionista hacia el Báltico, los Balcanes y el Mediterráneo.

Este *excursus* sobre la revolución rusa permite asimilar mejor la crítica de Moeller van den Bruck contra la revolución alemana de noviembre. Ésta debió proclamar la movilización nacional con el objetivo de imponer el derecho de todos los alemanes a vivir en un único Estado y, aprovechando la destrucción del Reich guillermino y del Estado monárquico, construir la *Grossdeutschland* sobre una base social y nacional. La revolución debió haberse mantenido fiel a la tradición política germana, ligando la seriedad laboriosa de las masas socialistas al concepto de disciplina prusiana. Debió crear «el tercer Reich» bajo los parámetros de una democracia nacionalista y plebiscitaria. Los dirigentes revolucionarios, por último, malograron su papel histórico de organizadores y modernizadores de la Europa central y oriental. La República de Weimar era culpable, según Moeller

van den Bruck, porque carecía de todo objetivo en tal sentido.

La incapacidad de la República obedecía, según Moeller van den Bruck, a su modelo importado, por ser una mera imitación del liberalismo occidental. Si para Inglaterra el liberalismo era consustancial a la tradición de un pueblo insular y su permenente deseo, apenas disimulado, de dividir al continente, y si para Francia representa un discurso de corte nacionalista —de *grande nation*—, Alemania debía guiar sus pasos a través del prusianismo; esto es, de la única tradición política teutona. El pueblo alemán conforma una nación sin fronteras naturales, rodeada de poderosos vecinos y sólo una política rigurosamente autoritaria y resuelta podría evitar un segundo tratado Versalles.

El liberalismo era para Moeller van den Bruck una auténtica bestia negra, pero no era mejor su opinión sobre el marxismo. Le echa en cara —en la misma línea que Oswald Spengler— ser una ideología de mentalidad liberal. Libre iniciativa y lucha de clases serían, así, las dos caras de una misma moneda: no les interesa el pueblo ni el Estado, sino lo individual y la mecánica de los partidos políticos. Mientras que, para Moeller van den Bruck, el horizonte de una civilización debía basarse en estructuras tradicionales frente a la anarquía de los colectivos: «An Liberalismus gehen die Völker zugrunde». El liberalismo es un agnosticismo político, la no creencia en convicción alguna.

El liberalismo, la fe en la libertad por la libertad, ha tratado siempre de hacerse pasar como sinónimo de progreso. Sin embargo, a la primera generación de liberales idealistas, siguió la hornada de los escépticos e indiferentes y, con posterioridad, sus nietos anarquistas y materialistas. El liberalismo era, ciertamente, sinónimo de decadencia: «Todo ello era interpretado como progreso. Sin embargo, se trataba de decadencia. El fenómeno no es nuevo. Los apóstoles del Iluminismo, portaestandartes del progreso, suelen ser, en su primera generación, grandes idealistas, henchidos de buena fe y animados por las mejores intencio-

nes... Sin embargo, la segunda generación comienza a dar señales de lo extraño y oscuro que se esconde tras la visión materialista del mundo y su interpretación nihilista» [16].

Moeller van den Bruck confiaba en la consolidación de un frente de todas las fuerzas antiliberales —desde los nacionalistas hasta los comunistas— a la República de Weimar. Un frente de tal amplitud sería, no sólo capaz de socavar la democracia, sino de establecer una alianza entre Alemania y Rusia capaz de hacer saltar por los aires el sistema generado por la paz de Versalles. Es el momento de su *idilio* con Radek, agente de Lenin en Alemania, y de su apuesta por la revuelta de los «pueblos jóvenes» contra Inglaterra y Francia: «Vemos como el antiliberalismo se une para enfrentarse a todo lo que suena a liberal. Vivimos un momento de cambio. Cambio que se genera desde una infalible lógica, que se caracteriza por un ataque al enemigo en sus mismas raíces y fortaleza, iniciándose así el principio del fin del iluminismo» [17].

El segundo objetivo, para Moeller van den Bruck, es la emancipación del socialismo alemán del marxismo. El proletariado germano no encontrará soluciones fuera del marco nacional. Los marxistas habían proclamado que la caída del Kaiser bastaría para aumentar el nivel de vida, pero la respuesta a los internacionalistas vino con la ocupación de la cuenca del Ruhr, la inflación y la hambruna. Ciertamente, los problemas económicos no podían escapar a las relaciones entre las potencias y los pueblos: «Tiene razón no Marx, sino Hegel, para quien sólo la vida consciente puede llegar a rango de vida histórica. Tiene razón Napoleón cuando afirma: la política es destino».

El pueblo alemán estaba constreñido a un espacio reducido, territorio en el que apenas si se podía vivir y cuyas fuerzas más emprendedoras se veían obligadas a emigrar. El imperialismo guillermino obedecía, desde esta perspectiva, a una verdadera necesidad popular: «Cuando el imperialismo perdió la guerra, la perdió también el socialismo. Ahora se apela a Marx, pero Marx

se equivocó al arrumbar la cuestión demográfica... el problema social no puede resolverse en el marco de la lucha de clases, sino en un plano nacional» [18].

Uno de los pilares del «tercer Imperio» será para Moeller van den Bruck precisamente la desproletarización de la clase trabajadora; esto es, su autoconcienciación en la dirección de que sus problemas no eran ya problemas de clase, sino que sólo se resolverían en el marco de la nación. La cualidad de proletariado era, aparte de un *status* económico, una mentalidad difundida entre las masas urbanas por la revolución liberal-industrial, sin que el trabajador tuviese conciencia de ello. El marxismo habría cometido el mismo error que el liberalismo, al considerar el mundo como un mercado de precios y salarios, por encima de la propia existencia de pueblos y Estados. Para Moeller van den Bruck no es Marx, sino Friedrich List, el verdadero fundador del socialismo alemán. List, en 1840, había elaborado ya su teoría de la *Mitteleuropa* como unión económica natural del Este y el Sureste continentales con las fuerzas productivas alemanas: «El socialismo nace en el momento de la muerte del marxismo: un socialismo alemán llamado a cerrar, en la historia del pensamiento, el capítulo liberal, fuerza ésta ciertamente funesta a lo largo del siglo XIX, tanto que incluso ha llegado a minar y casi desintegrar el socialismo como sistema político e ideológico...».

El socialismo alemán superará la concepción puramente reivindicativa y salarial del marxismo, aportando una concepción unitaria, disciplinada y de solidaridad nacionales: «El socialismo es para nosotros la tierra en la que hundimos nuestras raíces, nuestra unidad, nuestra organización. El verdadero "Estado popular"».

El «tercer Imperio» de Moeller van den Bruck, sin embargo, se caracteriza más por sus negaciones que por sus aspectos positivos. Será antiliberal, pero garante de un verdadero *Volkstaat*; será anticomunista, pero se apoyará en el «socialismo alemán»;

será nacionalista y expansionista, pero perfilando la presencia exterior de Alemania como factor de equilibrio en Centroeuropa, como garantía de «paz eterna».

Moeller van den Bruck no dejó establecida forma política concisa. Es probable que pensara en la dictadura, como expresión política del frente nacional, según el modelo fascista. De hecho, apelaba a la «monarquía» establecida por un *volkische Führer*, un caudillo popular que desplazaría los periclitados principios de la tradición política germana: «Tenemos necesidad de guías capaces de hacer comprender al pueblo que una determinada forma de monarquía puede tener éxito en nombre de la nación. No pensamos, obviamente, en los demócratas de toda laya, vinculados *a priori* a todos devaneos políticos, sino en hombres capaces de conducir al pueblo y cuyo partido sea sólo Alemania; poco importa que procedan de la democracia o de la aristocracia, necesitamos caracteres como Mario o, quizá, como Sila» [19].

Moeller van den Bruck sería, así, un «cesarista» al modo spengleriano, con ribetes democrático-plebiscitarios, fórmulas ensayadas por el fascismo y, posteriormente, por el nacionalsocialismo: «La forma de gobierno no es la que configura una democracia, sino el modo por el que el pueblo participa en el Estado». Y añade: «Anhelar la democracia significa tomar conciencia y afirmarse como miembro de una nación. La democracia es la expresión de la estima que un pueblo tiene de sí mismo».

Moeller van den Bruck, en este sentido, es tajante y no ve marcha atrás posible. El II Reich está feliz y definitivamente superado: «El II Reich ha sido un Reich imperfecto. No hizo esfuerzo alguno por incorporar a Austria. Era un Reich de corto radio, únicamente aceptable como etapa previa al Reich pangermánico» [20].

El Reich guillermino era, fundamentalmente, un Estado de

corte liberal, un híbrido de prusianismo y parlamentarismo, que había acabado por vaciar de contenido al propio prusianismo. La guerra se perdió como consecuencia de ese maridaje, pero ya no era posible volver a 1914. El «tercer Imperio» consumaría las aspiraciones de revolución total del nacionalismo, soldando de tal forma el pueblo al Estado, que revés militar alguno podría ya fracturar dicha unidad.

La forma en la que se debía consolidar el «tercer Imperio» era, como ya hemos dicho, algo que Moeller van den Bruck nunca llegó a plasmar. Su libro es una obra profética, redactada con frases breves e incisivas. Quizá fue este el secreto de su popularidad: haber sintetizado, sin profundizar en exceso, aquellos temas sobre los que toda una generación —la generación que regresaba del frente de batalla—, se encontraba instintivamente de acuerdo.

No en vano, Moeller van den Bruck ha sido considerado un precursor del nacionalsocialismo. En su obra encontramos la mixtura de nacionalismo y socialismo, la idea de una democracia plebiscitaria dirigida por «líderes nacionalistas», y la apelación a un prusianismo sin el lastre de posibles restauraciones dinásticas.

Por contra, podemos afirmar que la cuestión clave de su concepción política y filosófica sobre el nacionalismo y su postura favorable a una convergencia con Rusia, serán absolutamente extrañas al antibolchevismo pragmático de un Rosenberg o de un Hitler. Subrayemos, además, que un elemento fundamental para el nacionalsocialismo, como era la cuestión del racismo, es extraña al *corpus* ideológico *moelleriano.*

En 1939, el nacionalsocialismo pondría fin a los anhelos de Moeller van den Bruck —que Rathenau en Rapallo, y Von Seekt con la colaboración de los militares habían esbozado— de un entendimiento con los soviéticos. Los resultados vendrían, en un principio, a darle la razón: el pacto ruso-alemán había permitido

a Alemania hacer frente al bloque occidental y darle la vuelta a la situación engendrada por el tratado de Versalles. Moeller van den Bruck, empero, nunca llegó a explicar cómo podría ser conciliable la «misión oriental» de Alemania y la tradicional tendencia expansionista rusa hacia el Báltico y los Balcanes [21]. Las sucesivas dificultades de Hitler para un acuerdo con Molotov sobre esta cuestión acelerará los preparativos bélicos alemanes y demostrarán cuanto de utópico había en la idealización de una alianza ruso-germana.

Sea como fuere, Moeller van den Bruck será incluido entre los precursores del Reich hitleriano, aunque sus seguidores, sobre todo en lo referente a la política exterior, se encontrarán más cómodos en los ambientes del «trotskismo» del movimiento nacionalista, según expresión de Armin Mohler; esto es, los llamados «nacional-bolcheviques».

Este singular término —«nacional-bolchevismo» o «nacional-comunismo»— apareció por vez primera en un comunicado de prensa de Von Seekt con motivo del *putsch* del llamado Reichswehr Negro, el 1 de octubre de 1923: «Bandas nacional-comunistas han tratado de adueñarse de la fortaleza de Küstrin».

El Reichswehr Negro era una suerte de ejército paralelo y clandestino organizado por Von Seekt. Sus cabecillas eran el mayor Bruno Ernst Bruchrucker y el teniente Paul Schulz, quienes habían conseguido en la región de Küstrin reclutar algunos elementos. En 1923, el año de los *putsch* —insurrección comunista en Turingia y sublevación de Hitler en Munich—, también tento la suerte el Reichswehr Negro: el objetivo de los «nacional-comunistas» era superar el estallido social mediante el intento de una política de alianzas con Rusia. Ese mismo año, los obreros comunistas y oficiales prusianos organizaban conjuntamente la resistencia contra los franceses en el Ruhr y el propio Radek, el hombre de Lenin en Alemania, no tuvo reparos a la

hora de homenajear a Schlageter, un activista nacionalista ejecutado por las tropas francesas de ocupación. Moeller van den Bruck se congratuló de tal actitud en las páginas de la revista *Gewissen*, mientras el conde Reventlow proponía a los comunistas «hacer el camino juntos» («ein Stück Weges Gemeinsam»). Por su parte, en las páginas del periódico *Bandera Roja* podía leerse: «La nación se deshace. La herencia del proletariado alemán, alimentada con los esfuerzos de generaciones de trabajadores está amenazada por las botas de los soldados franceses y la odiosa y vil debilidad de la burguesía alemana. Únicamente el proletariado puede salvar la nación». De ahí que no puda chocarnos, en absoluto, que un prohombre de la derecha, como el juez Krupfgrantz, pudiera publicar un ensayo con el título «El bolchevismo, una necesidad nacional». Una movilización de masas, aún de inspiración comunista, hubiera sido acogida favorablemente por muchos nacionalistas, como medio para acabar con los aliados y sus cínicas pretensiones [22].

Radek intentó aprovechar la situación. Sus *tanteos* en el campo nacionalista atendían a dos fines: atraer nuevos prosélitos aprovechando la frustración y el odio que se dejaba notar hacia el «capitalismo occidental» e impedir que Alemania volviese su mirada expansionista «hacia el Este», con el consiguiente peligro para Rusia. Ya en 1920, los bolcheviques, que habían invadido los países bálticos, hubieron de retroceder ante la presencia de los Cuerpos Francos. Radek en sus discursos puso a los nacionalistas ante esta encrucijada: «¿Contra quién quiere combatir el pueblo alemán? ¿Contra los capitalistas de los países aliados o contra el pueblo ruso?».

Por su parte, los nacionalistas —al menos los partidarios del «socialismo nacional»— propusieron una alianza con Moscú para combatir el tratado de Versalles a costa de Polonia. Cuando el Ejército Rojo avanzó, en 1920, hacia Varsovia, muchos opi-

maron que el Reichwehr debía atacar para que Alemania pudiera recuperar sus provincias orientales.

Como consecuencia de este juego político, cuyos representantes eran Radek y el propio Moeller van den Bruck, surgió un verdadero torrente de mitos confusos, sueños y alianzas contranatura que, sin embargo, hicieron fortuna en una sociedad profundamente descontenta. El citado párrafo de Kupfgrantz vendría a ser sólo un botón de muestra de la vasta literatura generada y de la que Erich Müller hizo un breve compendio titulado precisamente *Nationalbolchewismus* (Hamburgo, 1933). Comunistas como Heinrich Laufenberg y Fritz Wolffheim dieron un tinte «nacional» a las células rojas que operaban en Hamburgo y que habían entrado en contacto con elementos conservadores como Albrecht Erich Günther y el conde Von Reventlow. En esta línea se manifestó el partido comunista bajo el liderazgo de Heinz Neumann. Entre los elementos derechistas que pasaron a los destacamentos comunistas citaremos a los combatientes de los Cuerpos Francos Beppo Römer, Bruno von Salomon y al teniente Scheringer que, junto a Ludin, se convirtió en el centro del proceso de Ulma —septiembre-octubre de 1930— bajo la acusación de haber formado una célula nacionalsocialista en las filas del ejército y que, al poco, acabará convirtiéndose en un activista rojo.

Tampoco faltaron los militantes marxistas trasvasados al nacionalismo. August Winning, social-demócrata, nacido en el seno de una familia obrera del Harz, albañil en su juventud, periodista más tarde, secretario de la Cámara de Trabajo, embajador en los países bálticos en 1918 y *Oberpräsident* de Prusia oriental un año después. En 1920, Winning decide apoyar el *putsch* de Kapp, y abandona sus cargos públicos y la social-democracia. En su libro *Das Reich als Republik* definirá al movimiento obrero como la «protesta de la sangre contra el espíritu del dinero», representado por las odiadas plutocracias oc-

cidentales y los judíos. El fin del movimiento obrero sería, pues, la educación en el «heroísmo comunitario» y la renovación del sentimiento de unidad nacional. Su condena de la social-democracia —de la que, repetimos, había sido uno de sus líderes— se basaba en que ésta cultivaba el escepticismo en todas sus confrontaciones y rechazaba todos los valores de corte solidarista. En sus *21 tesis para el movimiento obrero*, Winning definirá las tareas del nuevo socialismo: «Deberá promover una intensa obra educativa con la que hacer una clase de la masa y una nación de un pueblo». Acabó por adherirse al DNVP.

Otro personaje procedente de la extrema izquierda que se acercó a posiciones nacionalistas —para retornar, en 1945, al comunismo— fue Ernst Niekisch, amigo personal de Ernst Jünger, y cabecilla, alrededor de 1930, de diversos grupos «nacional-bolcheviques». Niekisch era de origen bávaro y fue corresponsable de la represión provocada por la Räterrepublik de Munich. La revista que dirigía, *Widerstand*, fue polo de atracción para muchos escritores nacionalistas como el propio Jünger y Ernst von Salomon. Su opúsculo *Hitler, ein deutscher Verhängnis* (*Hitler, una fatalidad para Alemania*) [23] le valió la persecución por parte de los nacionalsocialistas. Tras la segunda guerra mundial trató de difundir sus ideas en la República Democrática Alemana, pero al final hubo de volver a Berlín oeste. Su agitado currículum es típico de un cierto tipo de agitadores que hicieron fortuna en el período de la República de Weimar.

Junto a Niekisch, hay que citar también a Karl Otto Paetel, editor del rotativo *Sozialistische Nation* y autor de un *Manifiesto nacionalbolchevique*, y a Harro Schulze-Boysen, que comenzó como editor de la revista *Der Gegner* y acabó como espía de Stalin dentro del ejército, siendo considerado el cabecilla de la clandestina Rote Kapelle. Paetel emigró a América y Schulze-Boysen murió ajusticiado en 1944.

A todos ellos podríamos considerarlos como los «herejes del

movimiento nacional». Su orientación en política exterior caminaba paralela a la concepción prusiana —recuerdo de la Convención de Tauroggen y de Yorck von Wartenburg, así como del tratado firmado por Bismarck con Rusia—, que con el tiempo se convertirá en una auténtica «ideología del Este», de la que Moeller van den Bruck fue la pluma más destacada. El hecho de que el nacional-bolchevismo fuese en realidad una plataforma de convergencia con el comunismo, no significa en absoluto que no podamos considerarla como una opción en sí misma, un reto histórico-geográfico que bien podría sintetizarse en la fórmula: «...contra el Occidente civilizador y capitalista, contra el Sur católico-romano, por y con el Norte germánico y campesino y el Este bolchevique y bárbaro» [24].

El movimiento nacionalsocialista, como consecuencia de su componente racista, pangermanista y su hostilidad ideológica hacia el bolchevismo cercenó la idea de una Prusia como puente hacia el Oriente eslavo, como potencia colonizadora y germanizante. Si la memoria de Moeller van den Bruck fue respetada; no sucedió lo mismo con quienes compartían sus ideas sobre política exterior: los «nacional-revolucionarios» o «nacional-bolcheviques», empezando por el ala *strasserista* del propio NSDAP, fueron reprimidos.

Una última tentativa de alineamiento entre Rusia y Alemania fue la que sostuvo activamente el conde Schulenberg, embajador en Moscú —fiel a la tradición prusiana que sintonizaba con las ideas al respecto del propio Bismarck—, quien intentó hasta el final evitar la ruptura entre los dos Estados. Su muerte, acaecida el 20 de julio de 1944, puso, en cierta forma, punto final a aquella línea de los que pretendieron una alianza con Rusia, posicionamiento compartido por buena parte del conservadurismo germano. Con el nacionalsocialismo, Alemania volvió a sentirse «occidental» y henchida de un espíritu «antioriental». La invasión de Rusia y la posterior ocupación soviética de parte de Alemania, abrió un profundo foso que llevará a los alemanes al ámbito occidental.

[1] *Der Preussische Stil*, Munich, 1922, p. 11.
[2] *Der Preussische Stil*, *op. cit.*, p. 11.
[3] «Stimmen aus dem Osten vom», 13-V-1916.
[4] Una aproximación detallada a los orígenes de este grupo podemos encontrarla en Hans-Joachim Schwierskott, *Arthur Moeller van den Bruck und der revolutionäre Nationalismus in der Weimarer Republik*, Gotinga, 1962.
[5] Fritz Stern, *Kulturpessimismus als politische Gefahr*, Berna-Stuttgart, 1963, p. 270.
[6] Cit. en Helmut Rödel, *Moeller van den Bruck, Standort und Wertung*, Berlín, 1939, p. 33.
[7] Fritz Stern, *op. cit.*, p. 283.
[8] Episodio descrito en Rudolf Pechel, *Deutscher Widerstand*, Zurich, 1947, p. 71 y ss.
[9] Moeller van den Bruck, *Das Dritte Reich*, Hamburgo, 1931, p. 229
[10] Moeller van den Bruck, *op. cit.*, p. 169.
[11] Moeller van den Bruck, *op. cit.*, p. 229.
[12] Moeller van den Bruck, *op. cit.*, p. 229.
[13] Moeller van den Bruck, *op. cit.*, p. 26.
[14] Walther Rathenau, *Schriften*, Berlín, 1965, p. 311.
[15] Moeller van den Bruck, *op. cit.*, p. 65.
[16] Moeller van den Bruck, *op. cit.*, p. 85.
[17] Moeller van den Bruck, *op. cit.*, p. 102.
[18] Moeller van den Bruck, *op. cit.*, p. 62.
[19] Moeller van den Bruck, *op. cit.*, p. 214.
[20] Moeller van den Bruck, *op. cit.*, p. 242.
[21] Estas contradicciones se agudizaron gracias al joven crítico nacionalsocialista Helmut Rödel en su ya citada obra. Una crítica nacionalsocialista a la *Ostideologie* y a los *Ostideologen* en *Gefahrenmoment in der deutschen Aussenpolitik*, Berlín, 1936.
[22] Para un mayor conocimiento de la tendencia nacional-bolchevique, véase Erich Müller, *Nationalboschewismus*, Hamburgo, 1933, y Otto Ernst Schüddekopf, *Linke Leute von Rechts. Die nationalrevolutionären Minderheiten und der Kommunismus in der Weimarer Republik*, Stuttgart, 1960.
[23] Este polémico opúsculo, precedido de una amplia y documentadísima biografía de Ernst Niekisch escrita por Alain de Benoist, fue publicado en francés por la editorial PARDES [n.d.e.].
[24] Adolf Ehrt, «Nationalboschewismus», en A. Ehrt y J. Schweickert, *Entfesselung der Unterwelt, ein Querschnitt durch die Bolchewisierung Deutschland*, Berlín-Lepzig, 1933.

Capítulo IV
Oswald Spengler y los círculos neoconservadores

PARALELAMENTE al conservadurismo revolucionario de un Moeller van den Bruck, abanderado de una idea mesiánica del socialismo alemán y de una política de unas más que evidentes simpatías por Rusia, se desarrollaron tendencias más escoradas a la derecha, entroncadas en el idealismo guillermino y, como sucedió en Austria, con la tradición romántica de los doctrinarios de la restauración.

Dentro de estas posiciones podemos situar a intelectuales como Oswald Spengler, a los conservadores próximos a Von Papen, a Edgar Jung, y a los miembros del Círculo de Viena liderado por Othmar Spann. Todos estos pensadores se agruparían, como consecuencia de un conjunto de características afines, en una suerte de corriente de pensamiento que no ha roto con el pasado y muestra su desagrado por el mundo nuevo y la presencia cada vez más protagonista de las masas, lo que les llevará incluso a oponerse, como en el caso de Spann, al nacionalsocialismo.

Por su talla intelectual, su personalidad y la amplísima resonancia de su obra *La decadencia de Occidente*, destaca sobre todos estos intelectuales la figura de Oswald Spengler. Sus escritos políticos —como *Preussentum und Sozialismus*— ejercieron una gran influencia en los primeros años de la República de Weimar. Su epistolario, publicado por Anton Kortabek y Manfred Schröter, nos muestra un estrecho contacto de Spengler con las princi-

pales personalidades políticas alemanas de la época: Rathenau, Stresemann, Cuno, Von Kahr, el capitán Ehrardt —comandante de la brigada que marchó sobre Berlín en 1920— y Georg Escherich —jefe de una misteriosa organización bávara de extrema derecha [1]—. También enontramos la firma de Benito Mussolini. Esta compleja red de relaciones hizo que se convirtiera en una suerte de eminencia gris de la derecha germana. Nunca confió, empero, en los nacionalsocialistas, lo que a la postre le llevó a un progresivo aislamiento.

La obra capital de Oswald Spengler, como hemos dicho, necesaria para comprender su visión de la historia y de la política, *La decadencia de Occidente*, fue vendida por cientos de miles de ejemplares, a pesar de que en el momento mismo de su aparición, en 1918, no fue bien entendida por sus críticos. *La decadencia de Occidente*; esto es, de nuestra civilización, constituye sólo una parte del discurso spengleriano, una suerte de morfología global de la historia mundial. Los presupuestos doctrinales de Spengler se basan en la contestación al esquema lineal antigüedad-medioevo-era moderna y la consideración de las civilizaciones como ciclos autónomos, cada uno de los cuales encierra una lógica interna, tanto en sus fases de ascensión como en las de decadencia.

Para Spengler, toda civilización surge con un «alma» y un «paisaje». Tener una historia, no significa sino desplegar este «alma», poniéndola de manifiesto en los distintos ámbitos de la actividad humana. Ello acontece precisamente en el período creativo, ascendente, al que denominó *Kultur*. Es un tiempo en el que predomina lo cualitativo, en el que se desarrollan las artes y la religión, y cuyo cuerpo social se vertebra en castas y gremios, cada uno de ellos perfectamente definidos en el ámbito de una tradición vivida. Con posterioridad, todo se degrada, entrándose en una fase de «civilización» *(Zivilisation)*. La creatividad, en esta segunda fase, se agota, al tiempo que emerge una fuerza racionalizadora que multiplica, deformándolo, todo aquello que ya se ha hecho

en un tiempo pasado. Al reino de la calidad le sucede el de la cantidad; al artesanado, la técnica; a los pueblos y los castillos, informes metrópolis. Otro tanto ocurre en el ámbito de la política: las diferencias sociales estratificadas a lo largo de siglos sobre la base de coordenadas orgánicas, se esfuman en beneficio de una amorfa masificación atizada por la demagogia de los partidos. Es la época del dinero, del capitalismo que funda periódicos, genera la información de masas y estimula las revoluciones hasta que, al final del proceso, la «civilización» adopta formas estables a través del «cesarismo»; esto es, la ascensión al poder de jefes capaces de nivelar las sociedades —ya de por sí muy niveladas— bajo formas imperialistas dictatoriales.

Los occidentales, según Spengler, configuraríamos una civilización «fáustica» o «gótica», nacida alrededor del año 1000, en un enorme espacio de llanuras y grandes bosques. El alma de nuestra civilización es identificada por Spengler con la nostalgia del infinito, de lo ilimitado, que se traduce en las agujas de las catedrales góticas y en las moles de los modernos rascacielos —postrera y senil materialización de un sueño primordial que ha devenido en frío y racionalista empeño—. Esta nostalgia por el infinito es la que domina todas las manifestaciones de Occidente: en las artes, el estilo dinámico del románico, del gótico, del barroco; en religión, el concepto de eternidad de Dios; en matemáticas, el cálculo infinitesimal y el cómputo a través de funciones... Esto es, dicho espíritu ha calado en todas las actividades humanas al tiempo que empuja el desarrollo de la dinámica industrial y fuerza la aparición de un imperialismo jamás conocido en el pasado.

El espíritu clásico, surgido del paisaje solar mediterráneo, sólo conoce un presente corpóreo, el espacio perfecto y limitado. Spengler pone de relieve el carácter de la geometría euclidiana y de la matemática pitagórica, ligadas a figuras reales y a relaciones numéricas concretas; la armonía del arte clásico; las divinidades

finitas del paganismo; la obstinación de la física antigua en negar el espacio infinito; la política de la *polis*, de la que el Imperio romano no es sino su proyección. Es la incompatibilidad absoluta entre la pintura de un Polignoto, que se sirve de líneas para definir el cuerpo, y la de un Rembrandt, creador de espacios jugando con luces y sombras. Spengler sostenía, en uno de los puntos más discutibles de su discurso, la imposibilidad de comunicación cultural entre las diversas civilizaciones. Las civilizaciones constituirían círculos cerrados, que se desarrollan y fenecen bajo unos parámetros característicos e intransferibles.

Una de las conclusiones que podemos extraer del pensamiento *spengleriano* es la idea de «contemporaneidad» entre fase y fase de una determinada cultura. Volviendo al ejemplo de la civilización clásica y de la gótico-occidental, Spengler parangona el Medioevo con el arcaísmo griego; la época de Pericles al Renacimiento, la Reforma y el Barroco; la época de la decadencia helenística con el iluminismo y el Rococó. Con posterioridad, entraríamos en la época de *Zivilisation*: llegamos a Roma, la era de la técnica triunfante, de las grandes calzadas y ciudades, del imperialismo. Al Partenón le sucede el Coliseo; a la aristocracia, las masas demandando *panem et circenses*. Y, como colofón, el desbocado avance de la técnica, la organización, la milicia que lleva a las masas «das Ende das radikale Nichts» («al fin, al la radicalidad vacía») [2].

Esta última fase de la civilización clásica sería la que nosotros estaríamos viviendo ahora. Spengler sitúa nuestro tiempo en la época «gracoana», «catilinaria», imperial. Las masas y los partidos, el poder del dinero, y la disgregación de la aristocracia histórica. Cuando la época de los grandes imperios se avecina, Occidente se encuentra estancado, incapaz de producir ideas artísticas y religiosas, lo que no le impide seguir obteniendo frutos de su racionalismo planificador e industrial. Lo que caracteriza a esta fase de *Zivilisation* es el dominio de los partidos y del dinero. Se ini-

cia la época de la gran política por el dominio del planeta, de los caudillos y sus mesnadas.

Este sucinto repaso al discurso *spengleriano* de la historia y la política, nos permite comprender que, para el autor de *La decadencia de Occidente*, es imposible volver atrás, que lo que llamamos «arte» y «religión» no son si no el inútil residuo de una página pasada de la historia. Priva ahora la técnica al servicio del imperialismo, la disciplina y la dureza «romana»:

«Surge en el mundo la era de la dureza, de una dureza romana. No habrá en poco tiempo lugar para otra actitud. Arte sí, pero de cemento armado y acero; poesía sí, pero de hombres de nervios de acero y mirada gélida, penetrante; política sí, pero llevada a cabo por políticos profesionales y no por reformadores del mundo. El resto es omisible. Y no debe olvidársenos nunca, hombres de este siglo, lo que dejamos tras nuestras espaldas.

«No volveremos, nosotros alemanes, a tener entre nosotros a un Goethe, sino a un César» [3].

Pese a su pesimismo general sobre el destino de la civilización occidental, en general, y de Alemania, en particular, Spengler no dejaba de ser optimista. Consideraba a sus compatriotas y, sobre todo, a los prusianos, una fuerza relativamente joven, destina a jugar un papel decisivo en el crepúsculo de Occidente. Como ha escrito Anton Koktanek, «Berlín era su Roma, Prusia su Lacio y Alemania su Italia». La Gran Guerra supuso para él un tiempo de entusiasmo. Incluso en 1918, año del desastre de las tropas germanas, escribía a su amigo Hans Klöres que era preciso un «protectorado germano de ámbito continental». El estilo adusto e impersonal del soldado *feldgrau* recuerdan a Spengler al legionario romano: «Alemania tiene una misión similar a la de Roma. Considero a nuestros soldados un arquetipo que entrará en la historia mundial. Del mismo modo que se presentaban a los pintorescos soldados de los ejércitos helenos y púnicos las legiones romanas: sobrios, pero con una convicción férrea, íntima. Só-

lo los granaderos napoleónicos llegaron a poseer una disposición similar» [4].

Se comprende la desilusión de Spengler al concluir la guerra. Su hostilidad hacia la República de Weimar toma cuerpo ante los sucesos revolucionarios y se conservará invariable hasta el desplome de la democracia, justo en el instante de la publicación de su ensayo *Años decisivos*. En una carta dirigida a Klöres, fechada el 18 de diciembre de 1918, Spengler ilustra sus impresiones con respecto a la «revolución» alemana:

«He sido testigo, en parte, de las repugnantes escenas del 7 de noviembre y el disgusto por poco no ha acabado por abatirme. El modo en el que el emperador Guillermo ha sido expulsado. ¿Qué derecho esgrime esa canalla para mancillar al hombre que, con su sacrificio personal, durante treinta años ha contribuido a engrandecer Alemania? Lo que proclama el socialismo y los programas actuales es lo que siempre ha deseado el Estado de los Hohenzollern: organización de la producción y de las comunicaciones a cargo del Estado, de forma autoritaria, en absoluto liberal. Desde mi punto de vista el elemento viejo-prusiano, con ese inmenso tesoro que es la disciplina, la fuerza organizadora y la energía, acabará por superar las actuales circunstancias, teniendo a su disposición la franja más honesta de los trabajadores que no están con el anarquismo ni el movimiento espartaquista, y que son extraños al liberalismo de izquierda de los jóvenes hebreos, los escritorzuelos, los corredores de bolsa y los politicastros.

«Debemos, como la Francia de 1793, llegar al fondo; tenemos necesidad de purgar este período de cuatro años. Sólo entonces estaremos maduros para que los pocos, como sucedió en 1813 y 1870, tomen la antorcha: aristócratas y funcionarios prusianos; técnicos, eruditos, artesanos y obreros dotados de un sentido prusiano de la vida. La rabia y la desesperación que ha causado el terrorismo, provocará, como un acto liberador, la institucionalización de la dictadura de inspiración napoleónica» [5].

Se dejan oir ya, en estas líneas, las claves del «socialismo prusiano» acuñado por el propio Spengler, futuro título de un importante ensayo suyo en el que abogará por una alianza entre los «elementos sanos de la clase obrera» y los oficiales y funcionarios prusianos bajo la bandera de la disciplina, valor fundamental de la idiosincrasia germana. En el momento de la máxima humillación, Spengler confía en el prusianismo que ha dado su impronta, a lo largo de más de dos siglos, al alma alemana: «La raza dominante alumbrada por Federico Guillermo I, Federico el Grande, Bismarck y Hindenburg, compuesta no sólo por oficiales, sino por eruditos, funcionarios, técnicos, comerciantes y obreros, se encuentra frente a una tarea de la que sabrá salir airosa. Espero mucho de los "jefes" anónimos que actúan en las filas obreras y entre la burguesía honesta, y que surgirán en el momento oportuno; el socialismo teórico se plasmará en formas concretas gracias al socialismo prusiano de Estado; la "libertad" liberal-anarquista acabará por desvalorizarse; estamos dotados de un instinto de disciplina y organización que ansiamos aplicar. En efecto, nuestro futuro está en el conservadurismo prusiano despojado de cualquier lastre agrario-feudal y también en el pueblo trabajador que, espoleado por la rabia y el amor propio, se distanciará cada día más de las "masas" anarco-liberales» [6].

La cuestión del «socialismo prusiano» aparecerá ampliamente desarrollada en la obra homónima publicada en 1919, verdadero complemento de *La decadencia de Occidente*, en el sentido de que en aquélla se precisa en qué consistirá la última fase de la «civilización» occidental; esto es, la fase de combate entre alemanes y anglosajones, únicos pueblos «capaces» de imponer su supremacía e ideal de vida. Alemanes y anglosajones son, desde el punto de vista de Spengler, las dos formas fundamentales del espíritu «fáustico»: imperialismo liberal y mercantilismo ligado a una metrópoli insular dominadora de los mares, frente a imperialismo «socialista», prusiano y militarista. La Gran Guerra ha sido un

punto de fricción entre estas ideas históricas afines, aunque irreconciliables: «La guerra mundial, en el crepúsculo de la civilización occidental, es el gran encuentro entre las dos grandes ideas germanas...» [7].

En los orígenes, alemanes e ingleses —o, mejor, prusianos e ingleses— fueron un solo pueblo. Pero la historia ha cristalizado en dos formas diferentes. De común queda la grandeza, la energía organizadora: «La colonización organizada a partir de la Marca oriental eslava concluye con la invasión de los germanos de todas las estirpes. El contingente predominante, sin embargo, estaba constituído por sajones; los parientes más próximos del pueblo prusiano son los ingleses [...] Son dos imperativos morales de naturaleza opuesta que se han desarrollado en el mismo plano, el uno de espíritu vikingo y el otro de espíritu caballeresco teutónico [...] de un lado, la independencia personal, de otro la colectividad supraindividual. En la actualidad, estos dos conceptos se denominan individualismo y socialismo» [8].

Inglaterra es hija de su insularidad. Ello le dispensó la necesidad de un Estado. Ya en el tiempo de la *Magna Carta*, las libertades particulares se consolidaron. La evolución de Inglaterra hacia el parlamentarismo constituye el desarrollo político de los problemas de seguridad de las personas por encima de los colectivos. Prusia, por el contrario, es fruto de una situación de riesgo y necesidad. Sin fronteras naturales, sin riquezas, forzada a vivir entre poderosos enemigos, hubo de desarrollarse bajo un férrea disciplina y centralidad. Inglaterra ha sido siempre —en todas las épocas de su historia— espontáneamente liberal. Prusia no podía sino optar por la autoridad, la solidaridad y el socialismo: «Es así como se han conformado los pueblos inglés y prusiano. La diferencia entre ambos es la que hay entre un pueblo cuyo ánimo es alumbrado por su conciencia insular y otro por una tierra sin defensas naturales, expuesto a cualquier acción hostil. Para Inglaterra, la isla ha sustituído al Estado organizado» [9].

¿Qué lugar ocupa el marxismo en el marco del discurso *spengleriano*? Para Oswald Spengler, el marxismo es producto de la mentalidad manchesteriana británica, una crítica de la sociedad del egoísmo y de la libre iniciativa. La mentalidad marxista nace en un ambiente donde todo se concibe bajo el prisma de los grupos, partidos e intereses. Es la mentalidad individualista que se revuelve contra sí misma. Los presupuestos doctrinales del marxismo son herederos de la «mentalidad insular» y carentes de toda impronta solidarista. De ahí que, para Spengler, sea necesaria la reintegración del proletariado germano a la perspectiva histórica nacional, frente a la utopía y el internacionalismo: «Tenemos una tarea perfectamente definida; se trata de liberar el socialismo alemán de Marx. No hay otra salida... Los alemanes somos socialistas aunque no existiera teoría socialista alguna».

El «socialismo alemán» está conformado, según Spengler, por la tradición militar prusiana, por el estilo resuelto y sobrio de una nobleza, de un ejército y de una burocracia que no han tenido otra ambición que «servir». El «servicio» es la clave de la tradición política germana, como la libertad y el individualismo lo son de la inglesa. La nobleza prusiana, a diferencia de la inglesa y francesa, ha sido relativamente pobre y muy ligada a la milicia. Ha creado, a través del ejército y la administración, un estilo singular de eficacia y de rigor que ha calado en la clase obrera. Incluso el marxismo alemán no ha podido sustraerse a la impronta de este socialismo nacional y comunitario: la social-democracia de Bebel hubo de asumir ese carácter nacional. De hecho, la transformación de la organización obrera en batallones, cuando el estallido de la guerra de 1914, se hizo sin dificultad alguna: «El partido de Bebel tenía un carácter militar que lo diferenciaba del socialismo de otros países: destacamentos obreros, resolución adusta, disciplina, coraje para dar la vida por valores no materiales» [10].

El prusianismo sería un socialismo *avant la lettre* y se caracterizaría por su antiburguesismo, concibiendo a la sociedad como

subordinación de las partes al todo, un *ethos* del servicio y la disciplina: «Si Marx hubiese comprendido el sentido del trabajo prusiano, de actividad total, de servicio en nombre de la colectividad, ese mirar por "todos" como si para uno mismo se tratase, de deber que ennoblece independientemente del trabajo realizado, jamás hubiera escrito su Manifiesto» [11].

Como en Moeller van den Bruck, en Oswald Spengler el concepto de «socialismo» tiende a identificarse con el de nacionalismo. Spengler cree, como Moeller van den Bruck, en la prioritaria tarea de «desmarxistizar» el socialismo alemán; esto es, despojarlo de su carácter pacifista y contestatario, y darle una impronta militarista y solidarista. La internacional que los trabajadores alemanes deberían consolidar en Europa y en el mundo no es la del pacifismo, sino la del triunfo de la organización y del trabajo «prusianos» sobre el capitalismo anglosajón. Este «heroísmo de la organización y el trabajo» es, para Spengler, el nudo gordiano del prusianismo, que deberá afirmarse en cualquier punto del planeta. La verdadera internacional es imperialista, es la victoria de un pueblo y de su concepción sobre los demás:

«Una verdadera internacional es posible sólo con la victoria de una raza sobre las demás, pero jamás con la destrucción del resto de las opiniones y la conformación de una masa incolora. Decidámonos por el escepticismo y liberémonos de la vieja ideología. No hay posibilidad de reconciliación histórica...

«La verdadera internacional es imperialista, es dominio sobre la "civilización" fáustica, global, dirigida por un principio creativo único, y no podrá consolidarse por medio de equilibrios y componendas, sino con la victoria y su destrucción» [11].

Este combate final en el que no hay más alternativa que «la humillación o la victoria», constituye para Spengler el sentido de la confrontación con Inglaterra y el significado del último evento de Occidente: socialismo contra liberalismo, solidarismo contra individualismo, conceptos incompatibles del genio del hom-

bre blanco. De un lado, el espíritu teutónico y normando, la tradición comunitaria de la Marca, y, de otro, el individualismo vikingo y pirata: «Dejemos que nuestros insulsos y sentimentales pacifistas continúen hablando de reconciliación entre los pueblos: no importa, las ideas no son conciliables. El espíritu vikingo y el espíritu teutón combatirán hasta el fin, hasta que el mundo se ahogue en humo y sangre...» [12].

Es curioso ver cómo, en la visión de Spengler sobre la confrontación de los dos imperialismos, no considere a Rusia. Es, en verdad, paradójico. En *La decadencia de Occidente*, sin embargo, le está reservada a Rusia la fundación de una civilización nueva, que surgirá tras el desplome de la civilización fáustica. Ello debería suceder alrededor del año 2200: a lo largo de estos doscientos años Spengler sitúa en Rusia la gestación de una «nueva religión» (piensa en el cristianismo de un Dostoievski) que progresivamente se aleja de Occidente. Como consecuencia de la rigidez de su sistema, empero, no tomó en consideración la realidad de un imperialismo que, como el ruso, ha sido uno de los factores más importantes de la historia continental.

Al igual que pasaba con Moeller van den Bruck, Spengler desconfía de un posicionamiento contra Rusia: «Solamente graves errores en política exterior, como por ejemplo emprender un "cruzada" de las potencias occidentales contra el bolchevismo, pueden inducir a Rusia a fijar su atención hacia Occidente, con fatales consecuencias para ambas partes...» [13].

Es posible que los deseos amistosos de Hitler hacia Inglaterra en *Mein Kampf* no fueran más que una ilusión y que la realidad fuese la descrita por Spengler: el inevitable duelo mortal entre los dos «hermanos enemigos». Considerar a Rusia como una fase «premedieval», «mítico-religiosa» —rechazando el papel que había tenido en la historia última de Occidente— quizá fuese un error de bulto de Spengler. De ello se da cuenta —significativamente— en una carta fechada el 3 de mayo de 1936, donde pode-

mos leer: «He tratado de perfilar todavía con mayor claridad el peligro ruso, en un área comprendida entre el Vístula y los Urales, sobre cuya región se va a escribir probablemente la historia mundial de la generación próxima...» [14].

Pese a su entusiasta admiración por el prusianismo, Spengler consideraba que Alemania no estaba aún preparada para acometer los grandes retos que demandaba una política imperialista. La enseñanza escolar le parecía abstracta y mezquina («...es preciso hablar un poco más de las grandes batallas, de las guerras emprendidas por Estados Unidos»). Alemania no poseía una India o un Egipto desde donde los jóvenes pudieran observar la cualidad de gran potencia. El romanticismo alemán tenía serias dudas sobre del futuro. Cualquier teoría económica, mística o racial, por estrambótica que fuera, tenía audiencia entre la juventud patriótica de postguerra, desviándose así la atención del único y principal problema: no sucumbir ante el reto que planteaba la presencia imperialista británica. Sus diferencias con el nacionalsocialismo surgen precisamente de que alrededor de éste giran los más singulares visionarios y doctrinarios, los más extraños símbolos, las más chocantes banderas y los sueños más estrafalarios: «Observo cómo florece el gran vicio de la Alemania joven, tal y como sucedió en 1915: la tendencia a no querer ver y afrontar la realidad, a maquillarla con sueños idealistas, teorías románticas y manifestaciones partidistas con profusión de banderas, escuadras y símbolos, como medio para disimular la vacuidad de teorías y programas. El entusiasmo es un camino peligroso en política. El explorador debe ser un héroe, pero no un tenor de opereta disfrazado de héroe...» [15].

Estas palabras fueron pronunciadas el 26 de febrero de 1924 en un discurso dirigido a los estudiantes de Würzburg, el día en el que se abría en Munich el proceso contra Hitler y son algo más que una velada alusión. Spengler se lamentó siempre de que la juventud no le escuchase, lo cual era un hecho cierto. Los nacional-

socialistas, por contra, sí habían comprendido qué era lo que entusiasmaba a las masas, en general, y a la juventud, en particular. Lo que había logrado Hitler era precisamente la fusión de los dos grandes movimientos nacionales: el romanticismo y el prusianismo; una síntesis ciertamente ambigua, pero dotada de un atractivo del que siempre careció el viejo conservadurismo.

La intolerancia de Spengler hacia el nacionalsocialismo no tardará en manifestarse. Una breve entrevista que tuvo con Hitler en Bayreuth no disipó los malentendidos, y una invitación de Goebbles para intervenir en la radio sobre cuestiones de política exterior, no llegó a cuajar como consecuencia, dicho sea de paso, por la reiterada hostilidad de la prensa nacionalsocialista hacia al propio Spengler. En privado, Spengler llamaba al partido nacionalsocialista «organización de desocupados y holgazanes» y al *Mito del siglo XX*, de Alfred Rosenberg, «un libro cuya única virtud es su número de páginas».

En el fondo, como ha apuntado acertadamente Koktanek, Spengler permanecía anclado en los ideales guillerminos y, pese a sus profecías «cesaristas», el mundo de los dictadores y las masas era extraño a su sensibilidad. Estamos ante la paradoja de un hombre que había barruntado con lucidez la descomposición de las *élites* y el abandono de las masas en brazos de sus dictadores. Contradicciones de este tipo son, sin embargo, más frecuentes de lo que se piensa: basta pensar en Croce y en su crítica de la mentalidad «masónica y democrática» para pasar después a rechazar el fascismo [16].

La postura de Spengler, en clara confrontación con el nacionalsocialismo, sobre todo en lo que respecta al racismo y al activismo, será compartida por una buena parte de la derecha germana y, en concreto, por el Deutsch-Nationale Volkspartei. Bajo esta denominación, se agruparon en el período weimariano monárquicos, viejos pangermanistas y conocidos personajes de las finanzas y de la burguesía. Pero la tentativa de esta «fuerza

nacional moderada» de distinguirse de los destacamentos hitlerianos se vino abajo como consecuencia del proceso de radicalización política: el DNVP será absorbido por los nacionalsocialistas en la coalición de enero de 1933. Su destino, de hecho, correrá paralelo al de de los nacionalistas italianos tras la Marcha sobre Roma.

A la cabeza del Deutsch-Nationale Volkspartei figuraba Alfred Hugenberg, nacido en Hannover, en 1865, y fallecido en 1951. Economista, participó en la comisión para la colonización en 1909, siendo llamado por Krupp a la dirección de su firma. Hugenberg fue, antes de la Gran Guerra, una de las personalidades destacadas de la Alldeutscher Verband o Liga Pangermanista. Habilísimo hombre de negocios, el «viejo zorro plateado» se las arregló para conservar su influencia tras el desastre de 1918. Controlaba buena parte de los periódicos del país y la compañía cinematográfica UFA, empeñada en una serie de películas en las que se exaltaban los valores patrióticos.

En las filas del DNVP figuraba otro exponente notable del pangermanismo: el juez Class. Nacido en Alzey en 1868, obtuvo un rotundo éxito en 1912 con su libro *Si fuese Emperador*. Defendía la abolición del parlamentarismo y su sustitución por un consejo de nobles, grandes propietarios y beneméritos, una suerte de «representación orgánica». Abogaba por la restitución de la importancia social de la tierra, la limitación de la especulación de los grandes capitales y la imposición a los judíos de una doble carga impositiva. Como presidente de la Liga Pangermanista, Class, era muy popular entre la alta burguesía, si bien declinó entrar en los ambientes financieros y militares del país. Tras la guerra recaló en el DNVP. A pesar de la confrontación con el partido nacionalsocialista, Class mantuvo en un principio buenas relaciones con los nacionalsocialistas. Protestó, por ejemplo, contra la pretendida expulsión del país de Hitler y como vicedirector de la revista *Deutschlands Erneuerung*, publicada en Munich por el edi-

tor Lehmann, ofreció sus columnas a conocidos nacionalsocialistas como Rosenberg y Frieck.

Los nacionalsocialistas acabarán por absorber a la Liga Pangermanista: de los cuarenta mil adheridos de 1922 tan sólo contaba con ocho mil doce años más tarde. Class endureció su posición con respecto a los nacionalsocialistas y, en 1930, llega a declarar: «Si Hitler toma el poder, destruirá al Reich alemán». Como muchos otros conservadores, Class será silenciado tras la proclamación del III Reich.

Otra importante personalidad del DNVP fue el economista Paul Bang, subsecretario en el primer gabinete de Hitler cuando Hugenberg fue nombrado ministro de Trabajo y Economía. Bajo el pseudónimo de Wilhelm Meister había publicado *La contabilidad de los débitos judíos* en el que se atacaba al capitalismo hebreo. Para nacionalizar la economía y frenar la especulación, Bang proponía la estructuración de la agricultura y la industria en corporaciones de trabajadores y empresarios. Éstos últimos debían revestirse de la mayor dignidad jerárquica a cambio de una mayor responsabilidad con respecto a sus empleados: se trata de la concepción del *Beriebsleiter*, más tarde desarrollada por el derecho nacionalsocialista. Bang formó parte de la Cámara de Diputados durante el III Reich.

El antisemitismo de Bang era compartido por buena parte de la militancia del DNVP, de tal forma que podemos considerar que, en conjunto, el partido era antisemita. Mosse, que ha reunido una gran cantidad de material propagandístico antisemita de aquellos años, ha publicado pasquines firmados por el DNVP en los que puede leerse: «¿Qué es Berlín? ¡El lugar de veraneo de los hebreos!». O un manifiesto electoral, fechado en 1932, en el que se reproducen los rostros de algunos de los prohombres demócratas con la siguiente leyenda: «¡He aquí los hombres que cuidan de la belleza y dignidad de la República!». En efecto, bajo la presión de las bases militantes, que consideraban a los judíos responsables de

las instituciones republicanas y del tratado de Versalles, la dirección del partido debió progresivamente hacer mayores concesiones al antisemitismo.

Sin embargo, «párrafo ario» alguno —como hubieran querido Wulle y Gräfe-Goldebee— fue jamás incorporado a los estatutos del partido, a pesar de que, ya en 1923, seis de las más importantes federaciones abogaban por la discriminación racial. Oskar Hengt, que dirigió el partido hasta 1924, reconocía que «la ola de antisemitismo facilitará la subida electoral», aunque no quiso comprometerse en tal estrategia. El conde Kuno von Westarp, por su parte, opinaba en el portavoz oficial de partido que «la llama del antisemitismo ha prendido en el DNVP». La escisión de Wulle y Gräfe-Goldebee, que abandonaban el partido como consecuencia de la tibieza de sus dirigentes sobre la cuestión judía, dio lugar al Deutsch-Völkische Freiheitpartei o, lo que es lo mismo, la materialización del antisemitismo en las filas de la derecha, cada vez más enconado.

Sin embargo, los judíos que permanecieron en el partido no fueron tan escasos como Mosse ha dado a entender. El jefe del grupo parlamentario era el notable abogado judío Reinhold Quaatz —que se quitó la vida tras la llegada de Hitler al poder—. Un importante dirigente de la Scherl-Verlag, casa editora de Hugenberg, era el judío Otto Scheurl; redactor-jefe del *Berliner Lokalanzeigers* era el doctor Breslauer, y entre los redactores encontramos los apellidos Goldschmidt —director editorial—, Aron, Rosenthal, Stern, Maritai y Schönfeld.

Hugenberg nunca quiso comprometerse a fondo en campaña antisemita alguna, puesto que consideraba que tales posiciones distraían del verdadero objetivo a combatir: el comunismo y la República. También Oswald Spengler opinaba de manera análoga: desviando todo el odio hacia los judíos, lo que se trataba de conseguir, en realidad, era disculpar a los responsables de origen germano.

A estas alturas, quizá pueda resultar paradójico el hecho de la presencia de judíos en un partido sustancialmente antisemita. Sin embargo, los ideales patrióticos y nacionalistas estaban profundamente enraizados en la sociedad de la época y la burguesía hebrea no era una excepción. Dietrich Bronder [17] ha examinado la actitud de los judíos en el ámbito del nacionalismo germano y gracias a él podemos comprender hoy algunas presencias y eventos.

En 1921 fue legalizado el Bervand nationaler Juden, liga que inició sus actividades con apelaciones a la unidad nacional y llamamientos a los «¡Hebreos nacional-alemanes! Hombres y mujeres de origen judío pero verdaderos alemanes...». Y continuaba: «¡Nosotros no concebimos un frente hebreo fuera de un frente germano unido! Deseamos colaborar en la construcción de la patria alemana, codo con codo con nuestros compatriotas no hebreos... ¡Alemanes entre alemanes, semejantes entre sus semejantes!». El manifiesto estaba firmado por numerosas personalidades de la cultura judía. En 1934, en plena persecución hitleriana, la citada liga se declaraba, sorprendentemente, solidaria con Hitler y el nacionalsocialismo quienes, al destruir una democracia servil a los intereses extranjeros, merecían el voto de los buenos patriotas: «Nosotros, miembros de la Liga de los Judíos Nacionales fundada en 1921, tanto en la guerra como en la paz, hemos puesto por encima de nosotros los intereses de la patria y del pueblo alemanes a los que nos sentimos ligados con indisolubles vínculos. De ahí, que hayamos acogido favorablemente la victoria de enero de 1933, pese a la dureza con la que se nos ha considerado, porque veíamos en ella el único medio capaz de reparar el daño infligido al país a lo largo de catorce años por elementos no alemanes» [18].

Buena parte de la población judía alemana tuvo unos sentimientos fuertemente patrióticos que le llevaron incluso a simpatizar con Hitler, de ahí que en absoluto pueda sorprendernos su presencia en las filas del DNVP.

El DNVP fue la mayor organización política patriótica alemana hasta la ascensión del nacionalsocialismo. De los cuarenta y cuatro escaños de 1919 pasó en 1920 a setenta y uno, para llegar, más adelante, a noventa y cinco, y ciento tres en las dos consultas de 1924. Sus contactos monárquicos, sus relaciones con el mundo financiero e industrial y el apoyo masivo del clero protestante —que veían en el partido la custodia de la herencia prusiano-luterana— constituyeron los pilares de su fortaleza. Asimismo, el DNVP, contó con el poderío propagandístico de la empresa cinematográfica UFA, las simpatías de la liga paramilitar Stahlhelm y el apoyo indirecto de la organización sindical Deutschnationale Handlungsgehilfen Verband, a la que estaban adheridos casi medio millón de empleados. Su debilidad residió, sin embargo, en su incapacidad para configurar un partido de masas y de animar un activismo parejo al nacionalsocialista. La radicalización de la lucha política, agravada por la crisis económica desatada en 1929, marcó el inicio de su final.

Mientras en las elecciones de ese mismo año el DNPV consigue setenta y tres escaños y el partido nacionalsocialista sólo una docena, un año después los hitlerianos obtuvieron ciento siete diputados, mientras los nacional-alemanes perdían treinta. La triunfal ascensión del partido de Hitler convertía al DNVP en una fuerza comparsa a la que acabarán por absorber.

El destino de los conservadores fue el de preparar el terreno al hitlerismo con el que compartían su política de *Welstanschauung* nacional-racial (*völkisch*), aunque les separaran sus sentimientos religiosos, la simpatía por la monarquía y una política antisemita moderada. Hitler los acogió en sus filas —entre ellos, los «barones» Von Papen, Von Neurath y Von Krosig—, si bien hubo fricciones dignas de consideración. Uno de estos casos fue el de Edgar Jung, brillante abogado muniqués y colaborador de Von Papen, autor de *El dominio de los inferiores, su decadencia y sustitución por un nuevo reino*, aparecido en 1927, y al que se definió

como «biblia del nuevo conservadurismo». En él, tras una crítica a la democracia, se predica el advenimiento de un «tercer Reich» que surgirá de los valores cristianos y aristocráticos: «Los alemanes estamos llamados a reconstruir la verdadera jerarquía de los valores». Jung fue el inspirador del famoso discurso de Marburgo —17 de junio de 1934— en el que el vicecanciller Von Papen protestó contra los métodos usados por los nacionalsocialistas para amordazar a los adversarios y los aliados incómodos. La respuesta no se hizo esperar: tanto Jung, como el secretario de Von Papen, Von Bose, como el secretario de la Acción Católica, Klausener, murieron dos semanas más tarde en el curso de la llamada «Noche de los cuchillos largos». El nacionalsocialismo había tomado el poder con los nacionalistas, conservadores y monárquicos, pero quería gobernar en solitario.

Ideas no muy alejadas de las de Jung —corporativismo, retorno al Sacro Imperio— tuvieron eco en Austria de la mano de Othmar Spann y de su círculo. Nacido en Viena en 1878, se dio a conocer con su libro *Der Wahre Staat*, en el que se compilan diversas lecciones dictadas en la Universidad de Viena a lo largo de 1920 y que constituye uno de los primeros referentes del renacimiento del nacionalismo austriaco. Especialista en economía política y teoría del Estado, desarrolló una doctrina de la sociedad que popularizó a través de la revista *Ständisches Leben*. Junto a sus discípulos Jakob Baxa y Walther Heinrich, Spann se remontó a la tradición de los románticos alemanes —Adam Müller, Beader, Friedrich Schlegel— y al «Estado orgánico» de inspiración medieval.

El punto de partida es el examen del organismo humano, al que Platón en su *Política* ya le dedicó atención. Como en el organismo humano, en el que función alguna de las partes es autónoma, estando todas subordinadas al conjunto, así también, en la sociedad, debe existir una jerarquía de los cuerpos sociales. El Estado orgánico, al tiempo que introduce la idea de colectividad, se di-

ferencia claramente de la concepción liberal que conduce indefectiblemente al individualismo.

Los conceptos individualismo y comunismo son superados por la idea de «universalismo», un sistema que sitúa la libertad bajo la autoridad. Esta revolución de carácter nacional-corporativa está ya prefigurada, según Spann, en Fichte y en Adam Müller. Genéricamente, el romanticismo era para él la genuina contribución germana al pensamiento europeo, llegando a afirmar que si el pueblo alemán desapareciese un día de la faz de la tierra, la crítica al iluminismo permanecería, sin embargo, en la historia de la humanidad [19].

La revolución alemana es justamente lo contrario de la revolución francesa: mientras ésta representa la decadencia de los antiguos organismos y la ascensión del individualismo, aquélla sería la instauración de una nueva organicidad nacional y corporativa:

«Nuestra crisis y nuestra revolución son la contrafigura de la gran revolución francesa.

«Esta última ha significado la afirmación política de la idea individualista elaborada durante siglos y que penetrado hasta los estratos más profundos de la cultura de la época; ha significado la victoria política del espíritu individualista y el pleno desarrollo del liberalismo y del capitalismo. Todo lo contrario acontece con la revolución actual; no se trata de la última fase de maduración de la revolución francesa, sino el primer y violento contragolpe; un movimiento de alejamiento de aquélla y del individualismo» [20].

La revolución que Spann y su círculo anhelaban estaba dirigida contra el capitalismo y el socialismo, expresiones ambas de una economía del desarraigo, que tan sólo conoce de individuos o grupos, no de la totalidad orgánica. Una política tal, sólo podría afirmarse mediante la fundación de organizaciones intermedias entre el Estado y el individuo, cuerpos sociales que conecten al hombre con la comunidad protegiéndolo de la explotación y de la manipulación marxista:

«El ordenamiento de la vida corporativa significa crear una tupida red de vivas relaciones personales capaces de sustituir el actual estado democrático centralista y las relaciones abstractas, mecánicas e impersonales entre el individuo y la "totalidad".

«De ahí que, en el ordenamiento corporativo, la lealtad, el derecho y la costumbre ocupan un lugar muy distinto del que poseen en el marco de un ordenamiento mecánico individualista, desposeído de alma» [21].

Las ideas de Spann adquirieron carta de oficialidad en el Estado autoritario austríaco de los años treinta. Pese a que en *Der wahre Staat* se aboga por la unión de Austria y Alemania —unión destinada a renovar el Sacro Imperio Romano— y haber colaborado con Rosenberg en la liga Kampfbund für deutsche Kultur, la praxis del régimen nacionalsocialista en Alemania, no despertó en él grandes simpatías. Tras el *Anschluss*, Spann fue encarcelado. Tras su liberación, morirá años después, en 1950, en Viena. La revista *Zeitschrift für die Ganzheitsforschung*, dirigida por Walther Heinrich, persistió en sus ideas.

Notas

[1] Oswald Spengler, *Briefe 1913-1936*, Munich, 1963.

[2] «La civilización se tropieza con un concepto tal y lo destruye por medio del Cuarto Estadio; esto es, la masa, la cual rechaza radicalmente todo cuanto es cultura, cualquier forma congénitas a la civilización. Aquél representa en absoluto lo informe, persigue con odio cualquier forma, diferencia de rango, propiedad ordenada, saber organizado. Es el nuevo nomadismo de lo cosmopolita, por el que esclavos y bárbaros de la antiguedad, los *sudra* de la India y, en fin, cualquier tipo humano, se disuelven en igual medida en la misma ola, lejos de los orígenes, ajenos a su pasado y carentes de un futuro. Con el Cuarto Estado retrocede el concepto de historia, para entrar en el de la no-historia. La masa es el final, lo nulo llevado a su última expresión» (*Il tramonto dell'Occidente*, Milán, 1957, p. 1.210. Trad. española: *La decadencia de Occidente*, Espasa-Calpe, Madrid, 1966, 2 vols.).

[3] «Reden und Aufsatze», en *Pessimismus?*, Munich, 1951, p. 79.

[4] Oswald Spengler, *op. cit.*, carta a Hans Klores fechada el 18-XII-1914.
[5] Oswald Spengler, *Briefe..., op. cit.*
[6] Oswald Spengler, *Briefe..., op. cit.*
[7] «Presussentum und Sozialismus», en *Politische Schriften*, Munich, 1934.
[8] «Presussentum...», en *op. cit.*, p. 32.
[9] «Presussentum...», en *op. cit.*, p. 33.
[10] «Presussentum...», en *op. cit.*, p. 10.
[11] «Presussentum...», en *op. cit.*, p. 89.
[12] «Presussentum...», en *op. cit.*, p. 55.
[13] «Das Doppelantlitz Russlands und die deutschen Ostprobleme», en *Politische..., op. cit.*, p. 123.
[14] *Briefe..., op. cit.*, carta a Warhold Drascher de fecha 3-V-1936.
[15] Oswald Spengler, *Politische...*, op. cit., X.
[16] Véase, por ejemplo, el capítulo «Croce uno e due» en Paolo Vita-Finzi, *Le desilusioni della libertà*, Florencia, 1961.
[17] Dietrich Bronder, *Bevor..., op. cit.*, pp. 316 y ss.
[18] Citado por Ohjalmar Schacht, *Anregung mit Hitler*, Hamburgo, 1948, p. 48.
[19] Othmar Spann, *Der Wahre Staat*, Jena, 1938, p. 70.
[20] Othmar Spann, *op. cit.*, p. 79.
[21] Othmar Spann, *op. cit.*, p. 189.

Capítulo V
El Movimiento Juvenil y la utopía neorromántica

OSWALD Spengler y Moeller van den Bruck, aún estando acompañados por la resonancia de sus *slogans* nacionalistas y socialistas prusianos, no dejaban de ser intelectuales constreñidos a un número de lectores limitado. La ideología conservadora no hubiera pasado de ser un mero fenómeno literario sin la presencia de grupos que la popularizaron y la hicieron llegar a millones de personas. Estos grupos constituían el llamado Movimiento Juvenil (Jugendbewegung) y las asociaciones paramilitares, y fueron de una importancia fundamental para comprender el desarrollo del nacionalismo durante el período republicano.

El Movimiento Juvenil surgió a principios de siglo de la mano del estudiante berlinés Karl Fischer, fundador de la organización Wandervögel o «aves migratorias» [1]. Al principio, se trataba sólo de un puñado de muchachos del barrio berlinés de Steglitz que se reunían en la Hasenheide —desdedonde «Papá Jahn» movilizó a la juventud alemana contra Napoleón— y marchaban de acampada a las landas de Brandenburgo. Uno de sus libros de cabecera era precisamente *Wanderungen durch die Mark Brandenburg*, de Fontane, verdadero canto al áspero paisaje brandenburgués que, con sus arenales y brumas, constituía una auténtico símbolo del carácter prusiano.

En 1904 los Wandervögel alcanzaron el millar de asociados extendiéndose por toda Alemania. Diez años más tarde ya eran,

según datos de Dietrich Bronder [2], treinta mil, al tiempo que se desarrollaban otros grupos paralelos afines. En 1910 y con el objeto de dotar de instalaciones para pernoctar a los grupos, Richard Schirmann, joven profesor, fundó los primeros albergues, de tal manera que la Reichsverband für deutsche Jugendherbergen, en 1929, contaba con cien mil inscritos y casi dos mil doscientos albergues. Schirmann sería más tarde el fundador de la Asociación Mundial de Albergues Juveniles, la más importante conquista del movimiento Wandervogel.

Comúnmente se ha considerado a los Wandervögel como una suerte de *boys-scouts*. Tal apreciación es inexacta; se trataba, antes al contrario, de grupos animados por un iracundo espíritu antiburgués que se expresaba a través de la exaltación de la vida rural y del concepto de camaradería. Eran la expresión de una inquietud que maduró en el decenio que precedió a la Gran Guerra y que desembocó en un movimiento de carácter revolucionario-conservador. A pesar de estar alejados de la política, en general, y de la vida de los partidos políticos, en particular, los Wandervögel eran profundamente nacionalistas y leían al Langbehn de *Deutsche Shriften* o al Chamberlain de *Die Grundlagen des XX Jahrundert*. «La joven Alemania —escribía Gurlitt, primer presidente del Consejo Directivo de los Wandervögel— comprende el libro de Langbehn, aprecia a Lagarde y se entusiasma con Chamberlain». Sin embargo, el puesto de honor lo ocupaba el *Así hablaba Zaratustra* de Nietzsche, declamado en todos los fuegos de campamento.

En sus proyectos de regeneración del país ocupaba una preeminente consideración las ideas de *Führer* y *Führerprinzip*; esto es, la obediencia ciega al jefe, jóvenes profesores y veteranos estudiantes, que se caracterizaban por su valentía, personalidad e idealismo. Gracias a los Wandervögel, el término *Führer*, se popularizó lo suficiente para que años más tarde su aceptación no resultara en absoluto problemática. Tal regeneración conlle-

varía el establecimiento de un «orden viril» (*Männerbunde*) forjado por pequeñas *élites* que hacían de los conceptos de amistad y camaradería un verdadero culto [3].

En la vida de los Wandervögel ocupaba un destacado lugar la presencia de antiguos símbolos germanos, entre ellos la cruz gammada. Tras el estallido de la guerra de 1914, algunos batallones formados por voluntarios procedentes de las organizaciones del Wandervogel, llevaron al frente dicho símbolo como emblema de sus destacamentos. Cuando a menudo se escribe que los nacionalsocialistas copiaron la cruz gammada de los Cuerpos Francos que, a su vez, lo trajeron de los países bálticos, no podemos dejar de pensar en la inexactitud de este dato [4]: las formaciones de los Cuerpos Francos se reencontraron con la cruz gammada en tierras letonas, pero no es menos cierto que ese símbolo formaba ya parte de la parafernalia de muchas asociaciones nacionalistas de anteguerra. Otra antigua tradición recuperada por los Wandervögel eran las celebraciones de los solsticios en determinados parajes o ante sepulturas megalíticas, con grandes fogatas, cánticos y discursos, entre las que destaca la celebrada en el monte Meissner, en 1913, y a la que asistieron unos cuatro mil acampados. Oficialmente, los «aves migratorias» no eran antisemitas, pero de hecho, en el noventa por ciento de las secciones no figuraban judíos, habiendo introducido algunas de ellas en sus estatutos «limitaciones arias». En un número de la revista *Wandervögel Führerzeitung* podía leerse: «No puede comprenderse la presencia de un judío en la fiesta del solsticio». La cuestión de la admisión o no de hebreos fue punto de discusión durante años. Surgió en 1913, cuando una muchacha judía quiso inscribirse. La polémica duró hasta 1926 y, aún así, ni siquiera se admitió a judíos rubios y de ojos azules, «más arios que los propios arios» [5]. Este ideal de belleza nórdica era, obviamente, uno de los principios más firmes del Jugendbewegung, arquetipo que se transmitirá al nacionalsocialismo.

Georg Mosse, que ha investigado en profundidad los archivos de y sobre los Wandervögel, ha sacado del olvido a Karl Köppner —más conocido con el apodo «Fidus»—, uno de los más populares dibujantes del movimiento juvenil: «Su propósito era hacer visible el mundo de lo invisible, dar forma a los principios sacros, espirituales, nacional-patrióticos [...] llevar al pueblo la fe de un "océano místico", de un mundo ultraterreno, trascendental... La obra más famosa de Fidus representa a un joven desnudo sobre una roca en posición como si fuese a emprender el vuelo, mientas el sol, a su espalda, lo baña de luz. Fidus había dado forma a la esperanza de los jóvenes en contacto con el cosmos...» [6].

Al acercarnos al tema de la «belleza nórdica desnuda», tocamos uno de los aspectos más problemáticos del movimiento Wandervogel, como es el del culto a la amistad masculina. Esta cuestión fue abordada en un célebre libro, aparecido en 1912, *Die Rolle der Erotik in der mannichen Gesellschaft*, de Hans Blüher, teórico del Jugendwebegung, y a la que dedicó varios libros, entre ellos *Wandervögel, Geschische einer Jugendwebegung* y *Die deutsche Wandervögelbewegung als erotisches Phanomen*. Escribió, además, una autobiografía titulada *Werke und Tage*, sobre religión; *Der Standort des Christentums in der lebendigen Welt*, y el ensayo de carácter antisemita *Die Erhebung Israels gegen die christlichen Güter*.

En la particular visión de Blüher el erotismo tendría dos polos inesquivables: uno, la atracción por la mujer y, el otro, la amistad masculina. Del primero, surgiría la familia, la sociedad burguesa; del segundo, la camaradería, el heroísmo, el Estado. Se trataría de un orden de ideas familiares para quien ha leído los diálogos de Platón o ha llegado al platonismo a través de escritores germanos de Winckelmann a George.

Todas las manifestaciones asociativas de índole superior estarían marcadas unívocamente por una tendencia homoerótica:

«Los dos principios que gobiernan el género humano son, de un lado, la tendencia a la formación de núcleos familiares alimentada por el erotismo femenino, y, de otro, la "sociedad masculina" que debe su existencia a un erotismo masculino y que se manifiesta a través de las asociaciones masculinas...

«Así, podemos hacernos a una idea de la familia suprema que forman las asociaciones masculinas como de una sociedad cuyo humanitarismo no se apoyaría sobre la piedad, sino sobre Eros y que surge, no de la erudición, sino del espíritu» [7].

Todas las asociaciones superiores a la familia, las relaciones entre maestro y discípulo, entre condiscípulos, entre cadetes y oficiales son medidas por Blüher por ese rasero. Su modelo es la academia platónica, las escuelas de cadetes prusianos y las órdenes de carácter templario. Todos estos grupos —con razón o sin ella— vendrían a representar el ideal de amistad homoerótica. La vida militar y el heroísmo eran reconducidos a esta singularísima perspectiva: «En cualquier lugar donde se manifieste el *ethos* allí estará Eros... La vertebración guerrera de un pueblo —contrariamente a los que sostiene el iluminista y el demócrata— no tiene como único acervo el programa nacional de defensa [...] sino que abrazaría fundamentalmente una idea de orden superior cuyos contenidos no son obvios. Cualquier manifestación de esta índole no se hace patente sin la presencia de Eros. No existe asociación activa capaz de desarrollarse si no es capaz de dotarse de un sistema, secretamente resuelto y portador de una idea social dominante» [8].

Blüher, militante de primera hora de los Wandervögel, recuerda con complacencia la exclusión de las muchachas de los primeros grupúsculos, la camaradería, el espíritu aventurero y el desprecio por lo «burgués». El burgués es, de manera arquetípica, el judío, al que se le achaca su falta de entusiasmo por la amistad, valor sobre el que los jóvenes alemanes han fundado los *Bünde* o ligas. Los judíos padecerían una incapacidad congé-

nita para crear un orden viril («sie leiden an einer Männerbundschwäche»), que surge de su escasa disposición por la camaradería de carácter deportivo y militar. Por el contrario, los alemanes y, sobre todo, los alemanes de ascendencia nórdica, están siempre dispuestos a estas nuevas tendencias *efébicas* representadas por las ligas: «El orden es el lugar de nacimiento y el factor de aquel modo de vida que fue llamado *areté* por los griegos. Esta palabra nace con el hombre. Le hace comprender el empeño en el que está embarcado. Nuestras acciones más importantes, más entusiastas, más puras y, como suele decirse, más desinteresadas, nacen de la luz de un hombre superior que se ha trazado un destino» [9].

La ideología *bündisch* no representó mayoritariamente ese factor homoerótico teorizado por Blüher. Los *blüherianos* eran, de hecho, una pequeña minoría y cuando el líder de los Wandervögel Jansen quiso popularizar el nudismo y los «baños de aire» fue expulsado del movimiento bajo la acusación de homosexualidad. Todo ello nos lleva a pensar en todo un conjunto de aspectos, ciertamente interesantes, que nos ayudan a comprender ciertos acontecimientos, que conformarán los inicios del movimiento nacionalsocialista, y que tienen sus raíces en el movimiento de los Wandervögel.

El zarpazo de la guerra hizo mella en las filas de los Wandervögel: de doce mil voluntarios, más de la mitad cayeron en el frente. Entre ellos Walter Flex, autor del famoso *Der Wanderer zwischen zwei Welten*, y Hans Breuer. El espíritu de estos voluntarios, fue simbolizado en el episodio de Langemark, cuando el 11 de septiembre de 1914, los Wandervögel avanzaron a pecho descubierto ante el fuego inglés cantando el *Deutschland, Deutschland über alles*, con escaso pragmatismo militar, pero con indiscutible espíritu de sacrificio.

«En la parte occidental de Langemark —comunicaba lacónicamente el estado mayor germano— jóvenes combatientes can-

tando el "Deutschland, Deutschland über alles" irrumpieron ante la primera línea enemiga y la tomaron».

Se trata de un episodio trascendente que permite comprender, al menos tanto como las relaciones de Hitler con Thyssen y Krupp, cuál era la base de la moral de postguerra sobre la que se desarrollará el nacionalsocialismo. «Los que volvieron —ha escrito Armin Mohler—, regresaron cambiados». En las trincheras quedaba aquel carácter vivo y bohemio, la tolerancia y la curiosidad que había caracterizado al movimiento durante el período guillermino de los primeros Wandervögel. En 1913, Gustav Wyneken, quien trató de fundir el socialismo y la filosofía nietzscheana en una síntesis «humanística», aún pudo poner en guardia a los estudiantes reunidos en el monte Meissner contra el nacionalismo oficial. Ya en aquella época las tendencias republicanas, e incluso socialistas, serpenteaban en las filas de los Wandervögel.

Pero la guerra y, más aún, la humillación de Versalles radicalizaron el Jugendbewegung escorándolo a la derecha. Karl Bittel provocó una escisión por la izquierda, mientras Frank Glatzel se convirtió en líder del ala nacionalista. En el marco de este complejo proceso de atomización, el movimiento juvenil dejó atrás su carácter bohemio de antaño y se orientó hacia formas de actuación abiertamente paramilitares: «La "orda" libre se transformó en compacta "tribu"; las tertulias de "nido" se convierten en "servicio"; las marchas campestres se organizaron con órdenes y proclamas. Tambores, cornetas, soldados violentos e himnos de los lansquenetes acompañaban las manifestaciones de esta juventud» [10].

Del fraccionamiento del movimiento juvenil surgieron tal cantidad de «órdenes» que acabaron con el ideal de *élite* revolucionaria del Männerbund, para terminar formando parte de los cuadros del activismo nacionalista.

Una de estas facciones fue fundada, nada más acabar la Gran Guerra, por el pastor berlinés Völkel. Se autodenominaban los

Weisse Ritter (Caballeros blancos) y cultivaban el mito del Graal y se preparaban espiritualmente para lo que ellos llamaban «última batalla de los alemanes». Tales ideas las volveremos a encontrar en las SS hitlerianas: colonización armada, «consagración de la juventud» y búsqueda de los ancestros. Völkel aseguraba que «los hebreos tendrían una suerte tremenda si abandonaban rápidamente Europa». A estos «caballeros blancos» pertenecieron en sus años mozos el poeta Paul Alverdes y el futuro premio Nobel de física Werner Heisenberg.

Völkel fue, más tarde, el jefe del Deutsche Pfadfindern que, con el Bündische Jugend, el Grossdeutschen Jugendbund y el Jungnationalen Bund, convergerán en el Deutsche Freischar, organización que, en 1933, se integrará en la Hitlerjugend, verdadero polo de atracción de aquéllos grupos.

Otro Männerbund de ideología caballeresca fue la liga Jungdeutscher Orden, fundada por el ex oficial de Kassel Arthur Mahraun, organización de la que se proclamó Gran Maestro. Publicó, desde 1924, el diario *Der Jungdeutsche* y, a partir del siguiente año, el mensual *Der Meister*. Mahraun es el autor del manifiesto *Über die Einführung der allgemeinen Arbeitsdienstpflicht*, contribuyendo a la idea que encontrará amplio eco en el Reich nacionalsocialista: el concepto de trabajo juvenil obligatorio. Si atendemos a las estimaciones efectuadas por Mosse, el Jungdeutscher Orden debió contar, en sus mejores momentos, con unos ciento veinte mil asociados. Ello debió estimular a Mahraun a entrar en el juego de la política y fundar el partido Volknationale Reichsvereinigung que, al fusionarse con el Deutschen Demokratischen Partei, de Erich Koch-Weser, dará lugar al Deutsche Staatspartei, un partido con claras connotaciones liberales. La hostilidad de Mahraun hacia la liga paramilitar Stahlhelm, así como al partido nacionalsocialista, le llevarán, tras la conquista del poder por Adolf Hitler, al ostracismo.

Próximas al nacionalsocialismo estuvieron, entre otras, tres ligas juveniles: la de los Adler, los Falken y los Geusen —esta última denominación, «desharrapados», hace referencia a los *guex* de la guerra de liberación holandesa—. Para estas organizaciones, era factor decisivo la cuestión geográfica, pues operaban en los Sudetes donde atizaban el irredentismo contra el Estado checoslovaco. Los Geusen fundaron en la ciudad de Troppau cooperativas que servían para proteger los intereses de los artesanos alemanes y la defensa de la cultura germana, mostrando así cuáles eran los nuevos problemas a los que se enfrentaban los jóvenes de postguerra. El optimismo de los primeros Wandervögel había dado paso, como consecuencia de la guerra, a la inflación, la crisis económica, los problemas de las minorías alemanas, y la amenaza comunista, a una conciencia militante, verdadera avanzadilla del nacionalsocialismo.

A este respecto, escribe Armin Mohler: «No es posible volver al ambiente caótico-anárquico del Wandervogel de preguerra, en la medida que el telón de fondo, la mentalidad burguesa guillermina ya no existía [...] el desastre impone retos más duros, en consonancia con la nueva realidad. Así, el movimiento juvenil de postguerra, para conseguir salvar parte del entusiasmo de primera hora, adquiere un semblante más áspero y más impersonal. Ello se manifiesta fundamentalmente a la hora de expresarse en política, hecho que, antes de 1914, era considerado como un mundo irrelevante y carente de valores» [11].

Las corrientes del Jugendbewegung que, fieles a los orígenes, despreciaban al movimiento hitleriano y al propio Hitler como un «politicastro», estaban cada día más en precario. En el número 2, de 1930, en las columnas del *Nationalsozialistische Monatshefte*, se vierten mofas sobre los Wandervögel que creían custodiar el ideal nacional marchando entre los bosques, mientras la juventud hitleriana arriesgaba la vida en sus enfrentamientos con los comunistas en los barrios obreros de Berlín.

En la práctica, el nacionalsocialismo se iba convirtiendo, cada vez más, en el único polo de atracción para la juventud alemana.

La creciente conciencia política del Jugendbewegung y el aumento de las vocaciones políticas se manifestaron en el recrudecimiento del antisemitismo entre los jóvenes de extracción universitaria. En los primeros meses de la Gran Guerra, la situación de los judíos era ciertamente dificilísima. A finales del siglo XIX era común la exclusión de los hebreos de las corporaciones universitarias. En Austria, como consecuencia de la resolución Waidhof (1896), los hebreos no podían batirse en duelo ya que se trataba de un «pueblo desprovisto de cualidades caballerescas». En 1919, con la resolución Eisenach, las corporaciones estudiantiles germanas procedieron a excluir incluso a las personas casadas con judíos. En 1925 se añadió a este problema un enconado conflicto entre los universitarios y el Ministerio de Instrucción Pública prusiano.

La asociación Deutsche Studentenschaft pretendió fusionarse con su homóloga austríaca para demostrar, así, su vocación de articular un solo pueblo. Pero los estudiantes austríacos practicaban desde hacía tiempo una muy rígida discriminación contra sus compañeros judíos. Con este *Anschluss* estudiantil la discriminación se hubiese extendido a toda Alemania. El ministro social-demócrata de Instrucción Pública Becker advirtió a la Deutsche Studentenschaft que, caso de producirse tal exclusión con respecto a sus compañeros judíos, le cortaría las subvenciones y subsidios estatales. Sin embargo, los universitarios prefirieron perder aquellas ventajas antes de renunciar a sus ideas antisemitas: el plebiscito de 1927 sancionó por aplastante mayoría la exclusión de los judíos. No nos debe extrañar, pues, que la juventud imbuida por tales ideas apoyase los *putsch* de Kapp, en 1920, y de Hitler, en 1923. De hecho, los nacionalsocialistas, dos años antes de la toma del poder, controlaban casi por entero el movimiento estudiantil. En 1931, en el gran congreso univer-

sitario celebrado en Graz, los nacionalsocialistas obtuvieron la mayoría absoluta gracias, sobre todo, a la delegación austríaca fervientemente antisemita. Además, la presidencia del congreso fue ocupada por el líder de los estudiantes nacionalsocialistas Gerhard Krüger. De ahí, que en los primeros pogromos antisemitas organizados por los nacionalsocialistas, nada más alcanzó el NSDAP el poder, veamos en vanguardia a los estudiantes.

El ideal *bündisch* conectaba con la utopía germánica de regeneración popular sin renunciar a las raíces campesinas y la necesaria renovación de las *élites* dirigentes. Se trataba de una revolución silenciosa, articulada por pequeños núcleos cuya identidad fijaba sus referentes en los orígenes, ya fueran éstos naturales, raciales, campesinos, etc.

Estas *Bünde* o ligas juveniles —herederas en gran parte del Jugendbewegung— transmitirán no pocos mitos e ideas al emergente movimiento nacionalsocialista.

El fundador de esta utopía fue Willibald Hentschel, discípulo de E. Häckel —teórico de una suerte de darwinismo racista y aristocrático—. Hentschel, personaje popularísimo en el ámbito del movimiento juvenil es autor de dos obras importantes en las que, respectivamente, expresa una filosofía de la historia sobre una base racial, al tiempo que propone la figura del *Mittgart* o «espacio vital» destinado a romper el ciclo de decadencia germana.

Mittgart o *Midgard* es, en la mitología nórdica, el «país del centro», la tierra del equilibrio humano. La elección de esta denominación obedece a un deseo de retorno al orden primigenio. Para Hentschel, los habitantes de este «país» deberían pertenecer al tipo nórdico y sin mezclas, rechazar la civilización para vivir en contacto con la naturaleza, y hallar en los cantos y sagas el sentido auténtico de la tradición germana. El objetivo de este «país» sería la procreación de elementos racialmente puros y, en este sentido, Hentschel no dudó en aprobar la poligamia,

como ya había propuesto Platón en *La República*. Los niños nacidos de tales uniones habrían de ser educados por la comunidad hasta los dieciséis años —lejos del «polvo de los pupitres»—, donde aprenderían el uso de las armas, la mitología nórdica y los himnos tradicionales. Únicamente así, podría combatirse la sociedad burguesa.

Las ideas de Hentschel encontraron, sin embargo, muchos detractores y no pocas críticas cargadas de ironía: el rotativo conservador *Kreuzzeitung*, por ejemplo, se mofaba de esta «educación para polluelos». Ello, sin embargo, no impidió la enorme difusión de sus libros y una influencia determinante. Sus tesis calaron en una serie de publicaciones como, por ejemplo, la revista *Heimdall*, nombre del gallo mitológico que llama a los espíritus del Walhalla al combate final, y desde cuyas columnas se auspiciaba la fundación de colonias de «arios puros» en el Mar del Norte. También en las novelas de Magarete Hunkel se exaltó este espíritu del *Mittgart*.

Tras la guerra se pasó de la teoría a la práctica. En Briendhablik, cerca de Danzing surge una colonia donde se practicaba el nudismo, la higiene racial y sus miembros eran vegetarianos: una «comunidad aria supranacional», en suma. Otra colonia fue fundada en Sontra, Asia, llamada «Donnershag», cuyo nombre hacía referencia al dios germánico de las tempestades Donner. Su fundador fue Ernst Hunkel, activista nacionalista, presidente del grupo Deutschen Ritter y de ideología racial-comunitaria. Los proyectos de Hunkel preveían una serie de «primaveras sagradas», que darían paso a la progresiva multiplicación de estas comunas por todo el territorio nacional. Fue el fundador de la colonia «Siegfried». La colonia «Vogelhof», fundada en 1920 en Hellerau, al contrario que sus homólogas paganas, tenía un carácter protestante, si bien con claros tintes lagardianos y antisemitas. Esta colonia, donde la educación física y el vegetarianismo ocupaban un lugar muy importante, tenía su emplaza-

miento en «un amplio paraje rodeado de escarpados picos y gargantas salvajes, profundos bosques y solitarias landas donde con frecuencia silbaban los vientos». Un paisaje ciertamente fascinante, pero poco apto para la agricultura. La vida de la «Vogelhof», como el resto de colonias utópicas, fue efímera.

Las primeras colonias agrícolas no pudieron con la cruda realidad y las tentativas posteriores hubieron de plegarse a criterios más pragmáticos. Así, Friedrich Scholl fundó una escuela-convento cuyos trabajos garantizaban la supervivencia de la colonia. Actividades intelectuales y trabajos de la tierra combinados con una educación basada en el espíritu racista-nacionalista en contacto directo con la naturaleza. Scholl seguía, así, el ejemplo de Hermann Lietz, quien, en una viaje a Inglaterra, quedó impresionado en su visita al *college* de Abbotsholm, dirigido por el doctor Reddie, y en el que se educaba a los jóvenes desde parámetros estrictamente nacionalistas. En Abbotsholm se cultivaba la educación física, se forjaba a los alumnos un fuerte carácter y se estudiaba la historia del país de un modo sugestivo: a través de ceremonias y celebraciones. «Instrucción significa imperio», era el lema de Reddie.

Lietz fundó, en 1898, una escuela de similares características en su país, una segunda años después, para adquirir más tarde el castillo de Bieberstein. En tres décadas Lietz abrió cuarenta escuelas por toda Alemania, centros donde se daba una gran importancia a la educación física, las tradiciones, la música patrióticas, etc. El contacto con la naturaleza era un aspecto irrenunciable: Lietz pretendió siempre que sus discípulos se desembarazaran de la mentalidad urbana. Martin Luserke, fundador de una de estas escuelas en la isla de Sult, afirmaba que su objetivo era educar a los jóvenes para que tuvieran la capacidad de «afrontar grandes trabajos». No nos debe extrañar, por tanto, que del alumnado de estos centros surgiera un buen puñado de activistas nacionalistas y que el sucesor y discípulo de Lietz, Al-

fred Andreesen, en 1933, encajase las Lietz-Schulen en el sistema educativo nacionalsocialista sin apenas dificultades. Las Adolf Hitler-Schulen, donde se preparaba física, militar e intelectualmente a miles de jóvenes, fueron obra de Andreesen y bien pudieran considerarse la culminación de la obra emprendida por Hermann Lietz.

La más importante experiencia agrícola emprendida por el movimiento nacionalista fue la del grupo llamado Artam, inspirado por Hentschel. Se trataba de una «corporación heroica de trabajadores del campo», cuyo objetivo era la regeneración del campesinado y la defensa armada de las tierras orientales. Con la liga Artam —nombre de una divinidad indoaria— y con el propio Hentschel, colaboraron estrechamente Bruno Tanzmann, activista nacionalista, editor de un *Calendario de la cruz gammada* y amigo personal de Dietrich Eckhart y Adolf Hitler, y el antiguo miembro de los Wandervögel George Stammler, autor de obras tan importantes en los ambientes juveniles como *Feuer übers land*, *Deutsche Sonnewende* y *Worte an eine Schar*.

Pero la puesta en marcha de las ideas de la Bund Artam no alcanzará su punto máximo hasta su fusión con la liga denominada Adler und Falken, capitaneada por el joven nacionalsocialista Wilhelm Kotzde-Kottenrodt que, en 1920 y en un enfrentamiento con milicianos comunistas, había sufrido graves heridas. Kotzde comprendió como nadie que el «utopismo agrícola» debía ser dotado de un sistema más práctico. A este respecto escribe Mosse: «A diferencia del *Mittgart*, los *artamanes* se dotaron de un sistema económico mucho más realista: antes de fundar una comunidad utópica, se ofrecían como mano de obra agrícola con objeto de recaudar fondos [...] Mejor que cualquier otra utopía afín, el movimiento Artam representó una solución posibilista frente al problema de la despoblación del campo. Los miembros de la liga Artam afrontaron el reto con resolución y en uno de sus puntos programáticos se abogaba por el desplaza-

miento de la mano de obra extranjera —polaca— más allá de las fronteras orientales de Alemania y el avance de los connacionales hacia el Este» [12].

En esta misma línea se manifestarán años más tarde dirigentes de las SS. Himmler, perito agrícola, estaba en 1925 más cerca de la liga Artam que del futuro ministro de agricultura del III Reich, Walter Darré. Hoss, futuro jefe del campo de concentración de Auschwitz, también perteneció a la liga Artam. Este movimiento, desde el primer momento, estrechó lazos con el movimiento nacionalsocialista al que le suministró numerosos militantes y dirigentes que, más tarde, volveremos a encontrar en el Reichsarbeitdienst o servicio juvenil laboral del Reich hitleriano.

Próximo al utopismo agrícola se desarrolló un movimiento que se difundió aceleradamente en las aldeas alemanas con una componente reivindicativa, de «lucha de clases», pero al que no podemos dejar de incluir en el amplio frente de la revolución conservadora. Nos referimos al Landvolkbewegung o movimiento de los campesinos, cuyo centro estuvo en Schleswig-Holstein, aunque que logrará extenderse a Prusia oriental, Silesia y Frisia. Un retrato muy aproximado de lo que representó este movimiento rural nos lo ofrecen las novelas de Hans Fallada —*Bauern, Bonzen und Bomben*— y Ernst von Salomon —*Die Stadt*—.

El movimiento irrumpió en 1928, en Dithmarschen, zona agrícola al norte de Hamburgo, como consecuencia de los incidentes entre los campesinos y los recaudadores de impuestos. El 26 de noviembre, en una reunión en Itzehohe, estalla el malestar de los aldeanos. Se enarbolan banderas negras —símbolo que Moeller van den Bruck identificará con la desesperación campesina— y el periódico *Das Landvolk* lanza soflamas incendiarias. El 1 de agosto de 1929 los campesinos marchan sobre Neumünster —cerca de Kiel— donde se producen gravísimos disturbios. A la cabeza marcha el *Bauernköning* Claus Heim,

hombre tan corpulento y fuerte como astuto. A partir de ese momento, se multiplicarán los atentados contra bienes inmuebles del gobierno.

Detrás de los campesinos hay agitadores nacionalsocialistas y activistas «revolucionario-conservadores» como Ernst von Salomon. También comunistas, pero en menor número. La revuelta campesina adquiere espontáneamente un carácter «derechista» y un sentido de protesta del campo contra la «civilización» urbana. Hartmut Plaas, activista del Landvolkbewegung, escribió a este respecto:

«Vosotros indultáis a los asesinos, saqueadores y maniacos sexuales. Prostitutas y explotadores son los héroes de vuestras obras teatrales. Habéis concedido la libertad condicional a estafadores de la catadura de Barmat y Sklarek y la reducción de penas para individuos que han cometido estupro con niñas y niños.

«Alcaldes corruptos han sido confirmados en sus cargos, bajeza alguna ha quedado sin excusa y, sin embargo, no ha habido piedad para los campesinos. ¡Los campesinos no valen nada a vuestros ojos!»

La lucha se detiene con el proceso a los jefes campesinos, entre ellos Claus Heim —quien se negó a abrir la boca a lo largo del juicio—. Dos años más tarde fueron puestos en libertad mediante una amnistía votada por nacionalsocialistas y comunistas. Aunque el episodio del movimiento campesino es la historia de una derrota, la República se quedó a partir de dichos acontecimientos huérfana de apoyos en el mundo rural.

No podemos concluir una aproximación a la ideología *bündisch* sin hacer mención a un fenómeno cultural de la importancia del círculo próximo a Stefan George, el más importante de los poetas alemanes de finales del siglo XIX y principios del XX, y el que —según opinión de Rilke— ejerció una mayor influencia con su estilo, ideas y postura personal. Su autoridad intelectual sobre el Jugendbewegung y su posicionamiento an-

tiburgués puede ser parangonado al que tuvo D'Annnuzio sobre la juventud italiana. Como D'Annunzio, George comenzó como esteta preciosista y refinado para convertirse en exaltador de la estirpe y auténtico vate nacional. Como D'Annunzio, educó a toda una generación en culto a la forma, al gesto: «Que el alemán tenga por fin su gesto, un gesto alemán. ¡Para él valdrá más que diez provincias conquistadas!». Y, como el *dannunzianismo*, que fue una componente más del estado de ánimo generalizado que alumbró al fascismo, George y su círculo abrieron las puertas del desquite en la Alemania de Weimar.

George apostó siempre por una concepción heroica del arte y de la vida, por una «heroización de la política» y una relativa condena de la masificación, el sufragio universal y la industrialización. Se detecta en él la influencia de Nietzsche —un Nietzsche bajo el filtro de la estética—, así como de un acentuado patriotismo. George apelaba a la Grecia Antigua: «que un rayo de luz proveniente de Hélade descienda sobre nuestra juventud». Como algunos elementos del movimiento juvenil, George no ocultaba una cierta inclinación homoerótica, si bien de una forma más vaga, ambigua y estética que, pongamos por caso, Blüher. El círculo formado a su alrededor se autodenominaba «Der Staat» («El Estado»), y sus concepciones giraban entorno a lo que se ha venido en denominar la «Alemania secreta», espíritu del que estaban excluídas las mujeres y donde no estaba muy bien visto el matrimonio. «Quien se casa ya no pertenece al "Estado"», solía decir George interpretando de forma muy particular el concepto de *Männerbund.*

El círculo estaba formado por primerísimas figuras de la vida cultural del país, muchos de cuyos miembros eran judíos y de los que George solía decir: «Los judíos son los mejores. Son diestros en la difusión y en la disuasión. Sus sensaciones, su modo de sentir, no son elementales como los nuestros. Son gente distinta. No permito nunca, empero, que en mi grupo o en el

"Anuario" estén en mayoría» [13].

Los más importantes seguidores de George fueron Karl Wolfskehl, poeta judío de lejanos orígenes italianos que se definía a sí mismo como «judeo-romano-alemán» y que llevaba indiferentemente prendida en la solapa de su traje la cruz gammada y la estrella de David; Friedrich Gundolf, también judío, historiador de la literatura, autor de célebres monografías con una visión ciertamente heroica de las grandes personalidades, y profesor en Heidelberg, donde Goebbels se doctoró con una tesis sobre las corrientes políticas del romanticismo; Ernst Bertram, durante muchos años el mejor amigo y confidente de Thomas Mann, sobre todo en la época de *Consideraciones de un impolítico*, autor de un importante ensayo sobre Nietzsche en clave mítica y heroica; Kurt Himdbrandt, autor de *Norm, Entartung, Verfall*, quien primero ejerció como médico y más tarde como profesor de filosofía en la Universidad de Colonia, teorizó sobre la eugenesia sobre bases filosófico-antropológicas, y fue autor de un importante libro sobre Platón; Friedrich Wolters, crítico de la civilización moderna y democrática, y Edgar Salin, sociólogo y filósofo.

En 1912 el círculo de George, que ya publicaba la importantísima revista literaria *Blätter für die Kunst*, inicia la edición del anuario *Jahrbuch fur geistiges Bewegung*, con el objetivo de influir, no sólo en las corrientes artísticas, sino también en los ambientes políticos y espirituales del país. En un artículo programático, debido seguramente a la pluma de Wolters, podemos leer: «La humanidad actual no se fundamenta en la aspiración a una verdadera dignidad sino en un general abandono que se traduce en un hombre sin rostro que nos lleva al triunfo de la mediocridad; es decir, al número sin calidad. El Estado tiene el apoyo de los débiles, los enfermos, lo cual nos conduce a la involución y a la degeneración; el Estado ha prohibido la esclavitud, pero nadie está exento de convertirse en un siervo... No sólo des-

de nuestros cenáculos, sino desde otras autorizadas tribunas se llama la atención sobre el peligro de la pérdida de la virilidad del pueblo, de la extinción de aquellos instintos robustos en beneficio de lo mórbido, la debilidad y la corrupción. Que los alemanes nos convirtamos un día en un pueblo femenino, como ya lo son los franceses o los americanos, es una amenaza mayor, hoy por hoy, que las cuitas de los periodistas... Sólo cincuenta años más y perderemos los restos de la antigua esencia... con sus influencias, sus periódicos, sus escuelas, sus fábricas, sus cuarteles, la peste progresista se propagará por todo el mundo. Creemos que carece apenas de importancia que un pueblo o una clase oprima a otro, que una nación luche contra otra, porque el verdadero combate es el de Ormuz contra Arimán, Dios contra Satanás, Mundo contra Mundo» [14].

En una época de expansión del nacionalismo, el círculo de George estaba bastante alejado de tales posiciones: a la lucha entre los pueblos, oponía la confrontación entre *Weltanschauugen*; esto es, entre concepciones del mundo. Quizá pueda ello explicar la frialdad del maestro ante los acontecimientos bélicos del momento. En el poema «Der Krieg», incluso, se declaraba espiritualmente neutral: la sociedad burguesa es para él despreciable ante la «hora sacra» de la movilización. Ni una sola lágrima, impasible: el mismo valor tenía para él la Alemania guillermina que la Inglaterra imperial, pues en realidad se trataba de una lucha de influencias, de mercachifles, en las que por razones obvias se sentía extraño.

Sin embargo, la oda guarda una suerte de palinodia. A George le turbaba la idea de que ejércitos extranjeros pudieran hollar suelo germano («o Land / zu schon als dass dich fremder tritt verheere»); los apetitos anexionistas franceses sobre el Palatinado y el hecho de que su ciudad natal —Bingen— pasara a Francia, le afectaron sobremanera. Alababa a Alemania como antigua patria de la raza blanca, hoy en decadencia («Wo die allblü-

hende Mutter der verwildert / Zerfallnen weissen Art zuerst enthüllte / Ihr echtes antlitz...»), como un país todavía henchido de futuro, ya que era rico en sueños y profecías («...Land dem viel verheissung / Noch innewohnt — das drum nicht untergeht!»), como la nación mejor preparada para recibir su mensaje regenerador de la civilización.

En este clima de hondas expectativas, George apela al antiguo dios germánico de la luz, Baldur que, junto al griego Apolo, son símbolos de la resurrección del norte y el advenimiento de una luz que nos llega de oriente:

«Die jugend ruft die Götter auf... Erstandne
Wie Ewige nach des Tages fülle...
...Apollo lehnt geheim
An Baldur: "Eine weile wärht noch nacht.
Doch diesmal kommt von Osten nicht das licht".
Der kampf entschied sich schon auf sternen: Sieger
Bleibt wer das schutzbild birgt in seinen marken
Und Herr der zukunft wer sich wandeln kann».

Tras la guerra, la actividad de George se acrecentará sensiblemente. Como escribe Franz Schonauer, George pretenderá ser el jefe espiritual de una «Alemania germana y mejor». Publica *Drei Gesänge* en abierta provocación a la legalidad republicana, como profeta del Reich emergente. En la primera de este conjunto de odas anuncia el «retorno de los muertos», los espíritus de los caídos en combate que, como un huracán, derrumbarán el orden establecido:

«Wenn einst dies geschlecht sich gereinigt von schande
Vom nacken geschleudert die fessel des fröners
Nur spürt im geweide den hunger nach ehre:
Dann wird auf der walstatt voll endloser gräber
Aufzückend der blutschein... dann jagen auf wolken
Lautdröhnende heere, dann braust durchs gefilde
Der schrecklichste shrecken der dritte der stürme:

Dann flattert im frühwind mit wahrhaftem
Die königsstandarte und grüsst sich verneigend
Die Hehren die Helden!»

El contraste es bien patente: de un lado, la «vergüenza» de la que el pueblo debe sustraerse y, de otro, el retorno de los muertos, de las banderas, de los estandartes. Pero el tono profético político se hace más explícito en la oda «Der Dichter in Zeiten der Wirren», donde define la misión del poeta-adivino: provocar mediante su verbo el surgimiento de un nuevo *Führer* fundador de un nuevo Reich:

«Der Sänger aber sorgt in trauer-läuften
Dass nicht das mark verfault der keim erstickt.
Er schürt die heilige glut die über-springt
Und sich die leiber formt er holt aus büchern
Der Ahnen die verheissung die nicht trügt
Dass die erkoren sind zum höchsten ziel
Zuerst durch tiefe öden ziehn dass einst
Des erdteils herz die welt erretten soll...
Und wenn im schilmmsten jammer letzte hoffnung
Zu löschen droht: so sichtet schon sein aug
Die lichtere zukunft. Ihm wuchs schon heran
Unangetastet von dem geilen markt
Von dünnem hirngeweb und giftigem flitter
Gestählt im banne der verruchten jahre
Ein jung deschlecht das wieder mensch und ding
Mit echten massen misst das schön und ernst
Froh seiner einzigkeit vor Fremden stolz
Sich gleich entfernt von klippen dreisten dunkels
Wie seichtem sumpf erlogner bruderei
Das von sich spie was mürb und feig und lau

Das aus geweihten träumen tun und dulden
Den einzigen der hilft den Mann gehiert...
Der sprengt die ketten fegt auf trümmerstätten
Die ordnung geisselt die verlaufnen heim
Ins ewige recht wo grosses wiederum gross ist
Herr wiederum herr zucht wiederum zucht er heftet
Das wahre sinnbild auf das völkische banner
Er führt durch sturm und grausige signale
Des frührots seiner treuen schar zum werk
Des wachen tags und pflanzt das Neue Reich».

Entre los sentimientos de George detectamos un evidente tono heroico. Toda expectativa es revuelta para el «hombre», «el único que socorre», que «reconduce a los frustrados y dispersos hacia el orden eterno, en el que la grandeza es aún grandeza, el señorío aún señorío y la disciplina aún disciplina»: una concepción que no podemos definir como democrática. Es la época en que los libros de George se imprimen con el símbolo de la cruz gammada... en la casa editora del hebreo Bondi.

No nos sorprenderá, pues, que la mayor parte de los discípulos de George saludasen efusivamente la instauración del III Reich: fue el caso de Bertram, Hildebrandt, Woldemar von Üxkull, Ludwig Thormaehlen, Carl Petersen, Albrecht von Blumenthal. Gundolf y Wolters habían fallecido ya. Wolfskehl abandonó Alemania como consecuencia de su condición de judío. El maestro sobrevivirá pocos meses al Reich nacionalsocialista, que le tributará los máximos honores —el 12 de julio de 1933 Goebbels instituyó con gran solemnidad el Premio Stefan George— sin agradecimientos por su parte, pues su soberbia y soledad aumentaron con los años. Murió en Suiza.

El discurso con el que Bertram inauguró el curso académico en la Universidad de Colonia tras la llegada del nacionalsocialismo al poder, es citado como paradigma de la predisposición al nacionalsocialismo del círculo de George. Bertram veía en

Hitler al hombre anunciado por George, «el único capaz de ayudar», y continúa: «Con un profundo sentido de gratitud debemos recordarle, desde nuestro acervo, bajo la bandera del reino de Bismarck y el antiguo símbolo mítico del sol ahora enarbolados, la transformación y la renovación de la luz; la segunda gran batalla de Tannenberg contra Asia ha sido librada y, como consecuencia, ha sido eliminado el inmenso peligro que se cernía sobre la vida de Alemania y el porvenir de Europa: el peligro de la espantosa visión oriental según la cual la vida ha de organizarse según el modelo del termitero...».

Paralelamente al discurso inaugural de Bertram, Karl Wolfskehl, judío, era obligado a abandonar Alemania. En Italia colaborará en la sección cultural de la revista *Il Regime Fascista*, de Farinacci, que dirigía Julius Evola.

Notas

[1] Sobre la juventud Wandervogel es imprecindible la lectura del inestimable estudio de Nicola Cospito, *Los Wandervögel. La juventud alemana de Guillermo II al III Reich*, publicado recientemente por esta editorial [n.d.e.].
[2] Dietrich Bronder, *Bevor...*, *op. cit.*, pp. 209 y ss.
[3] Hans Blüher, *Die Rolle der Erotik in der männlichen Gesellschaft*, Stuttgart, 1962.
[4] La popularidad de la cruz gammada entre las organizaciones juveniles alemanas —con su carga racista y antisemita— era tan enorme ya en 1919 —es decir, antes de la fundación del NSDAP— que el ministerio de Instrucción Pública prusiano se vio en la obligación de emitir una circular impidiendo su uso.
[5] *Von deutsch-jüdischer Jugend*, suplemento del *C.V. Zeitung*, 29-X-1926.
[6] George L. Mosse, *Le origini culturali del Terzo Reich*, Milán, 1968, p. 124.
[7] Hans Blüher, *Die Rolle...*, *op. cit.*, p. 38.
[8] Hans Blüher, *Die Rolle...*, *op. cit.*, p. 269.
[9] Hans Blüher, *Die Rolle...*, *op. cit.*, p. 322.
[10] Dietrich Bronder, *Bevor...*, *op. cit.*, p. 211.
[11] Armin Mohler, *Die Konservative Revolution in Deutschland 1918-1932. Grundiss ihrer Weltanschauungen*, Stuttgart, 1950, pp. 194-195.
[12] George L. Mosse, *Le origini...*, *op. cit.*, p. 171.

[13] Franz Schonauer, *Stefan George*, Hamburgo, 1960, p. 84.
[14] Franz Schonauer, *Stefan George*, *op. cit.*, p. 128.

Capítulo VI
Formaciones paramilitares y «espíritu del frente»

Uno de los fenómenos característicos del período de entreguerras —«la época del fascismo», como la ha llamado Ernst Nolte— fue el de las milicias políticas y las asociaciones paramilitares.

Tales manifestaciones respondían no sólo a una necesidad de intimidar al adversario y a exigencias defensivas, sino a un cierto espíritu que se proyecta más allá de la finalización del conflicto bélico. Las agrupaciones paramilitares serán una manifestación del nacionalismo militante, a partir de las cuales se desarrollará el fenómeno fascista y no sólo éste, sino incluso las manifestaciones políticas de signo contrario: «camisas caquis» liberales y «artidi del popolo» en Italia, o el Reichbanner en Alemania, son ejemplos de ello. Desde este punto de vista, la apuesta de las fuerzas antifascistas a bajar al terreno del adversario, estará orlada de una evidente fascinación por la alternativa y la mentalidad de aquél. Basta observar, a pesar de su lejanía del totalitarismo, las formaciones paramilitares democráticas germanas, el citado Reichbanner o el comunista Rote Front. Este fenómeno de las milicias paramilitares y del «soldado político» tendrán, en el período republicano, una gran importancia.

Incluso antes de la guerra, la gran mayoría de las sociedades deportivas, estudiantiles y juveniles poseían un marcado carácter paramilitar. «Los jóvenes vienen al mundo con la mochila a

la espalda», se decía en aquella época. El movimiento Wandervogel había plagado el país de pequeños grupos muy activos y henchidos de un acendrado espíritu de solidaridad. Paralelamente a estos grupos, operaban una serie de asociaciones oficiales de excombatientes, como la liga Kuffhäuserbund —que tenía sus reuniones cerca de un monte legendario de la época de Barbarroja, en Turingia— y que contaba con un millón ochocientos mil adheridos en 1900; tres millones en 1914 y cuatro millones en 1939. No todos sus miembros eran, de hecho, veteranos de guerra, en buena parte se trataba de muchachos que habían sido educados en el culto a las tradiciones patrióticas. Tan sólo millón y medio de miembros de la liga Kuffhäuserbund habían combatido en la Gran Guerra. En 1918, la presidencia de la liga fue asumida por el general Von Heeringen, ex ministro de la Guerra del Reino de Prusia, al que sucederán el general de Artillería Von Horn y el *SS Obergruppenführer* Wilhelm Reinhardt. En el momento del estallido de la Gran Guerra la liga Kuffhäuserbund contaba con cuarenta y dos mil grupos, cinco orfelinatos y un capital social de unos cuarenta millones de marcos.

Carácter paramilitar era también el que caracterizaba a la Stahlhelm-Bund der Frontsoldaten, la liga de los «Cascos de acero», fundada por el capitán Franz Seldte, natural de Magdeburgo y muerto en un campo de concentración norteamericano, en 1947, a los cincuenta y cinco años de edad. La liga Stahlhelm llegó a contar con unos trescientos mil miembros y fue uno de los más eficaces instrumentos organizativos de postguerra que mantuvo vivo el «espíritu del frente». No dependía de partido alguno, pero sus tendencias políticas se identificaban con el DNVP, tanto por su nacionalismo conservador, como por sus simpatías hacia la monarquía. En cuestiones religiosas la liga se inclinaba por el protestantismo, debido sin duda a su carácter genuinamente prusiano, de tal forma que el mayor Von Stephani que, junto a Theodor Düsterberg, fue uno de los principales

colaboradores de Seldte, llegó a polemizar con Hitler, al que veía como cabecilla de una «conspiración católico-bávara-fascista». Con posterioridad, cuando el Stahlhelm y el Zentrum establecieron relaciones, gracias a las cuales los ex combatientes recibieron ingentes sumas de dinero de la mano del industrial católico Florian Klöckner, pudo aún Stephani afirmar: «No hay motivo alguno para silenciar nuestra activa colaboración con el ala nacional del Centro. La lucha contra la inmoralidad y el ateísmo que amenazan al pueblo alemán es un objetivo común». En su confrontación con el nacionalsocialismo, la liga Stahlhelm pasó de una inicial colaboración —en el momento en que las fuerzas de la derecha todavía eran débiles— a una acusada hostilidad cuando los nacionalsocialistas eran ya una peligrosa competencia. Tras la llamada «conjura de la Harzburg», en que las formaciones de la derecha configuraron un frente único, surgieron los incidentes entre las SA y la liga Stahlhelm. En las elecciones de 1932 la liga Stahlhelm presentó su propio candidato a las elecciones presidenciales, Theodor Duesterberg, lo que enrareció todavía más las ya de por sí deterioradas relaciones con los nacionalsocialistas. Es más, cuando Hitler era ya vencedor indiscutible, la liga Stahlhelm, junto a Von Papen, Hugenberg y el DNVP, participó en la «concentración nacional» de enero de 1933. Ello no impidió, sin embargo, que Seldte ocupara la cartera de Trabajo en el primer gabinete de Hitler y Von Stephani el cargo de *Obergruppenführer* de las SA, mientras Duesterberg será aislado de toda prebenda, entre otras cosas, también como consecuencia de su lejano origen judío.

Paralelamente a las formaciones paramilitares de la derecha existieron otras de carácter izquierdista. A pesar de sus ideas pacifistas, la simbología y la disciplina militares, acabarán por difuminar tales tendencias en beneficio de una clara imitación de la liga Stahlhelm y las SA, por lo que no debe extrañarnos que los nacionalsocialistas pudieran encuadrar, sin apenas dificulta-

des, a antiguos combatientes procedentes del Reichbanner o de la Rotkämpfer Bund.

Hubo, empero, una organización de ex combatientes que, manteniendo su espíritu del frente, no se integró en el orden burgués y democrático: eran los soldados desmovilizados que se encuadraron en el Freikorps o Cuerpos Francos. El enemigo de los Cuerpos Francos era hoy el espartaquismo y mañana los polacos o el invasor francés. Eran hombres que no creían en la democracia, pues la consideraban un sistema incapaz de conservar el orden interior y la inviolabilidad de las fronteras. Las novelas de Ernst von Salomon —condenado a cinco años de cárcel como cómplice en el asesinato de Rathenau— son una fuente imprescindible para comprender la mentalidad de estos soldados desmovilizados. Serán, a lo largo de la década de los veinte, los nacionalistas más activos y, si bien muchos de ellos pasarán a formar parte de los cuadros nacionalsocialistas, la mayoría, como consecuencia de su espíritu anárquico y rebelde, no sólo se mantendrán al margen, sino incluso hostiles al ascendente movimiento hitleriano.

Friedrich Heinz, arquetipo de la generación que se curtió en los Cuerpos Francos, nos ha dejado su *curriculum vitae* [1] que supera cualquier ficción: «A los dieciséis años voluntario en la Guardia de Fusileros. A los dieciocho años teniente del 46 Regimiento de Infantería. Somme. Flandes. Batalla de carros de combate. Ofensiva de marzo. Batalla de repliegue. Defensa limitada. Brigada Ehrardt. *Putsch* de Kapp. Alta Silesia. Reichwehr Negro. Guerrillero en el Ruhr. *Putsch* Feldherrendhalle. Cuatro veces herido. Mutilado. Seis veces encarcelado. Catorce veces huésped de los calabozos de la República de Weimar. Hasta 1925 oficial de los Cuerpos Francos. Jefe de un grupo de saboteadores en el Ruhr. Hasta 1923 responsable de las SA para Alemania Oeste. De 1925 a 1928 miembro de la dirección de la liga Stahlhelm y director, durante unos meses, de su portavoz

oficial. Con posterioridad, nuevamente dirigente del movimiento hitleriano. A partir de 1929, sin actividad política». Esta última frase denota la desilusión de un «trotskista de la revolución nacional» que ve cómo el nacionalsocialismo se ha convertido en una fuerza parlamentaria, en un partido de orden.

Cuerpos Francos, asociaciones paramilitares y la precariedad generada por el tratado de Versalles, invitaban a un segundo conflicto armado y, desde luego, servían para mantener vivo un espíritu, una mentalidad castrenses, incluso ultramilitaristas, que se manifestaban en todos los órdenes de la vida. Así lo recordaba Von Salomon en *Der Fragebogen*: «De todas las virtudes humanas, sólo la guerrera reclamaba un respeto universal. También las formaciones políticas de masas que, antes de 1918, estaban por encima de toda sospecha, podían nutrirse de muy diversos sentimientos y mitos, recurriendo a las fanfarrias y aspirando a agrupar a las juventudes del país, uniformadas y en formación, bajo sus banderas» [2].

En este ambiente, casi es lógico que Ernst Jünger llame a su revista, según la moda, *Der Vormarsch* (*Avanzada*); Ernst Nieckisch a la suya *Die Widerstand* (*Resistencia*), y Hans Zehrer, *Die Tat* (*Acción*).

La literatura y la propaganda nacionalistas de los primeros años de postguerra dan a luz un hombre muy especial: el combatiente de la Gran Guerra, que regresa de una experiencia que ha superado la vieja contradicción individualismo-colectivismo. Al mismo tiempo, ninguna de las cualidades adquiridas en los días de lucha —coraje, sacrificio, responsabilidad en el mando y en el acatamiento de las órdenes— le han abandonado a la hora de volver al mundo burgués, no muy distinto al de antes de 1914. Se ha convencido a sí mismo que cuatro años de combate no han sido en vano, no han constituido un episodio a olvidar, sino que representan el comienzo de un nuevo orden moral y social. No es un combatiente desmovilizado, sino un hombre que

siente la guerra como forma de vida, considerándose miembro de una suerte de aristocracia cuyo objetivo es dar a conocer a la sociedad esa buena nueva de la que es portador.

«El viejo ejército se había desintegrado, el viejo espíritu humillado en el fragor de las batallas, las masas completamente embrutecidas y huérfanas de honor —del antiguo artesanado, del esplendor castrense imperial ni siquiera quedaban jirones—, sin embargo un ejército nuevo, una nueva jerarquía militar, toda una generación de soldados surgía de las cenizas. Hacia el final de la guerra, del viejo ejército surgían nuevas mesnadas numéricamente limitadas; de la confusión y de lo heteróclito, emergió un estilo novedoso, superador de la destrucción y la decadencia del momento [...] Una nueva generación que, como consecuencia de su experiencia, conocía muy bien el valor y los límites de la condición humana [...] Marcada por el espíritu severo del adiestramiento, sabía muy bien de sus limitaciones y, pese a la impotencia ante la fuerza del destino, esta juventud ascendente se había propuesto forjar el futuro...

«Esta minoría, ni embrutecida ni destruída por la guerra, enterraba su alma para renacer y para expresar una crítica positiva de la guerra. Sólo ellos podrían lograr el renacimiento del pueblo y liberar su alma que dormitaba en lo más profundo, arrojando luz sobre la verdadera naturaleza de todo lo horrible que había sucedido... Esta generación privada de guía e incomprendida es una vanguardia en lucha contra el tiempo, contra el espíritu de su época y contra los signos de un pasado reciente responsable del caos actual» [3].

El más significativo representante de la generación del frente, el teórico del nacionalismo militante y de la «totale Mobilmachung» («movilización total»), fue Ernst Jünger. Nacido en Heidelberg, en 1985, voluntario en la guerra a los 19 años, trece veces herido, comandante de grupos de asalto en Verdún, condecorado con la cruz «Pour le mérite», Jünger se dio a conocer

en la postguerra con obras de carácter autobiográfico tales como *In Stahlgewittern*, *Der Kampf als innere Erlebnis*, *Das Wäldchen 125* y *Feuer und Blut*.

Alrededor de los años 1926-27 reune alrededor suyo un grupo de jóvenes intelectuales como Franz Schauwecker, Ernst von Salomon, Friedrich Hielscher, Albrecht Erich Günther, Helmut Franke, y Werner Best, entre otros. Una característica común a todos ellos es que difunden su pensamiento desde Berlín y asumen como punto de partida, para una crítica de los valores y la sociedad, la experiencia bélica.

Jünger no mantiene relaciones con partido alguno. Su inicial simpatía por Hitler —lo había oído en un mitin en Munich y le había enviado uno de sus libros con una dedicatoria— se trocó pronto en una actitud crítica, que no cambió en absoluto pese a su personal relación con Goebbels. El grupo que gravita alrededor de Jünger se mantiene en un equilibrio que va de los ambientes conservadores del Reichswehr y de la liga Stahlhelm a los sectores nacional-bolcheviques como el de Ernst Niekisch.

Las revistas con las que colabora o publica el propio Jünger —*Arminius*, *Der Vormarsch*, *Die Kommenden*, *Standarte*— son, sin lugar a dudas, las más notables del nacionalismo alemán de postguerra y en sus columnas encontraremos a sus más significativos valores. Son la expresión de un «nuevo nacionalismo», que bien poco quiere saber de la ajada retórica patriótica y que señala el espíritu del combatiente como elemento imprescindible para construir un nuevo tipo humano. Así, podemos leer en la presentación del número inicial de *Standarte* [4]: «Nosotros, los combatientes de ayer, de hoy y de mañana, nos encontramos en una época en la cual, todo aquello en lo que creíamos y por lo que hemos visto morir ingentes masas de hombres, parece sumergirse en el mar de la inutilidad. Cuando nos reunimos en cenáculos y alrededor de personalidades concretas, ello sucede por una íntima convicción de necesidad de defensa. No podía-

mos renunciar a aquello por lo que habíamos sacrificado todo. Debíamos tener viva la fe de que nuestro futuro guarda un sentido profundo e ineluctable. Nuestra primera decisión ha sido la de permanecer fieles a la tradición y ofrecer refugio, en nuestros corazones, a las banderas que podíamos enarbolar sin vergüenza. Debíamos sentirnos los mejores y, los indecisos de ayer, serán los más resueltos de mañana; los reaccionarios del pasado, los revolucionarios del porvenir. Porque durante aquel período habíamos comprendido que lo que teníamos que hacer era grande e importante. La palabra "tradición" posee para nosotros un nuevo significado, no viendo en ella la forma acabada de antaño, sino un espíritu vital y eterno que responde a sí mismo. Somos, y lo sentimos con renovada conciencia, una generación nueva, una estirpe que ha atravesado las llamas y ha soportado los martillazos de la más grande de las conflagraciones humanas conocidas hasta la fecha, hecho que hemos asimilado y transformado en lo más profundo de cada uno de nosotros. Mientras en todos los partidos se completa el proceso de autodisolución, nosotros pensamos, sentimos y vivimos de una forma muy distinta. Mientras aumentemos el conocimiento de nosotros mismos, conseguiremos consolidar nuestras posiciones. De ahí que nos sintamos combatientes elegidos para fundar un nuevo Estado».

Esta nueva formación, este nuevo espíritu del que Jünger es portavoz, es lo que éste bautizará como «movilización total»; la transferencia de valores militares al ámbito civil. La revolución del siglo XX es para Jünger la guerra total, una manifestación técnico-industrial de ámbito planetario. El problema que se plantea es el de adecuar las actitudes personales a las obligaciones políticas y espirituales que la movilización total exige. *Die totale Mobilmachung* es el título del ensayo en el que Jünger vertebra su concepción vital [5], que más tarde desarrollará ampliamente en su ensayo *Der Arbeiter* (*El Trabajador*). La movilización total es el fenómeno que ha puesto en crisis los funda-

mentos del liberalismo de anteguerra, despertando un nuevo espíritu ante el que el liberalismo burgués y la tolerancia política, se nos muestran como inadecuados valores en un momento de conflictos absolutos.

En esta era «no hay distingos entre combatientes y no combatientes; toda ciudad o fábrica es una fortificación, todo navío es un barco de guerra, todo alimento es mercancía de contrabando, toda orden sea cual sea su grado tiene carácter militar» [6]. De la movilización total surge un nuevo clima totalitario en el que la vida vuelve a ser concebida como servicio, sacrificio, responsabilidad, y no como una relación económica o como instrumento de «reivindicaciones». Se restituye al nacionalismo el alma que el liberalismo le había hurtado. El Estado deja de ser el «piróscafo de pasajeros o de placer, para convertirse en una nave de guerra en la que debe reinar la máxima simplicidad y sobriedad y donde todo acto debe ser ejecutado con institiva resolución» [7].

Desde esta perspectiva, Jünger sintetiza el bolchevismo y el nacionalismo, como expresiones de una misma voluntad totalitaria que se abre paso. Ambas ideologías contribuyen a destruir al burgués, convertido en un ser inútil, y concurren a dar a luz al protagonista de la nueva época, el «soldado político», para el que no existe ya diferencia entre períodos de guerra y de paz, entre propaganda y revolución: es el militante de las SA —que, en la época en la que Jünger redactaba *Die totale Mobilmachung*, se contaban por centenares de miles— y de los combatientes comunistas del Rote Front. Contra el burgués lanza Jünger su famosa diatriba: «es infinitamente más loable tratar de ser un criminal que un burgués» («unendlich erstrebensweter sei, Verbrocher als Bürger zu sein»).

Esta nueva sustancia humana, la del «soldado político», segregada por el trauma de la guerra y la bancarrota de los valores burgueses, ha sido plasmada por Jünger en muchas de sus pági-

nas: «Comenzaban a moverse estratos sociales de muy difícil definición, tanto por su origen, como por su composición. Se trata de un ser inteligente, desesperado, presto a estallar, que se sirve de una desenfrenada libertad de asociación, palabra y prensa. Un ser en el que las ideas de reacción y revolución se funden de un modo extraño: enarbolando teorías en las que los conceptos "conservador" y "revolucionario" son identificados de modo agónico. Las prisiones se sacian de este nuevo tipo de hombres... La admirable resurrección de los antiguos lansquenetes se concreta en nuevos destacamentos que, tras cuatro años de guerra, inician una nueva marcha hacia el Este, la defensa de la Alta Silesia, la extirpación del separatismo renano a golpes de hacha y bastón, la protesta contra las sanciones con el sonoro acompañamiento de las bombas, y otras empresas en la que trasluce la infalibilidad de un recóndito instinto, signos que la futura historiografía deberá considerar como piedras miliares» [8].

Esta desesperada pasión nacional —aguda en la Alemania de postguerra y síntoma de la «movilización total»— no admite retorno alguno a la vida burguesa. Es indicio de un nacionalismo que va más allá del patriotismo de las conmemoraciones y que es intrínsecamente revolucionario. La movilización total promulgada en el fatal agosto de 1914 fue, para Jünger, el comienzo de la revolución nacionalista cuyo objetivo no era otro que la transformación de la sociedad europea. El socialismo, resucitado gracias a la reivindicación del individuo, es atacado con igual dureza que la sociedad burguesa, aunque admita sus aspectos militantes y solidaristas. La «totale Mobilmachung» es un «socialismo sin socialistas».

La guerra de 1914 ha sido la primera guerra total de la historia, la primera guerra popular. Jünger ve en ella la coartada a través de la cual el nacionalismo, hasta el momento constreñido a un coto cerrado, cala en la conciencia de las masas, al tiempo que genera la necesidad de una economía planificada y una di-

rección política, militar y productiva: «Al comienzo de la guerra nadie podía prever una movilización de tal calibre. Se perfilaba, en alguna medida se detectaba como consecuencia del aumento de la recluta de voluntarios y la movilización de reservistas, en la anulación e licencias de exportación, en la censura, y la política monetaria restringida. A lo largo de la guerra este proceso se agudizó; citemos algunos ejemplos: racionamiento de materias primas y alimentos, militarización de los obreros industriales, obligatoriedad del servicio civil, militarización de las naves mercantes, influencia del poder de los Estados mayores, el "Hindenburg-Programm", el empeño de Ludendorff por conseguir la unidad en la dirección política y militar. Ello, pese a no alcanzar cotas extremas, alcanzó una espectacularidad, tan grande como estremecedora, en las últimas batallas en las que el talento organizativo del hombre celebraba su cruento triunfo. En otros aspectos, aunque limitados a cuestiones puramente técnicas de este proceso, se logra que el programa de guerra penetre en las previsiones de paz. Así, vemos cómo en la postguerra, en muchos Estados, detectamos la presencia de nuevos armamentos en previsión de una eventual movilización total. Estas posiciones han arraigado de manera radical, incluso negando la "libertad individual", en países que, como Rusia e Italia, se ha eliminado todo aquello que no esté en función del Estado... La movilización total es un proceso que se justifica a sí mismo; tanto en la guerra como en la paz, es expresión de la misteriosa e inevitable necesidad a la que esta época están condicionadas masas y máquinas» [9].

El concepto de movilización total cuestiona la libertad como valor político. Jünger, como con anterioridad había opinado Nietzsche, no cree en la libertad por la libertad, y cita la frase de Zaratustra en la que éste afirma que lo importante no es ser libre *de* algo, sino *para* algo. El problema de nuestro tiempo, en el que el liberalismo ha elevado a los altares una libertad vacía de

todo contenido —amén de la sacralización de la economía de mercado—, es precisamente encontrar un alma positiva para aquélla. La guerra incide sobre la idea de libertad forjando un nuevo tipo humano para el que ya no hay «principio de una existencia en sí, sino el grado en el que la existencia de cada uno se inserta en la totalidad del mundo en el que vive».

Este vasto ordenamiento al que se subordina lo singular es, bajo el prisma de Jünger, la nación. Esta respuesta del nacionalismo —común a todos los totalitarismos— encuentra en Jünger una traducción distinta de toda interpretación étnica o sentimental. En Jünger no podemos encontrar referencia alguna al patriotismo de los vínculos sanguíneos. La ideología de «la sangre y la tierra» es para él una pieza de museo («die musealgewordene Ideologie von Blut und Boden») y las teorías nacional-raciales (*völkisch*), que tanta influencia tuvieron en el movimiento nacional alemán desde finales del siglo XIX hasta la irrupción del nacionalsocialismo, sólo «ideas adheridas a las suelas de los zapatos de los maestros de escuela de hace treinta años».

El reto del nacionalismo está determinado por la constatación de que el socialismo no posee ideal alguno con el que sustituir los valores del mundo burgués. El proletario, según definición del Ernst Jünger de los años veinte, es un «burgués sin alzacuello», un proyecto de burgués. El mundo del socialismo posee como valores supremos los valores burgueses del bienestar y la molicie, lejos de toda disciplina y formación espiritual. Para Jünger, sólo el nacionalismo, con su culto a los valores jerárquicos y militares, está en condiciones de desarrollar el acervo ético del soldado político surgido de la Gran Guerra y la revolución rusa. Desde esta perspectiva, vuelve a concebirse «que la obediencia es un arte de oir, que el orden quiere decir estar presto a la palabra, estar preparado en cualquier momento para la acción». Esta mixtura de libertad y servicio es extraña a la socie-

dad burguesa: «La era del tercer estado no ha conocido nunca la fuerza maravillosa de esta unidad...» [10].

La adecuación de la realidad de la paz a la realidad de la guerra: este es el núcleo fundamental de la teoría de la «totale Mobilmachung». Adecuación política, económica, moral. Conciencia de nacionalismo que se siente sólidamente asentado para afrontar competencias, nuevos combates, capaz de construir estructuras, impaciente ante el parlamentarismo al que considera la antítesis de los valores del soldado germano: «Los diputados babeaban como bebés, mientras los jóvenes tenientes de navío, atrapados en el sofocante vapor oleoso de sus submarinos, trataban de conciliar el dominio intelectual de la técnica con la condición primitiva del guerrero» [11].

El salto del nacionalismo burgués al imperialismo —fatal en un mundo que se reorganiza conforme a espacios más extensos— genera la aspiración a nuevas formas políticas capaces de interpretar la realidad.

La visión de la nueva humanidad, sazonada por la experiencia de la «movilización total», encuentra plena expresión en su libro más importante: *Der Arbeiter*, ensayo en el que no se contempla al trabajador como miembro de una determinada clase, sino, genéricamente, como hombre que transforma la realidad, como protagonista de una movilización técnico-industrial novedosa.

Der Arbeiter pretende ser una suerte de filosofía de la civilización, a la que Jünger calificará de «salvaje».

El punto de partida es la crítica del mundo burgués surgido de la revolución de 1789, que es contemplado como un estadio de anarquía transitoria previo a un orden orgánico. El peor crimen del burgués es, para Jünger, haber creado un mundo inauténtico, sin relación con las fuerzas profundas de lo elemental —entendiendo por «elemental» todo aquello, de naturaleza espiritual o material, que es inaprehensible a la simple

razón—. El mundo burgués ha dimensionado una sola parte de la persona, por lo que el concepto dominante de hombre será puesto en crisis por los movimientos que aspiran a reintegrarlo a la totalidad.

El mundo del «tercer estado» ha exorcizado las figuras del santo, del guerrero, del señor; peor aún, las ha declarado inútiles. Ha situado el concepto de seguridad en el centro de la vida y de la sociedad, ha reducido todos los valores al de utilidad y ha soprepuesto sobre todos el de la razón. El irracionalismo, que se afirma a finales del siglo XIX, es una tentativa desordenada de enfrentamiento con las fuerzas destructoras de la espiritualidad. Y todo ello desemboca en la gran corriente intelectual presente cuando el estallido de la Gran Guerra, momento en el que se produce el choque de las fuerzas elementales de la técnica y la destrucción y, como consecuencia, el alumbramiento de un nuevo tipo humano, familiarizado con la técnica, pero hostil a la modernidad; poseedor de un verdadero arsenal de ideas y conocimientos, pero con intenciones bien distintas a las que la sociedad burguesa le sugiere.

El «trabajador» —que con anterioridad ha sido el combatiente que ha participado en las grandes «batallas de material»— es una suerte de soldado de la sociedad industrial para el que la técnica se justifica a sí misma y no como medio para alcanzar bienestar y una vida burguesa. El «trabajador» desvincula la técnica del servicio a la sociedad burguesa, y la considera como grandeza autónoma, como unión de idealismo y praxis, de fe y estilo. Es un tipo humano al que ha desnudado la guerra y ya no es el hombre sentimental de 1914, sino un ser áspero, adusto, educado en una tenacidad jamás conocida y una serenidad fría, metálica. Es un tipo al que Jünger, entre la literatura y el ensayo teórico, entre lo abstracto y lo concreto, describe incluso físicamente: «El semblante ha perdido la ductilidad del trato individual, con lo cual ha ganado en decisión y dureza. Es metálico,

galvanizado en su epidermis; la arquitectura ósea resalta más, es más simple y muestra una tensión en las líneas. La mirada es firme y serena, diestro en la observación de objetos móviles. Es una raza que comienza a transformarse por exigencias del nuevo ambiente, en el que el individuo no representará ya a una persona, sino a un tipo» [12].

La irrupción del «trabajador» no la ve Jünger como la mera sustitución de una clase por otra, sino de la adecuación de la sociedad a un modelo concreto. Aquello que se manifiesta es la «figura» (*Gestalt*), que se caracteriza por ir más allá de una particular categoría y determina toda una época. La historia no genera figuras, pero muda con ellas: esta es una de las más importantes afirmaciones de Jünger, que contemplaba tales transformaciones como si de mutaciones biológicas se tratase. El mundo de la industria y de la clase obrera son, hasta ese momento, parte de la realidad burguesa. Con la aprehensión del «trabajador» como *Gestalt*, será toda la sociedad la que se vea arrastrada a un nuevo ritmo: «La superficie terrestre está recubierta de escombros de imágenes hechas añicos. Asistimos al espectáculo de un colofón parangonable a una catástrofe geológica. [...] Las revolución material coincide con la aparición de una nueva raza, a disposición de la cual hay que poner de nuevo la magia de materiales como el bronce, el hierro, los caballos y las velas de los barcos. Así como el caballo adquiere significado únicamente a través del caballero, el hierro del herrero, el barco del navegante, de igual manera la metafísica de lo instrumental y lo técnico revelará la aparición de la raza del "trabajador" como una grandeza supraordenada» [13].

La visión de Jünger no se corresponde a una visión convencional del mundo obrero, puesto que para aquél el trabajador ha de deshacerse de todos los valores utilitaristas, sino que se trata de elevarlo a través de categorías espirituales extraídas de la experiencia de la guerra que el nuevo nacionalismo ha cultivado.

Es una visión que surge del clima de forzada austeridad de la Alemania de postguerra y que, con el paso de los años, parecía quedar fuera de lugar conforme se iba produciendo la recuperación económica del país.

Der Arbeiter puede parecer, terminológicamente hablando, un ensayo influido por el marxismo; sin embargo, los valores que en dicho ensayo se sostienen estarían más cerca del estado mayor prusiano que de los cabecillas del «cuarto estado». Aún así podemos considerarlo como la simbiosis espiritual que tuvo una breve experiencia en el Berlín de 1930, con la convergencia de vanguardias provenientes del comunismo y del nacionalismo, y que resumiríamos con la expresión «antikapitalistische Sehnsucht» acuñada por Gregor Strasser.

«Nostalgia anticapitalista»: término impreciso en el que no se sabe muy bien si se desea reestructurar la sociedad sobre los parámetros del marxismo o si se anhela la vertebración de un sistema de vida solidarista. Jünger, obviamente, apuesta por la segunda de estas soluciones. Por ejemplo, en lo que respecta a la propiedad, considera que no es cuestión de negarla o afirmarla sobre la base de criterios preconcebidos, sino de valorarla en función de su grado de utilidad en el marco de la «movilización total»: «No debe exceptuarse la iniciativa privada si se le asigna un rango especial en el ámbito del trabajo global». Punto esencial es la posición del gobierno de las fuerzas económicas por el poder político, no pudiendo dictar la economía el «sentido» de la existencia: «con la negación del mundo económico como determinante de la vida; esto es, como destino, se quiere contestar su *rango*, no su existencia». Desde esta perspectiva, es preciso la existencia de valores jerárquicos.

La polémica entre «tercer» y «cuarto estado», entre burguesía y proletariado, presupone, de hecho, un sentido histórico orientado hacia la creación de condiciones de vida mejores para un mayor número de personas y, fuera de esta disputa, no hay al-

ternativa: «Es inevitable que en este mundo de disfrute y gente que disfruta no sea posible grandeza alguna que escape al dominio de lo económico. Vemos la contraposición entre dos especies de hombre, de arte, de moral, pero por lo que respecta a la economía la posición es unívoca. Así, se desarrolla un mismo tipo de progreso que los protagonistas de la lucha económica han justificado de hecho. Encontramos en la pretensión de todos la necesidad de convertirse en actores principales de la prosperidad social, al tiempo que se minan las posiciones del adversario y se le niega el derecho a todo liderazgo» [14].

El «trabajador» *jüngeriano,* sin embargo, se sitúa fuera de esta dinámica: asume la técnica como un lenguaje que posee un valor en sí mismo, más allá de su utilidad, sobre la base de su acción pedagógica. No es el representante de clase alguna en el sentido marxiano del término y menos aún «objeto» de un nuevo y más mezquino sentimentalismo. Y añade Jünger la imposibilidad de «...socavar el mundo burgués afirmando como propios los fundamentos que lo han consolidado de manera unívoca».

Allí donde se cuestiona el mundo burgués es donde se produce realmente el desplazamiento de los valores del «tercer estado» por los del nuevo tipo humano, indiferente tanto al idealismo del siglo XIX como al materialismo. Es una «figura» (*Gestalt*) capaz de un grado de desindividualización comparable sólo al que las grandes órdenes dinásticas y militares lograron, y la que la gran técnica, en la paz como en la guerra, está en condiciones de despertar. En esta «figura» el hombre se reencuentra con la totalidad de la espiritualidad que conocieron las pasadas épocas orgánicas hoy perdidas: «El individuo se inserta en una gran jerarquía de figuras, de poderes que podremos llegar a concebir de una manera lo suficientemente real, plástica, necesaria. Y se convierte en un símbolo, en un representante, y el poder, la riqueza y el significado de su vida dependerán de la medida de adecuación jerárquica y la lucha entre figuras...

«La figura es más que la suma de energías y facultades humanas, más profunda, más potente incluso de lo que sus empeños demuestran...

«Encarnar una figura nada garantiza; como máximo, es signo de una vida en sentido ascendente, un rango capaz de crear nuevos símbolos» [15].

El discurso *jüngeriano* está influido, tanto por las imágenes del bolchevismo, como del nacionalsocialismo. Y podemos entenderla como un «realismo heroico»: el *credo* de una personalidad cincelada por una rigurosa severidad, consecuencia de las exigencias de una grandiosa movilización combatiente. Tal disposición es poco tranquilizadora, motivo de inquietud e incluso motivo de cháchara cínica, para los custodios del humanismo democrático, «pero cuanto más cínico, prusiano, espartano y bolchevique, tanto mejor». Se trata de despertar los verdaderos valores espirituales fundados sobre el sacrificio y el coraje, sobre la seriedad y la capacidad de empeño, el desprecio de los pseudovalores humanistas no será lo bastante grande «y cuanta menos cultura, en tal estadio, mucho mejor». Jünger guarda un respeto por la cultura orgánica —épocas en las que la creación artística era un acto de fe y un servicio a la totalidad—, pero condena a los epígonos de la cultura burguesa, academicista, de salón, de museo, a la que considera «una suerte de estupefaciente».

En sus diarios de guerra llegó incluso a escribir: «Gozamos en el mundo de la fama de destructores de catedrales: eso es mucho en una época en la que la conciencia de la propia esterilidad alinea un museo junto a otro».

La cuestión de la toma del poder por la nueva elite «trabajadora» no está muy clara en Jünger. Tiene en mente una suerte de partido único *elitista*, con una estructura basada en el modelo ensayado en los años de expansión de la ideología *bündisch*. En página alguna se nos habla de ello, salvo de la «conciencia ar-

mada del Estado»; esto es, de los detentadores del poder político dominante, de la riqueza, de la economía: «Como el placer que nos causan las tribus libres del desierto que, vestidos con andrajos, tienen por única riqueza sus caballos y preciadas armas, así será igual de agradable ver el grandioso y precioso armamento de la civilización, custodiado y dirigido por una casta militar de monacal austeridad. Se trata de un gozo viril subordinado a intereses superiores. A tal jerarquía pertenecen manifestaciones como la Orden de los Caballeros Teutones, el ejército prusiano, la Compañía de Jesús, modelos para soldados, sacerdotes, científicos y artistas en su natural relación con la pobreza» [16].

De todos los doctrinarios «revolucionario-conservadores», Jünger —por su socialismo y su nacionalismo «de los soldados»— sería el que más se aproxima al nacionalsocialismo, mucho más, desde luego, que los teóricos corporativistas como Spann o los conservadores prusianos como Spengler. No es de extrañar, pues, que los nacionalsocialistas trataran de atraerlo a sus filas ofreciéndole un escaño en el parlamento o la consideración de «intelectual convergente», por parte de Goebbels. Opina al respecto Karl O. Paetel: «Los "nacionales", al principio, creían que los libros de guerra de Jünger hacían de este autor uno de los suyos, aunque en el fondo no estuviesen muy de acuerdo con su personalidad. Los comunistas creyeron ver en *El trabajador* un canto a la Unión Soviética. Jünger, por el contrario, permanecerá distante. Los nacionalsocialistas esperaban ganar al teórico de la movilización total para su pléyade literaria. Él lo agradeció, pero declinó tal posibilidad de forma irónica. Tras 1945 los representantes de la Europa democrática lo presentaron como el autor de los escritos más agudos sobre el fin del Estado nacional y la necesidad de una solución europea [...] Jünger hubo de defenderse siempre de aliados tan poco deseables, en particular de aquellos "que apoyan a pesar de su debilidad, aunque están de acuerdo en la polémica"» [17].

Dejando a un lado su particular sentido de la individualidad y su distanciamiento de buena parte de la *inteligencia* de la derecha, Jünger se negó a avalar con su firma el creciente conformismo político que el nacionalsocialismo provocó. En enero de 1933, mes en el que los nacionalsocialistas obtienen el poder y punto culminante de la popularidad del movimiento es, paradójicamente, el momento del desencanto de un nutrido y cualificado grupo de intelectuales que había contribuido sobremanera a su ascensión. Mientras una parte de los doctrinarios «revolucionario-conservadores» pasa a engrosar las filas del nacionalsocialismo —como los teóricos del racismo Clauss y Günther y los filósofos conservadores Bäumler o Kieck— otros, desde fuera, sostienen posturas críticas más o menos manifiestas. Es lo que se ha dado en llamar «emigración interior», de la que mucho se ha hablado en Alemania tras el desastre de 1945. Tres libros de memorias —*Jahre der Okkupation*, de Jünger; *Doppelleben*, de Gottfried Benn y *Der Fragebogen*, de Ernst von Salomon— recogen aquella inicial simpatía por el hitlerismo que, con el paso del tiempo, se irá borrando, por la perplejidad primero y por la hostilidad después. Fue un lento movimiento que comienza en la vigilia *Machtergreifung* y con los sucesos del 30 de junio de 1944, y que concluyen con los del 20 de julio del siguiente año.

Von Salomon, que en *Los proscritos* pergeña un reportaje soberbio del período comprendido entre las revueltas de 1919 y el asesinato de Rathenau, y en *Die Stadt* un cuadro del Berlín de los últimos años de la República de Weimar, perfila en *Der Fragebogen* los ambientes en los que maduró la oposición contra la República, cuya acción desembocará en la institucionalización del nacionalsocialismo. Realidad compleja, relaciones intrincadas, por las que pululaban personajes como el capitán Ehrardt —el hombre que, al frente de su brigada, marchó sobre Berlín cuando el *putsch* de Kapp—, una de las mayores esperanzas del nacionalismo y que colaboraría inicialmente con Hitler en Mu-

nich: muchas páginas del *Mein kampf* se deben a las profundas disensiones entre el líder nacionalsocialista y Ehrardt.

En general, lo que más apesadumbraba a los «revolucionario-conservadores» era el conformismo social impuesto a las masas por el nuevo régimen —perfectamente retratado por F.K. Günther en *Mein Eindruck von Adolf Hitler*—, el rigor con el que se procede contra los elementos nacionales no afectos y la persecución contra los judíos.

El hecho de que la «Revolución Conservadora» estuviese, en mayor o menor gardo, teñida de antisemitismo, no impidió el rechazo de las persecuciones antisemitas indiscriminadas, que llegaron incluso a alcanzar a hombres como Hans Joachim Schoeps, líder de la liga Jüdische Vortupp, una de las muchas organizaciones antirrepublicanas formadas por hebreos. Los hermanos Jünger renunciarán a ser miembros de la liga de excombatientes a la que pertenecían como consecuencia de la expulsión de miembros judíos. Spengler había escrito en *Años decisivos*, en 1934, que «quien habla mucho de raza, demuestra no tener ninguna».

La purga del 1 de julio de 1934 será un duro zarpazo sobre los disidentes de la derecha nacional. Con la eliminación de Roehm, Hitler deja una «tarjeta de visita sangrienta» en el buzón de cada disidente. La situación de los hermanos Strasser es un aviso para los nacional-revolucionarios; la de Walter Schotte, para los conservadores católicos, y la de Edgar Jüng, una clara amenaza a los grupos conservadores muniqueses.

Con la «Noche de los cuchillos largos», en la que se golpeba duramente a la izquierda y a la derecha, el nacionalsocialismo cortaba el cordón umbilical que aún lo ligaba al complejo ambiente de los círculos, cenáculos y grupos que, en los años veinte, conformaron la «Revolución Conservadora». Y, pese a todo, una suerte de diálogo sordo se mantuvo hasta el final entre el régimen y la oposición nacional. Quedaban las relaciones y amis-

tades personales de quienes se habían enfrentado hombro con hombro a la República y no habían optado por el exilio: en el extranjero, eran acusados de haber preparado el camino al nacionalsocialismo, y, en Alemania, eran silenciados. En su «exilio interior» no dejarán de acusar a Hitler de haber traicionado las esperanzas, el entusiasmo y las energías del nacionalismo. Es la rebeldía de un Ernst von Salomon; el melancólico balance de un Ernst Jünger; la desilusión de un Gottfried Benn —distinguido colaborador del régimen en 1933 y posteriormente señalado por las jerarquías culturales del NSDAP como «artista degenerado»—, que optará por una «forma aristocrática de emigración» sirviendo en la Wehrmacht, de 1935 a 1945, como médico militar. También Jünger servirá en el ejército, en París, pero alejado del NSDAP y la Gestapo.

Esta oposición adoptó formas concretas. Ernst von Salomon, por ejemplo, reivindicará la lucha de los Cuerpos Francos. La novela de Jünger *Sobre los acantilados de mármol* es una ataque frontal a las fuerzas del caos y de la anarquía —el gran Guardabosques—, que anhelan acabar con las antiguas jerarquías y a las que se oponen Braquemart —el nihilista, discípulo de Nietzsche, quien redescubre la civilización eslava primigenia— y su aliado, el príncipe Sunmyra, representante de la aristocracia. Jünger ha contado como el *Reichsleiter* Bouhler pidió su cabeza, a lo que Hitler, que apreciaba sus anteriores obras de carácter bélico, se opuso personalmente.

La realidad es que los orígenes de la revolución nacional habían sido confusos. Ésta había sido, a la vez, apoyo y zapa, nido de perseguidores y perseguidos, verdugos y víctimas. Como escribió años después Ernst Jünger en sus diarios:

«Los círculos nacionalistas me parecen hoy fuerzas campamentales que anunciaban nuestra militancia. Ése debía haber sido nuestro puesto natural; en las buhardillas berlinesas y las cantinas de Hamburgo, perfilábamos el estilo de la época. Por la

mañana el grupo se dispersaba como sucedía con las sagas nórdicas. Los más afortunados caían en el campo de batalla. Otros, partían más allá de los confines nacionales; otros, eran cazados, liquidados a bastonazos, ahorcados, torturados, cercados, inducidos al suicidio. Otros, acabaron como comandantes, jefes de policía, lugartenientes, rebeldes, carne de presidio, expoliados en una gran partida de cartas que ha llegado a su fin.

«¿Por qué vienen a mi memoria estas veladas? Probablemente, porque todo estaba ya allí, todo lo que debía suceder, de una manera adivinatoria, espiritual, sublime, que lo aunaba todo, donde no había trazos de lo mostrenco que luego sobrevino, donde todo tendía a la acción. El recuerdo nos lleva a una especie de armisticio entre quienes se encontraban en campos enemigos. En los períodos de crisis, tenía la sensación de que este espíritu estaba aún vivo, tanto entre bastidores, como para archivar un procedimiento, para hacer desaparecer documentos, incluso para encontar rápidamente una avioneta con la que huir».

Notas

[1] Friedrich Wilhelm Heinz, *Die Nation greift an Geschichte und Kritik des soldatischen Nationalismus*, Berlín, 1933, p. 293.

[2] *Der Fragebogen*, trad. italiana *Io resto prussiano*, Milán, 1954, pp. 196-197.

[3] Wilhelm von Schramm, en *Krieg und Krieger*, ed. por Ernst Jünger, Berlín, 1930, pp. 46-48.

[4] «Wochenschrift des neuen Nationalismus», 8-V-1928.

[5] *Die totale mobilmachung*, Berlín, 1931.

[6] *Der Arbeiter. Herrschaft und Gestalt*, cit. por Julius Evola en *L'Operaio nel pensiero di Ersnt Jünger*, Roma, 1960, p. 57 [el ensayo de E. Jünger fue publicado en castellano en 1990 con el título *El trabajador. Dominio y figura* (Tusquets, Barcelona), n.d.t.].

[7] *Der Arbeiter...*, cit. por Julius Evola, *op. cit.*, p. 76.

[8] *Der Arbeiter...*, cit. por Delio Cantimori en la introducción a Carl Schmitt, *Principi politici del nazionalsocialismo*, Florencia, 1935, pp. 4-7.

[9] *Die totale...*, *op. cit.*, pp. 14-15.
[10] *L'Operaio nel pensiero...*, *op. cit.*, p. 16.
[11] Albrecht Erich Günther, «Die Intelligenz und der Krieg», en *Krieg und Krieger*, *op. cit.*, p. 88.
[12] *L'Operaio nel pensiero...*, *op. cit.*, p. 52.
[13] *L'Operaio nel pensiero...*, *op. cit.*, p. 48.
[14] *L'Operaio nel pensiero...*, *op. cit.*, p. 19.
[15] *L'Operaio nel pensiero...*, *op. cit.*, p. 34.
[16] *L'Operaio nel pensiero...*, *op. cit.*, p. 75.
[17] Karl Otto Paetel, *Ernst Jünger in Selbstzugnissen und Bilddokumenten*, Hamburgo, 1962, pp. 56-57.

Índice

Párrafos previos del editor 5

CAPÍTULO I
La «Revolución Conservadora»: corrientes ideológicas y políticas patrióticas en la República de Weimar 11

CAPÍTULO II
La Gran Guerra y la «crisis de la ideología alemana» 37

CAPÍTULO III
Crítica a la República de Weimar: Moeller van den Bruck, «El tercer Imperio» y el pensamiento del Este 59

CAPÍTULO IV
Oswald Spengler y los círculos neoconservadores 87

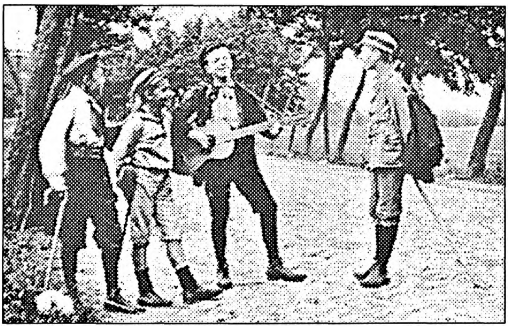
CAPÍTULO V
El Movimiento Juvenil y la utopía neorromántica 109

CAPÍTULO VI
Formaciones paramilitares y «espíritu del frente» 133

LOS WANDERVÖGEL

La juventud alemana de Guillermo II al III Reich

de NICOLA COSPITO



En los primeros años del siglo XX surgió en Alemania el Jugenbewegung, el primer movimiento juvenil contestatario.

De la mano de los jóvenes wandervögel los mitos burgueses del dinero, el progreso y la felicidad material, son juzgados implacablemente como antítesis de la auténtica revolución a la que los jóvenes deben aspirar si quieren salvarse y, con ellos, a la nación.

Frente a la cultura de los adultos y bajo las banderas desplegadas por deshabitados valles y bosques recónditos, los jóvenes supieron crear una nueva metafísica de la existencia que todavía no ha sido superada y que, en muchos aspectos, continúa inédita.

«Los Wandervögel», editado por NUEVA REPÚBLICA, es la primera aproximación publicada en castellano sobre tan singularísimo fenómeno histórico contemporáneo.

LOS CONTENIDOS DE ESTE LIBRO PUEDEN SER
REPRODUCIDOS EN TODO O EN PARTE, SIEMPRE
Y CUANDO SE CITE LA FUENTE Y SE HAGA CON
FINES ACADÉMICOS Y NO COMERCIALES

"Corrientes políticas e ideológicas del nacionalismo alemán" es un libro inesquivable para entender una galaxia que, unas veces desde la atalaya intelectual y otras desde el activismo extremista, representó mucho más que una simple reacción frente a la paz de Versalles y la República de Weimar, y que para algunos autores supuso la verdadera faz del nacionalismo alemán, y para otros "preparó el terreno" a la irrupción de los destacamentos hitlerianos. Adriano Romualdi nos muestra, sin los habituales apriorismos "políticamente correctos" (esto es, sin trampa ni cartón) segregados por los epígonos del antifascismo dimitroviano, los perfiles de personalidades y organizaciones que, durante los años que transcurren desde el final de la Gran Guerra de 1914-18 a la toma del poder del NSDAP, van de la derecha conservadora radicalizada (Moeller van den Bruck, Oswald Spengler e incluso Thomas Mann) al nacionalismo revolucionario (Ernst Jünger, Ernst von Salomon, Ernst Niekisch...).
Después de más de veinte años el lector dispone en nuestra lengua de uno de los textos póstumos más interesantes del profesor, ensayista, periodista y militante ejemplar, al que Franco Petronio acertadamente calificó como "auténtico regalo para la cultura italiana".

ediciones nueva república